H.K. CHRISTIE

PERFECTA



LOS CASOS DE SELENA BAILEY - LIBRO 5

Perfecta

Los Casos de Selena Bailey - Libro 5

H.K. Christie



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con sucesos reales es pura coincidencia.

Copyright © 2022 por H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stamanne

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito de la editorial, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Si desea utilizar material de este libro, deberá obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con la editorial en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: enero de 2022 (en), 2026 (es)

Contents

1. STEPHANIE
25 AÑOS
2. SELENA
3. SELENA
4. SELENA
5. STEPHANIE
12 AÑOS
6. SELENA
7. SELENA
8. STEPHANIE
15 AÑOS
9. SELENA
10. SELENA
11. SELENA
12. STEPHANIE

18 AÑOS

13. SELENA

14. SELENA

15. STEPHANIE

19 AÑOS

16. SELENA

17. SELENA

18. STEPHANIE

21 AÑOS

19. SELENA

20. SELENA

21. SELENA

22. SELENA

23. SELENA

24. STEPHANIE

22 AÑOS

25. SELENA

26. SELENA

27. SELENA

28. STEPHANIE

25 AÑOS

29. SELENA

30. SELENA

31. SELENA

32. STEPHANIE

25 AÑOS

33. SELENA
34. SELENA
35. SELENA
36. SELENA
37. SELENA,
6 MESES DESPUÉS
UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE

1

—•—

STEPHANIE

25 AÑOS

Con el corazón latiéndome en los oídos, me apoyé en la encimera mientras introducía la carrera del día en mi aplicación de fitness. A pesar de las náuseas y de que la cabeza me daba vueltas, nunca me había sentido mejor, y no podía creer que hubiese corrido los sesenta minutos enteros, sin parar. El sudor goteaba sobre el suelo de linóleo como una lluvia fina; lo había hecho bien. Las otras mujeres que había conocido en la clínica me habían dicho que el ejercicio ayudaba mucho a adelgazar rápido. Algunas corrían dos horas al día. Yo todavía no había llegado a ese punto, pero estaba en ello. Correr me hacía sentir fuerte. Quizá no físicamente en ese momento, pero al menos sí mentalmente. Estaba tomando las riendas de mi vida. Nunca había estado más delgada que ahora. Se acabaron los chistes de gordos. Se acabó el tener que embutirme en la ropa. Se acabó la barriga fofa.

Me aparté de la encimera, entré en el salón y me dejé caer sobre mi nueva esterilla de yoga. Aún un poco sin aliento, estiré los músculos sobrecargados mientras repasaba mentalmente los triunfos del día.

Ha vuelto a pasarse por mi mesa. Por suerte, estaba sentada, porque esos ojos gris azulado y esa amplia sonrisa hacían que me

flaquearan las rodillas. Cuando me hablaba, era como si fuésemos las dos únicas personas en la sala. Como si estuviéramos en nuestra propia burbuja. Todavía no me había pedido salir, pero sentía que de verdad podría hacerlo. La forma en que me miraba, tan fijamente, era como si estuviera estudiando todo mi ser. Había algo en él que me daban ganas de gritar: —Quédate conmigo. Era alto y delgado, y necesitaba a alguien que estuviera a su altura físicamente. Yo no era tan alta y nunca lo sería, pero sería delgada. Estaba orgullosa de haber perdido casi catorce kilos en el último mes y medio. Él nunca me había hablado antes de que empezara a adelgazar, pero durante las últimas dos semanas se había pasado por mi mesa todos los días. Juraría que ir a la clínica me había cambiado la vida. Por fin iba a tener la talla perfecta, el chico perfecto, el trabajo perfecto, y mi vida por fin sería como se suponía que debía ser.

Eché un vistazo al móvil y me di cuenta de que solo tenía cuarenta y cinco minutos antes de que mi hermana llegara a mi piso a recogerme para ir de *happy hour* y de compras. Por primera vez, o al menos que yo recordara, me hacía ilusión ir a comprar ropa. Ya no usaba una talla de dos cifras. Usaba una treinta y seis. *Una treinta y seis.* Me encantaba cómo sonaba. Estaba más delgada que a los diez años.

Tenía que estar espectacular para conseguir que me pidiera salir y nos hiciéramos pareja. Dos personas en forma, delgadas, atractivas… valdría la pena. Esta vez era diferente, podía sentirlo. Llevaba más de un mes sin comerme un paquete entero de Oreos. *Mmm. Oreos.* No, no comería galletas, sobre todo porque no había ninguna en mi piso. Había sustituido mis antiguos aperitivos de galletas y helado, patatas fritas y refrescos por yogur natural sano y fruta. Si esto era lo que hacía falta para estar delgada, me apuntaba. No sabía qué eran esas vitaminas que me había dado el médico, pero, si me preguntaban a mí, diría que eran pequeños milagros. Aquella mujer que había conocido estaba obviamente equivocada: eran perfectamente seguras y muy eficaces.

Cuando terminé de estirar, me puse en pie y me agarré al sofá para estabilizarme. Todo me daba vueltas. El corazón me latía cada vez más rápido, casi fuera de control. Quizá me había pasado en el

gimnasio y no había comido suficiente hoy. Había estado reservando las calorías para salir a cenar con Vicki. *Me comeré un plátano. Eso siempre ayuda con los mareos.* Mi hermana no podía saber cuánto había estado restringiendo mis calorías y, para mantener el engaño, tendría que comerme una cena entera y tomarme un cóctel. No aprobaba las dietas «milagro» e insistía en que había perdido demasiado peso, demasiado rápido. Pero creo que Vicki nunca había aprobado mis planes para adelgazar porque no entendía lo que era. Ella siempre había sido delgada, guapa y exitosa. Yo siempre había sido la hermana pequeña regordeta o, peor, «de huesos anchos». Ya no.

Tras una respiración profunda, fui a la cocina y cogí un plátano del frutero. Pelándolo lo más rápido que pude, me lo comí a bocados. El dulzor me llenó el cuerpo, que se relajó muy ligeramente. Terminé de masticar y me dirigí al cuarto de baño, donde me quité la licra y me saqué el sujetador deportivo. Tiré la ropa sudada al suelo antes de mirar a mi némesis, a mi monstruo: el villano que iba a derrotar.

Mi báscula.

Con los ojos cerrados, me subí a ella. Había llegado la hora de la verdad. Me había portado muy bien esta semana y todavía no me había pesado. Con los ojos abiertos, leí los números digitales y sonreí. Había bajado un kilo más; solo me quedaban menos de tres kilos para mi peso objetivo. Levanté la vista hacia el espejo y fruncí el ceño. Pellizcándome los muslos, me planteé si mi peso objetivo era lo suficientemente bajo. Tenía chicha en los muslos y en los brazos. Todavía tenía grasa. Odiaba la grasa. Sacudiendo la cabeza con asco, me estiré por encima de la bañera para abrir el grifo. Todo me daba vueltas. Me agarré el pecho mientras me desplomaba en el suelo, golpeándome la cabeza con el lavabo al caer. Jadeando, vi las estrellas y luego la oscuridad.

2

—•—

SELENA

Atravesando el aparcamiento a toda prisa, llegué a la entrada de mi oficina con tres minutos de sobra. Mi primera clienta, Vicki Crawford, llegaría en cualquier momento para hablar del caso de su hermana. Había tardado tanto en elegir el conjunto y los accesorios adecuados que había perdido la noción del tiempo. No volvería a ocurrir. Trasteé con las llaves antes de abrir la puerta, pero me detuve y retrocedí para admirar el letrero.

Investigaciones Bailey.

Creía que nunca me cansaría de ver el nombre de mi empresa en la fachada de la oficina. A mis veintiún años, era investigadora privada con licencia, en gran parte gracias a mi madrastra, Martina, que me había dejado trabajar en su agencia durante los últimos años para que pudiera conseguir las horas suficientes para poder optar a ella. No solo eso, sino que también tenía mi propia oficina y unas tarjetas de visita recién impresas, además de una investigación de verdad, no una simple comprobación de antecedentes. Abrí la puerta de mi despacho de veinte metros cuadrados y sonreí. Era diminuto, pero era todo mío.

Encendí las luces y me acerqué al escritorio, dejando la mochila junto a la silla. Ya sentada, saqué un espejo de bolsillo del

compartimento delantero y estudié mi reflejo. Por suerte, no había corrido tanto como para sudar. Después de reaplicarme el brillo de labios, me aparté el pelo de la cara. Era la hora. Guardé el espejo en la mochila, me senté erguida y encendí el ordenador.

Al mirar la hora en la esquina del monitor, vi que faltaba un minuto para que Vicki llegara a su cita. Habíamos hablado por teléfono el día anterior, cuando me explicó que necesitaba ayuda para averiguar qué le estaba pasando a su hermana, que yacía en silencio en la unidad de cuidados intensivos del hospital local. Me movía la emoción de la investigación, pero también quería asegurarme de que la hermana de Vicki, Stephanie, no muriera antes de que yo pudiera ayudarla… si es que podía. No. Poder no. La ayudaría. A eso me dedicaba. Lo llevaba en la sangre. Era quien era. Era Selena Bailey, investigadora privada.

Abrí el programa de correo para leer los correos. Con una ligera decepción, me di cuenta de que no tenía muchos. Mis labios se curvaron en una sonrisa al ver uno de Martina. Hice clic para abrir el correo con el asunto: *Mucha suerte hoy.*

Hola, Selena:

¡Mucha suerte hoy! Sé que tienes tu primera gran reunión con tu primera clienta. Sé que lo harás genial. Avísame si quieres que hablemos o si necesitas cualquier cosa.

Con cariño,

Martina.

Ni que decir tiene que me había tocado la lotería con las madrastras. En los últimos cuatro años, Martina me había salvado, guiado, enseñado y ayudado a convertirme en la persona que era. Con ser la mitad de buena que ella en las investigaciones privadas, me iría bien.

De repente, mi mente regresó a la primera vez que conocí a Martina. Un detective y ella habían irrumpido en la cabaña donde me tenían secuestrada. Yo estaba en el suelo mientras mi novio psicópata me tenía inmovilizada con una pistola en la cabeza. El detective le disparó y él cayó a un lado. Cuando me levanté del suelo a trompicones, miré a aquella mujer, aquella guerrera. Sus

ojos ambarinos se encontraron con los míos. Bajó el arma y preguntó: «¿Estás bien?».

¿Que si estaba bien? Mi novio, que planeaba matarme, me había tenido secuestrada. Pero por alguna razón, en ese momento, en presencia de Martina, me había sentido bien. A partir de ese instante, mi vida cambió. Solo tenía diecisiete años y mi madre había sido asesinada unos meses antes. Sin que yo lo supiera entonces, tanto mi padre como Martina me estaban buscando. Con las dotes de investigación y los contactos de Martina, se había puesto en contacto con el departamento de policía local para la búsqueda. Me encontraron justo a tiempo.

Hasta el día en que la conocí y me reunió con mi padre, pensé que era huérfana. Pero ahora tenía la familia más cariñosa que jamás podría haber imaginado. Todavía echaba de menos a mi madre, pero era agradable tener a mi padre, a Martina y a mi hermanastra, Zoey. Zoey era sin duda mi polo opuesto, pero eso hacía que nuestras vacaciones y reuniones familiares fueran aún más divertidas. A Zoey le encantaba salir, la gente, los lugares y los objetos brillantes. Yo me parecía un poco más a Martina, con mi armario negro y mi naturaleza más introvertida. Pero era hija de mi padre. Él era tranquilo y reservado, como yo. Martina podía ser muy directa cuando lo consideraba necesario. Era feroz.

Era una afortunada universitaria de veintiún años recién graduada, con una familia que la quería y su propio negocio. A veces, no podía creer que esta fuera mi vida. Los últimos cuatro años habían sido turbulentos, con tantos altibajos… y bajones muy, muy profundos.

Aquello se había acabado. Tenía que acabarse. A partir de ahora, todo iría a mejor.

Una ráfaga de viento al abrirse la puerta de mi despacho atrajo mi atención hacia la entrada. Entró una mujer vestida con vaqueros ajustados y un suéter de cuello alto blanco, con una melena oscura y suelta. Cerré el correo, me levanté y rodeé el escritorio para recibirla.

—¿Es usted Vicki Crawford?

—Sí.

Le tendí la mano.

—Soy Selena. Encantada de conocerla en persona.

—Igualmente —dijo ella con una sonrisa aprensiva.

No me tomé su actitud reservada como algo personal. Estaba pasando por su propio infierno. Por lo que había entendido, ella y su hermana, Stephanie, eran como uña y carne. Stephanie yacía inconsciente en la unidad de cuidados intensivos y los médicos no sabían si podrían salvarla. Le ofrecí la silla frente a mi escritorio.

—¿Le apetece un café o algo? ¿Quizá agua o un té?

Esperaba que eso fuera todo lo que quisiera. Tenía una Keurig para el café o el té y agua embotellada en la nevera. Eso era todo. Solo llevaba dos días en el negocio y vivía de mis ahorros.

Vicki dijo:

—No, gracias, estoy bien.

—¿Cómo se encuentra Stephanie? —pregunté.

—Los médicos dicen que está estable, pero que la cosa puede ir en cualquier dirección. Han dicho que, si podemos averiguar qué ha tomado —suponiendo que haya tomado algo—, podría ayudar.

—¿Y la policía no ayuda en nada? —pregunté.

—Dicen que no hay indicios de criminalidad. No encontraron nada sospechoso en su apartamento.

Eso lo juzgaría yo.

—Bueno, veamos si podemos llegar al fondo de este asunto, y rápido.

Vicki asintió.

—Eso sería fantástico.

—Cuando hablamos por teléfono, me dijo que Stephanie había empezado a ver a un médico para perder peso recientemente y que este le dio vitaminas, lo que la llevó a una gran pérdida de peso en el último mes o dos, ¿no?

—Así es. No sé el nombre del médico. Me contó que había empezado a ir a una clínica y que la estaban ayudando a perder peso y a estar sana. Dijo que solo eran vitaminas y que fue el apoyo de la clínica lo que la ayudó a seguir la dieta. El médico dijo que era importante tomar las vitaminas porque con una gran pérdida de peso se pueden perder minerales y otros nutrientes vitales debido a

la disminución de la ingesta de alimentos. Juraba que eran vitaminas y no un fármaco, pero… —Aferró el bolso y apretó los dientes.

—Pero usted no se lo cree, ¿verdad? —pregunté.

—No. Para empezar, Stephanie no era una mujer corpulenta. Siempre había estado obsesionada con su peso, desde que tengo memoria. Pero nunca ha estado gorda ni obesa ni ha sido alguien a quien miraras y dijeras que necesita ponerse a dieta. Yo le insistía en que no necesitaba hacer dieta y que era preciosa, pero no me hacía caso. Pero es que luego perdió muchísimo peso. Ha perdido unos catorce kilos en menos de dos meses. La última vez que la vi, la ropa prácticamente se le caía y se le marcaban las clavículas.

Aquello parecía sospechoso. Me pregunté si alguna vez había mirado a alguien y pensado que debería ponerse a dieta. ¿Había sido yo tan sentenciosa alguna vez? ¿La gente me juzgaba a mí? Comía bastante sano, sobre todo para una chica de veintiún años, y hacía ejercicio al menos cinco días a la semana. Nunca me había obsesionado con mi peso ni con mi aspecto, la verdad. ¿O quizá sí y no me había dado cuenta?

—¿Sabe cómo se enteró de la existencia de ese médico?

—Por una compañera de trabajo. Al parecer, habían empezado un reto de pérdida de peso en el trabajo y Stephanie quería ganar. Dijo que quería entrar en sus vaqueros de «peso ideal».

No podía imaginarme comprando ropa que no me valiera en el momento de la compra. Pero supongo que sería un aliciente si tuvieras un objetivo de pérdida de peso. Por otra parte, era como comprar el premio antes de ganar el concurso. ¿No tendría más sentido alcanzar tu peso ideal y entonces elegir algo que te hiciera sentir bien?

—¿Tiene el nombre de esa compañera?

—Tengo su nombre de pila y el de su empresa. Puedo facilitárselo todo.

—Perfecto.

Vicki sacó un bloc de notas del bolso, arrancó la hoja de arriba y me la deslizó por el escritorio. Leí la nota que contenía el nombre de la compañera de Stephanie, la dirección de su lugar de trabajo y la de su casa. Vicki había venido preparada.

—¿Sabe cuánto pesaba Stephanie antes de ir al médico para adelgazar?

—No lo sé. Nunca hablaba de su peso. Es muy sensible con ese tema. Pero es que no puedo evitar pensar que este médico no es trigo limpio. Stephanie no era alguien que pareciera lo suficientemente corpulenta como para necesitar ir a una clínica de adelgazamiento o a un médico o recibir algún tipo de medicación para ello. Tenía una talla normal.

La industria de la moda informaba de que, en Estados Unidos, la talla media de vestido de una mujer estaba entre la 44 y la 46. Sin embargo, la mayoría de las modelos usaban una talla 32. ¿Quizá Stephanie intentaba conseguir un aspecto mucho más delgado, como el que se ve en las redes sociales o en las películas? ¿Quizá buscaba lo que ella consideraba la perfección?

—¿Se acuerda de cuándo empezó Stephanie a preocuparse por su peso?

Vicki soltó un suspiro.

—Desde que tengo memoria. Probablemente desde la preadolescencia o los primeros años de la adolescencia. No sé, quizá con doce o trece años.

Madre mía. Desde luego, yo no pensaba en hacer dieta a los trece. Ni a los dieciocho. Ni siquiera me había planteado mi dieta o mi rutina de ejercicios hasta que conocí a Martina. Ella me había dicho que para tener una mente fuerte, necesitaba también tener un cuerpo fuerte, lo que significaba comer sano y hacer ejercicio con regularidad. Nunca había comentado mi aspecto ni había dicho que comiera mal o que necesitara perder peso. Solo que era importante estar sana. No era totalmente ingenua. Al vivir en las residencias de la universidad, sabía que había muchas mujeres con trastornos alimenticios, sobre todo en nuestra planta. Una vez, entré en el baño común y oí a alguien vomitar y le ofrecí mi ayuda. Pensé que estaba enferma. Tiró de la cadena y salió del cubículo. Me apartó con un gesto y dijo que así era como se mantenía delgada. Me pareció una locura. Pero pronto descubrí que no era precisamente una aguja en un pajar. No era la excepción. La mayoría de las mujeres que había conocido en la universidad se preocupaban por su talla. Contar

calorías. Estar guapas para los hombres. Hasta que recibí la llamada de Vicki e investigué un poco sobre los trastornos alimenticios, había asumido que ese comportamiento era normal. ¿Por qué era normal? No debería serlo.

—¿Qué más puede decirme sobre Stephanie?

Vicki sacó la carpeta del bolso. La abrió y me pasó una fotografía. Vicki estaba *muy* preparada.

La foto era de una mujer con el mismo pelo oscuro que Vicki, una amplia sonrisa y unos brillantes ojos azules. Era guapa, según los cánones convencionales y, en realidad, los de cualquiera.

—Esa es Stephanie. Es preciosa. Nunca entendí por qué estaba tan obsesionada con su peso. En fin, no solo es guapa, es inteligente. Tiene veinticinco años. Se graduó en la universidad con un título en Comunicación y trabaja en Recursos Humanos. Es buena en su trabajo y sabe administrar su dinero. Tiene muchos amigos. Es divertida y cariñosa, y es mi mejor amiga… —Vicki inclinó la cabeza y se echó a llorar.

Cogí la caja de pañuelos de mi escritorio y se la puse delante. No había pensado que necesitaría pañuelos para la oficina, pero Martina había insistido en que sí. Martina casi siempre tenía razón. A veces era molesto, y otras, útil saber que ella siempre tendría la respuesta.

Vicki se calmó y se secó los ojos.

—Lo siento. Es muy duro pensar que podría morir.

—Nos aseguraremos de que no ocurra —dije, con más confianza de la que realmente tenía—. ¿Tenía Stephanie pareja?

—No. Ha tenido algunas a lo largo de los años, pero nada reciente. Creía que perder peso le conseguiría un novio. Siempre le decía que era preciosa, que no necesitaba perder peso y que cualquier chico sería feliz y afortunado de tenerla. Ella no estaba de acuerdo.

—Stephanie parece una mujer increíble. Averiguaré qué pasaba en la consulta de ese médico y le conseguiré toda la información que pueda para asegurarme de que se ponga bien.

—Se lo agradezco. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Vicki.

—Bueno, como le dije ayer por teléfono, me gustaría visitar su apartamento, así que si tiene la llave, puedo echar un vistazo y ver si encuentro algún medicamento que pudiera haber tomado y que la

policía no encontrara. Después, interrogaré a su compañera para ver si puedo conseguir el nombre de ese médico, y luego le haré una visita.

Vicki asintió.

—Tengo algunos otros clientes, pero usted es mi máxima prioridad. Empezaré de inmediato. ¿Quiere venir conmigo a su apartamento o prefiere que vaya sola?

—Tengo que volver al hospital. Quiero estar allí si se despierta.

—Creo que es una idea estupenda. Debería estar con Stephanie. —En realidad, prefería registrar el apartamento sola. ¿Quién sabía lo que encontraría en el apartamento de Stephanie? Si tenía algo embarazoso o que no quisiera que su hermana viera, me gustaría respetarlo.

—Gracias, Selena. Si consigue alguna información, ¿me llamará de inmediato? Tiene mi número de móvil, ¿verdad?

—Por supuesto.

Vicki Crawford me dio la llave del apartamento de su hermana junto con las notas que tenía sobre la dirección de la empresa de Stephanie y su fotografía. No era mucho con lo que empezar, pero esperaba que fuera suficiente para averiguar qué le había pasado a Stephanie y por qué. Nos despedimos y la vi salir de la oficina hacia el aparcamiento. Volví a mi escritorio y eché un vistazo rápido a mi correo antes de meter en la mochila todo lo que necesitaría para el día. Una vez cerrada, me colgué una correa al hombro y me puse en marcha en busca de respuestas.

3

—•—

SELENA

Con guantes de látex, abrí la puerta principal del apartamento de Stephanie Crawford. Que yo supiera, no estaba entrando en la escena de un crimen, pero quería tomar precauciones por si encontraba algo que tuviéramos que analizar en busca de rastros. Los guantes evitarían que dejara mis huellas dactilares por el apartamento. Antes de abrir la puerta, eché un vistazo a los apartamentos de alrededor. No había nadie fuera. *Menos mal. Parezco una ladrona y no me apetece nada que la policía se entrometa.* La próxima vez, me pondría algo que no fuera un jersey negro, vaqueros negros y botas negras. Entré en el apartamento y cerré la puerta con cuidado a mi espalda.

Dentro, inspeccioné el pequeño apartamento. Desde la entrada se veían la cocina y el salón. Supuse que el dormitorio y el baño estaban a la izquierda. *Mejor empiezo por la cocina.* Abrí todos los armarios y encontré platos, vasos y una colección de tazas desparejadas. No había nada especialmente fuera de lo común y, lo que era más importante, ni rastro de pastillas. Me volví hacia el otro lado de la pequeña cocina y examiné la puerta de la nevera. Sujetas con imanes había fotografías de Stephanie y su hermana y varias otras de Stephanie con, supuestamente, sus amigas, a juzgar por su

edad y sus sonrisas juveniles. Todas parecían felices. Stephanie parecía feliz.

Abrí la nevera y examiné su contenido. Estaba claro que a Stephanie le gustaba comer sano. Lo único que tenía era una bolsa de manzanas, brócoli y yogur natural, además de algunos condimentos surtidos. Me dio la impresión de que Stephanie no cocinaba mucho.

Abrí el congelador. *Ajá.* El espacio estaba lleno de pilas de platos precocinados, y supuse que la mayoría de lo que comía Stephanie eran platos dietéticos congelados. Al leer las descripciones, vi que no eran de ningún programa dietético especial, sino más bien de los que se encuentran en cualquier supermercado. Parecía tener predilección por el pastel de carne con puré de patatas. No vi ni helado ni postre de ningún tipo.

Yo también como sano, así que entendía lo de tener fruta y verdura, pero también guardaba una reserva de galletas e incluso la tarrina de helado ocasional en mi congelador. Claro que yo tampoco llevaba toda la vida a dieta ni me había preocupado nunca demasiado por mi peso. ¿Era eso cierto? Quizá no. Recordé la época en la que había dejado el gimnasio una temporada y la ropa me había empezado a quedar un poco justa. Desde luego, no me había gustado nada. Pero no me había puesto a contar calorías ni me había apuntado a un programa para adelgazar. Simplemente, me había obligado a volver al gimnasio y ya está. Sé que, para muchas mujeres, el ejercicio por sí solo no es suficiente para adelgazar. Si el gimnasio no me hubiera bastado, ¿habría recurrido a contar calorías?

Cerré el congelador y miré en los armarios del otro lado de la cocina. No había nada interesante.

Salí de la cocina y me di la vuelta, admirando lo limpia que estaba. No había platos en el fregadero, ni marcas en el suelo, ni migas en la encimera.

Continué por el salón y pensé que molaba. Me gustaba el estilo de Stephanie. Había un sofá y un sofá de dos plazas a juego de color gris y un televisor en el centro. Las paredes estaban adornadas con arte abstracto. Me acerqué a la consola de la tele y examiné la colección de deuvedés y libros de la estantería. En su mayoría eran

diversos entrenamientos militares y tablas de ejercicios, junto con una colección de novelas de suspense.

Apoyadas en la pared, junto a la tele, había una esterilla de yoga y unas cuantas pesas.

En la zona del comedor, había una pequeña mesa con sillas en la esquina y un ramo de flores en el centro. Inspeccioné las coloridas flores más de cerca. Parecían compradas en el supermercado, no algo que le hubieran enviado o regalado. O quizá sí. Vicki dijo que Stephanie no tenía novio, pero a lo mejor no lo sabía todo sobre su hermana.

Por otra parte, Stephanie podría haberse comprado las flores para sí misma. Como había dicho su hermana, era lista, divertida y el alma de la fiesta. Su apartamento era elegante y estaba limpio. Tenía cosas bonitas. ¿Por qué no comprar unas flores para alegrar la estancia?

¿Debería comprarme flores para alegrar mi habitación? No estaba segura de que eso fuera posible. Alquilaba una habitación que solo incluía un sitio para la cama, un armario, una cocinita y un baño. Quizá cuando cobrara uno o dos sueldos me plantearía mudarme a algo mejor.

Seguí por el pasillo y llegué a un dormitorio a la derecha y un baño bastante grande a la izquierda. *Desde luego, podría acostumbrarme a un sitio como este.*

Entré en el baño y vi una báscula en el suelo. Aquí era donde se había caído y desplomado; donde Vicki la había encontrado.

Sobre el lavabo había un botiquín con espejo. Crucé los dedos, esperando encontrar algo ahí. Dentro, encontré un limpiador facial, crema hidratante, protector solar, un blíster redondo de píldoras anticonceptivas y vitaminas; un montón de vitaminas: B12, vitamina C, vitamina D y un multivitamínico.

¿Tenía novio? No era concluyente. Los anticonceptivos no eran una gran sorpresa. Al fin y al cabo, las mujeres no solo tomaban anticonceptivos para evitar el embarazo. Algunas los tomaban para regular las hormonas y ayudar con el acné, los dolores menstruales, los dolores de cabeza y para reducir los síntomas del síndrome

premenstrual. Desde luego, no podía hacer suposiciones por el hecho de que tomara la píldora.

Decepcionada, cerré el botiquín. No había encontrado ninguna pastilla misteriosa del igualmente misterioso médico para adelgazar. Dentro de la ducha había el surtido habitual de champú, acondicionador, gel de baño, cuchillas de afeitar y una esponja vegetal.

Al entrar en el dormitorio, me quedé una vez más impresionada y un poco envidiosa de la distribución. En el centro de la habitación había una cama de matrimonio con mesillas de noche a juego a cada lado, cada una con su lámpara a juego. A sus veinticinco años, Stephanie era, sin duda, una mujer hecha y derecha. En comparación, yo sentía que seguía viviendo la vida de una universitaria con mi única cómoda y una cocinita en una habitación de la gran casa de otra persona. Comparado con lo que yo tenía, Stephanie vivía a todo lujo. Definitivamente, sentía envidia.

Al principio, había empezado a alquilar habitaciones y a mudarme cada pocos meses para evitar cualquier repercusión de los traficantes de personas que intenté desmantelar hace unos años. Esos traficantes mataron a mi novio Brendon, pero nunca los atraparon, y yo vivía con el miedo de que también vinieran a por mí. Los traficantes me dijeron que abandonara el caso o matarían a mi novio. No podía concebir que fuera a ocurrir de verdad, pero cuando ocurrió, mi mundo se desmoronó. Desde entonces, he mirado por encima del hombro y he intentado no acercarme demasiado a los demás por si querían eliminar a otro de mis seres queridos. Martina y Dee por fin me habían convencido de que tenía que dejar de vivir así. Creían que lo más probable era que los traficantes se hubieran esfumado hacía tiempo y no fueran a por mí ni a por mi familia, pero yo no estaba tan convencida. Supuse que yo era poca cosa en comparación con otros enemigos que tendrían. Aun así, me preocupaba. Mi terapeuta también me había explicado que no se podía vivir así y que, al seguir escondiéndome de los que me querían, los traficantes estaban ganando. Quizá mudarme a un apartamento de verdad formaría parte de mi despertar, de mi nuevo comienzo. Mi borrón y cuenta nueva.

Volviendo a centrarme en el dormitorio, me dirigí al armario y empecé a rebuscar entre la ropa de las perchas. Stephanie tenía prendas que iban desde pantalones de vestir hasta vestidos de fiesta. Al comprobar las etiquetas, me di cuenta de que la ropa que tenía justo delante era toda de la talla treinta y ocho, pero un montón de otras prendas apartadas al fondo del armario tenían un abanico de tallas desde la cuarenta hasta la cuarenta y cuatro.

Parecía como si Stephanie exhibiera con orgullo las treinta y ocho en el centro. ¿Había alcanzado su peso ideal? ¿Había merecido la pena? Suponiendo, claro está, que sus esfuerzos por perder peso la hubieran llevado al hospital. Todavía no estábamos seguros de que fuera así. Pero Stephanie no tenía antecedentes de ninguna afección cardíaca ni de ninguna otra enfermedad o dolencia potencialmente mortal que pudiera haber causado su colapso repentino. Aunque sabía que, si no comes lo suficiente, puedes marearte, caerte y golpearte la cabeza. No vi sangre en el baño, y Vicki no había mencionado ninguna herida en la cabeza.

Regresé al dormitorio. Todavía no había encontrado nada interesante, pero siempre quedaban las mesillas de noche. En el lado derecho de la cama, abrí el cajón y descubrí que era el cajón de los tesoros, ya que contenía algunas lociones, un vibrador, condones y una caja de pañuelos de papel. *Bien por ella. No se necesita un hombre para estar satisfecha.* Me acerqué a la otra mesilla y abrí el cajón. *Bingo.* Dentro había una pila de diarios, junto con un bolígrafo y un pijama de franela. Con suerte, los diarios me darían alguna pista sobre lo que estaba pasando en la vida de Stephanie antes de que se desplomara.

Una parte de mí se sentía mal por husmear en las pertenencias de Stephanie. ¿Quién sabía lo que iba a encontrar? Pero leía sus diarios con la intención de ayudarla. No intentaba invadir su privacidad, aunque mientras abría la tapa del primer diario, sentía que eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer.

En circunstancias normales, no leería el diario de nadie, los pensamientos más íntimos de una persona. No era justo que lo estuviera mirando, pero si podía salvarle la vida, la invasión merecería la pena. Leí hasta la última entrada y me sentí miserable

por ello. Estaba entusiasmada con un chico del trabajo. Parecía que se estaban haciendo muy amigos. Seguí leyendo los pensamientos internos de esta pobre mujer, y una entrada anterior sobre sentirse mareada y aturdida me llamó la atención. Esto podría ser útil.

Durante las dos horas siguientes, leí todos los diarios de Stephanie. Se me encogió el corazón por ella. Las entradas solo se remontaban a un año atrás, pero, por lo que había leído, había sido un año duro para Stephanie. Cosas de las que su hermana Vicki no me había hablado. Quizás no las sabía. Si no supiera nada más, diría que Stephanie estaba deprimida. Parecía odiar su cuerpo y a sí misma por no tener más control sobre lo que comía o cuánto ejercicio hacía. El dolor que le causaba… no era de extrañar que hubiera acudido a ese médico para adelgazar.

Por desgracia, en los diarios nunca mencionaba el nombre del médico. Pero sí me enteré de que estaba en un centro de adelgazamiento donde había reuniones de grupo y terapia, y que estaba muy emocionada porque su peso estaba cambiando. Las cosas parecían haber mejorado. Cerré el último diario y pensé qué haría con ellos.

Dejé los diarios y volví a mirar hacia el baño. *¡Se me encendió la bombilla!* Corriendo de vuelta al botiquín, cogí el frasco de B12 y desenrosqué el tapón. Dejé caer algunas de las pastillas en mi mano. Llevaban grabado B12. Volví a meter las pastillas en el frasco, enrosqué la tapa y repetí lo mismo con el multivitamínico, que también estaba marcado. Negué con la cabeza y los devolví a su sitio también.

Desenrosqué el frasco de vitamina C y puse unas cuantas pastillas en mi mano. El pulso se me aceleró. No se parecían a ninguna pastilla de vitamina C que hubiera visto. No tenían forma de naranja ni llevaban grabado «vitamina C». Eran cápsulas. ¿Vendían la vitamina C en cápsulas? Abrí el bote de vitamina D e inspeccioné las pastillas de dentro. Pequeños comprimidos blancos sin ninguna marca ni inscripción de ningún tipo. No era normal. Dudaba que fueran vitaminas.

Con el corazón desbocado, me di cuenta de que había conseguido mi primera pista. Cogí los dos botes, el de vitamina C y el de

vitamina D, y los metí en la mochila junto con los diarios.

4

—•—

SELENA

Vicki se paseaba de un lado para otro delante de la entrada principal del hospital cuando yo llegué desde el aparcamiento. La había llamado después de encontrar las misteriosas pastillas escondidas en los botes de vitamina C y vitamina D. Me dijo que no sabía lo que eran y que, después de que Vicki consultara con los médicos de Stephanie, le dijeron que podían echar un vistazo a las pastillas para ver si las reconocían. Como el tiempo apremiaba, conduje directamente al hospital tan rápido como pude. Al acercarme a Vicki, vi que tenía lágrimas en los ojos. Algo había pasado.

—Acaban de llevársela a quirófano —dijo Vicki—. A corazón abierto.

—Lo siento muchísimo. —Supuse que, a estas alturas, el tipo de fármacos que había estado tomando importaba poco, pero aun así podría ser importante saberlo. Yo no era médico y no podía juzgar si la medicación determinaría si alguien necesitaba o no una operación de corazón—. ¿Te han dicho por qué?

—Son las válvulas del corazón. Por lo visto, no se abren y se cierran como deberían. No sé. Dicen que es una valvulopatía o algo así. El médico dice que es extraño y que normalmente es algo que

verían en pacientes mucho mayores. Han dicho que estaban desconcertados.

—¿Tus padres también están aquí?

—Están esperando en la unidad de cirugía. Los médicos nos han dicho que no podían asegurarnos que fuera a salir de esta. Es muy grave —masculló Vicki mientras las lágrimas le surcaban las mejillas.

Esto era malo. Muy malo.

—¿Creen que las misteriosas pastillas podrían estar relacionadas con su dolencia cardíaca?

—Se lo he dicho a su cardiólogo. Me ha dicho que no estaba seguro, pero que sin duda les interesaba saber qué podría haber estado tomando. De momento, lo más urgente es asegurarse de que su... corazón no se pare. —Vicki rompió a llorar.

¿Era posible que el deseo de Stephanie de perder quince kilos le costara la vida? ¿Por qué me sonaba todo esto de algo? Rodeé a Vicki con los brazos para consolarla. Cuando dejó de llorar, se apartó y preguntó:

—¿Has traído las pastillas?

—Sí, las llevo encima. También he llamado a mi madrastra de camino para acá, y hay un laboratorio donde podemos llevarlas a analizar si los médicos no las reconocen.

—Vale.

—¿Sabes cuánto tiempo estará en el quirófano?

—Han dicho que podría tardar un buen rato.

—¿Puedo traeros algo a ti o a tus padres? ¿Comida o café, quizá?

Vicki negó con la cabeza.

—Es muy amable por tu parte, pero no creo que ninguno de nosotros pueda comer ahora mismo.

—De acuerdo, bueno, si eso cambia, por favor, avísame.

—Gracias. Debería volver adentro.

Pillé la indirecta. Por mucho que probablemente quisiera saber por qué su hermana había acabado en el hospital, le urgía más estar con su familia. Era comprensible. Saqué la bolsa de plástico que contenía una muestra de cada una de las pastillas que había encontrado en los botes de vitaminas y se la entregué.

—Dale esto al médico. Las encontré en los botes de vitaminas de Stephanie. Las llevaré a analizar y te diré los resultados tan pronto como pueda.

—Vale.

—Cuídate.

Ella asintió antes de volver a entrar a toda prisa por las puertas automáticas del hospital.

No envidiaba a Stephanie ni a su familia. Si fuera mi situación y un ser querido mío estuviera ahí dentro, estaría en ascuas hasta saber si iba a estar bien. Me di la vuelta y me dirigí hacia mi coche. Mirando el móvil, comprobé la hora y calculé que probablemente aún me daría tiempo a acercarme al lugar de trabajo de Stephanie para interrogar a su compañera sobre la clínica a la que había remitido a Stephanie.

Le dediqué una sonrisa amistosa a la recepcionista de Danziger Medical Devices.

—Hola, me llamo Selena y vengo a ver a Karen Hart.

—¿La espera? —preguntó la alegre mujer.

—No, no exactamente.

—¿De qué se trata?

—En realidad, vengo en representación de Stephanie Crawford y su familia. No sé si conoce a Stephanie, pero está en el hospital.

La joven frunció el ceño.

—Oí que estaba en el hospital. ¿Está mejor?

Negué con la cabeza.

—Me temo que no. La cosa sigue siendo bastante grave. —No estaba segura de cuánto quería la familia que revelara sobre el estado de Stephanie. Vicki Crawford era mi clienta, y consideraba todos nuestros tratos confidenciales a menos que Vicki dijera explícitamente lo contrario.

—Por favor, déle mis mejores deseos a la familia. Y dígale a Stephanie que todos la apoyamos. La echamos de menos. Es una

gran persona.

—Eso es lo que me dicen —contesté.

Stephanie parecía tenerlo todo a su favor. Y era muy querida en el trabajo; según la recepcionista, al menos. No podía entender por qué alguien que parecía tan feliz por fuera y era querida por su familia y amigos se machacaba por ser más grande que una supermodelo. Para mí tenía poco sentido. Aunque, entre las redes sociales y las estrellas de cine, supongo que es difícil no compararse con las que salen en la pantalla, tanto grande como pequeña. Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que yo también me había comparado con los demás. No era algo que tuviera siempre presente, pero me miraba en el espejo al menos una vez al día y a veces en los escaparates. No me gustaba cuando no me cabía la ropa, y estaba orgullosa de mi cuerpo esbelto y fuerte. Se debía sobre todo a que hacía mucho ejercicio y comía sano, pero eso no significaba que me pareciera bien no tener el aspecto que tengo ahora.

—¿Sería posible hablar con Karen Hart? —pregunté de nuevo.

—¿Es por Stephanie? ¿De qué necesita hablar con ella? No creía que fueran tan amigas.

—Su hermana me dijo que pertenecían al mismo grupo y que quizá ella podría ayudarme con información relacionada con lo que le pasa a Stephanie. Es importante que hable con Karen. Le agradecería mucho que le dijera que estoy aquí.

La recepcionista asintió.

—Por supuesto. Lo que sea por Stephanie.

—Gracias. —Di un paso atrás mientras ella, supuestamente, llamaba a Karen para pedirle que saliera. La recepcionista habló en voz baja y no pude entender nada de lo que dijo.

Con suerte, Karen podría darme la información que necesitaba. Y, oye, quizá incluso sabía qué eran las pastillas. La recepcionista colgó el teléfono.

—Karen saldrá ahora mismo. ¿Así que conoce a la familia?

—Conozco a su hermana, Vicki. Me ha pedido que investigue algunas actividades en las que Stephanie participaba antes de desmayarse.

—¿Ha encontrado algo interesante?

—Todavía no —mentí.

—Espero que lo haga. Me pone enferma pensar que Stephanie está en un hospital, inconsciente.

Imagina si supiera que a Stephanie, con veinticinco años, la estaban llevando de urgencia a una operación a corazón abierto. Era extraño, y podía entender por qué su familia había estado tan preocupada. La puerta de la izquierda se abrió y apareció una mujer muy delgada con el pelo color miel recogido en una coleta.

—¿Es usted Selena?

—Sí, soy Selena. ¿Es usted Karen Hart?

—Sí. ¿Está aquí para hacer preguntas sobre Stephanie?

—Así es.

Karen miró a izquierda y derecha antes de decir:

—Deberíamos hablar fuera.

Saludé con la mano a la recepcionista, musité «Gracias», seguí a Karen de vuelta a la entrada del edificio y salí.

Fuera, en el aire frío, podía ver mi aliento al exhalar. Karen se rodeó los hombros con los brazos. No se había traído una chaqueta.

—¿Qué preguntas tiene para mí sobre Stephanie?

—Estoy aquí en nombre de la familia de Stephanie. Su hermana Vicki me ha pedido que hable con usted sobre un centro de adelgazamiento que le recomendó a Stephanie. ¿Puede contarme más sobre eso?

—No es un centro de adelgazamiento. Es una clínica para trastornos alimentarios. ¿Qué tiene que ver eso con que esté en el hospital?

¿Clínica para trastornos alimentarios?

—Puede que no esté relacionado, pero estamos intentando averiguar qué pudo haber causado su repentino desmayo. También queremos entender en qué actividades participaba. No encontré ningún registro de la clínica en su apartamento, pero su hermana dijo que fue usted quien la remitió.

Karen echó un vistazo al edificio y al otro lado del aparcamiento.

—Yo la remití.

—¿Cuál es el nombre del centro? —le pregunté.

—Clínica Teeling.

—¿Usted va a la Clínica Teeling?

—Iba. Ya no.

—¿Por qué no?

—Bueno, alcancé mi peso ideal. Así que no necesitaba volver.

Eso no tenía ningún sentido. ¿Por qué una clínica para trastornos alimentarios te daría el alta después de alcanzar tu peso ideal? ¿No debería haber un asesoramiento continuo?

—¿Había alcanzado Stephanie su peso ideal?

—Creo que sí. Estaba absolutamente fantástica. Hacía que la gente se girara por la oficina.

Mis pensamientos derivaron hacia los diarios de Stephanie. Qué invasión de su privacidad leer cada pensamiento que había tenido. Pero había uno en particular sobre un hombre del trabajo que le interesaba. Probablemente no tenía nada que ver con su desmayo, pero debía de ser a lo que se refería Karen.

—¿Alguien en particular?

—Chuck y ella estaban haciendo muy buenas migas. Corre el rumor de que tienen algo.

—¿En serio?

—Bueno, sin duda han estado pasando la hora del almuerzo juntos. No estoy segura de si ha progresado fuera de la oficina.

No había ninguna mención a citas en los diarios de Stephanie.

—Entonces, ¿hay algo más que pueda contarme sobre esta clínica? Ha dicho que es una clínica para trastornos alimentarios.

—Así es. Es un lugar realmente estupendo. El doctor Teeling es superagradable y muy atento. Tiene sesiones de grupo, y hacemos terapia para ayudarnos a superar algunos de nuestros problemas con la comida. Yo simplemente quería perder peso, pero hay mujeres que van allí por muchas razones. Algunas tienen trastornos alimentarios y están intentando sanar. No veo cómo podría tener algo que ver con el desmayo de Stephanie. Es un lugar de curación.

Una perspectiva interesante sobre la clínica. Según los diarios de Stephanie, no estaba contenta con su talla antes de su repentina pérdida de peso; se la estaba comiendo viva, por así decirlo. Pero

aparte de eso, Vicki no había mencionado ningún historial de anorexia, bulimia o cualquier otro trastorno alimentario.

—¿El médico receta algún fármaco para ayudar a perder peso? —pregunté.

Karen palideció.

—No. Recomienda que tomemos vitaminas para mantenernos sanas, pero eso es todo.

—¿Algo más que pueda contarme sobre la clínica?

—Eso es todo. ¿Cómo está Stephanie?

—Sigue bastante grave.

—Qué horror. Por favor, dígale a su familia que pienso en ella. Todos aquí lo hacemos. Es una de esas mujeres de la oficina que le cae bien a todo el mundo, ¿sabe?

—Claro. Le daré el recado. Gracias por su tiempo.

La vi tiritar y volver al calor de la oficina.

Karen Hart había insistido en que la clínica era un lugar de curación. Ella misma había sido paciente en la clínica y había perdido peso, había alcanzado su objetivo y parecía estar perfectamente. Quizá Stephanie tenía una afección cardíaca que la familia nunca había conocido. Después de hablar con Vicki el día anterior, había buscado en internet sobre afecciones cardíacas, y lo que leí fue que podías tener una durante toda tu vida, y hasta que algo salía mal, no lo sabrías. ¿Había realmente algo nefasto en la Clínica Teeling? ¿Qué eran esas pastillas dentro de los botes de vitaminas? ¿Provenían de la clínica?

5

—•—

STEPHANIE

12 AÑOS

Las lentejuelas azules relucían bajo las luces de los grandes almacenes. Cogí la percha, corrí hacia el espejo y me puse el vestido por delante. Me encantó. Brillaba, como el de un hada. Iba a ir a mi primer baile del instituto y estaba muy emocionada porque no solo iban los de primero de la ESO, sino también los de segundo. Estaba deseando arreglarme con mis mejores amigas. Unas risitas a mi espalda me llamaron la atención. —¿Janine, Tammy, qué pasa?

—¿Qué os parece este para el baile? —rio Janine mientras levantaba un vestido de gala verde oscuro y daba una vuelta.

—Creo que es perfecto para ti.

—A mí también —dijo Janine.

Era ridículo para un baile de primero y segundo de la ESO. No era un baile de etiqueta. Janine volvió a colgar el vestido en el burro y dijo: —Madre mía, qué bonito. ¿Ya te lo has probado?

—Todavía no, pero quiero probármelo. ¿Habéis encontrado algo vosotras?

—Yo aún no, pero hay un montón de vestidos chulísimos. Creo que también quiero uno que brille —dijo Janine.

—¡Pues ya somos tres! —dijo Tammy.

—Hala, tengo una idea. Cojamos un montón de vestidos y montemos un desfile de moda —dije.

—¡Sí! —proclamó Janine.

—¡Claro que sí! —dijo Tammy.

Las tres peinamos los burros en busca de lo mejor de lo mejor y corrimos a los probadores, donde mi madre estaba sentada leyendo una revista. Había tenido el detallazo de ofrecerse a llevarnos a las tres a comprar los vestidos. Las madres de Janine y Tammy les habían dado un presupuesto y habían quedado con la mía en que les comprara los que quisieran y que luego ellas se lo pagarían.

Nos escondimos cada una tras la cortina de nuestro probador. Después de ponerme el vestido azul de lentejuelas, me miré al espejo, boquiabierta. Me encantaba. Parecía una princesa; una princesa de fiesta. Sin duda, ese era el vestido que quería. Me llevé la mano a la espalda y tiré de la cremallera. No se movía. Necesitaría una talla más.

—¿Estás ya? —preguntó Janine.

—Todavía no. Necesito una talla más grande —dije.

—Pásame el vestido, que voy a por otra talla —dijo mi madre.

Después de quitarme el vestido perfecto, aparté la cortina y se lo di a mi madre. Miró la talla en la etiqueta —dudó— y dijo: —Ahora mismo vuelvo.

Me puse el siguiente vestido y no me gustó nada. Parecía una muñequita. Salí del probador y vi a Janine y Tammy dar vueltas con sus extravagantes vestidos de gala.

Seguimos probándonos varios vestidos más hasta que mi madre regresó con la otra talla. Me la dio y me susurró: —Es una cuarenta y dos, pero no te preocupes, podemos cortar la etiqueta. —Me dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de volver a su silla.

¿Por qué había que cortar la etiqueta? ¿Era grande una talla cuarenta y dos? ¿Demasiado grande? Ahora que lo pensaba, Janine y Tammy habían cogido una treinta y seis. En ropa interior, me miré las piernas, la barriga y los brazos. Supongo que era más grande que Janine y Tammy. ¿Era eso malo? ¿Tenía que ponerme a dieta? ¿Tenía que contar las calorías como mi madre?

Me puse el vestido, me llevé la mano atrás para subir la cremallera y llegué hasta la mitad. Luego, pasé el brazo por encima de la cabeza y arqueé la espalda para subirla del todo. Me enderecé y me miré en el espejo. Me encantaba el vestido.

Mi madre me llamó desde el otro lado de los probadores. —¿Stephanie, estás lista para enseñárnoslo?

—Preparaos para alucinar —dijo Janine.

Aparté la cortina y salí.

Mi madre asintió con una amplia sonrisa. —Estás preciosa, Stephanie.

—¿Me lo puedo quedar? —pregunté.

—A ver cuánto cuesta. —Me acerqué a mi madre y miró la etiqueta—. Creo que entra dentro del presupuesto. Nos lo llevamos.

—¿En serio? —dije, asombrada.

—Claro. Es tu primer baile. Tienes que llevar el mejor vestido que te puedas imaginar.

Mi madre era la mejor. No quería decirlo delante de mis amigas, pero de verdad que lo era. Nos volvimos a poner nuestra ropa y fuimos con mi madre a la caja con nuestras elecciones. Con gran emoción, le di el vestido para que se lo pasara a la dependienta. Estaba deseando que llegara el día del baile para poder ponérmelo.

6

—•—

SELENA

De vuelta en mi despacho, abrí la página web del laboratorio del que me había hablado Martina. Necesitábamos averiguar qué eran esas pastillas que Stephanie había escondido en los botes de vitaminas. Martina me había dado el nombre de un laboratorio para analizarlas, pero no me había dicho explícitamente qué tipo de análisis debía solicitar. Al leer el alcance de sus análisis, me di cuenta de que quizá necesitaría un poco de ayuda. La web decía que analizaban muchos tipos de sustancias, como pastillas, polvos, material vegetal y líquidos, y a continuación enumeraba los análisis que se podían solicitar. El único problema era que no sabía qué era la GC-MS, ni el análisis microscópico, ni la FT-IR, ni la LC-MS, ni la HPLC. No tenía ni idea de cuál necesitaba y me di cuenta de que debería haber ido a más clases de química y ciencias durante mi época universitaria, pero no encajaban con mi especialización en justicia penal con una subespecialización en empresariales. *Ajá.* Eso me dio una idea. Conocía a una encantadora y brillante estudiante de química que además era mi mejor amiga. Cogí el teléfono y llamé a Dee. Al primer tono, descolgó:

—Hola, Selena, ¿qué tal?

—Hola, Dee. He pensado que podría necesitar tu pericia científica para algo en lo que estoy trabajando.

—Estoy intrigada. ¿De qué se trata?

—Bueno, no puedo darte todos los detalles del asunto en el que estoy trabajando, pero tengo unas pastillas y necesito saber qué contienen. La página web del laboratorio que estoy mirando dice que hacen diferentes tipos de análisis de sustancias, pero la verdad es que no sé cuál solicitar. Para mí no son más que un puñado de letras.

—¿Qué tipo de pastilla es? ¿Una cápsula o un comprimido?

—Uno es un comprimido y la otra es una cápsula.

—Probablemente necesites una GC-MS y puede que un seguimiento con HPLC para la cuantificación.

—Vale, no tengo ni idea de lo que significa nada de eso, pero si tú lo dices…

Dee se rio.

—GC-MS es cromatografía de gases-espectrometría de masas. Lo que hace el laboratorio es inyectar la muestra en una máquina, y la máquina les dice el tamaño del compuesto, y luego lo comparan con una biblioteca de otros compuestos para ver con cuál coincide. Lo confirmarán con un segundo tipo de método de cromatografía como HPLC, o cromatografía líquida de alta resolución, y también determinarán la cantidad de fármacos que hay en las pastillas.

Dee era, sin duda, una de mis amigas más listas. Estudiaba química y planeaba ir a la facultad de medicina para ser psiquiatra de víctimas de crímenes violentos. No solo era mi mejor amiga, sino que también había sido mi compañera de piso, hasta que me independicé. Ella misma era una superviviente. En nuestro primer año de carrera, la habían atacado, pero en lugar de dejar que aquello la destruyera, convirtió su experiencia en algo positivo y empezó a trabajar en el centro de orientación psicológica del campus y cambió sus objetivos profesionales para ser terapeuta de quienes habían pasado por experiencias similares. Y, lo que es aún más milagroso, tenía novio. Algo que yo no había logrado conservar después de mis desastrosas y desgarradoras experiencias con los

míos. Pero me alegraba por ella. Era una de las mejores personas que conocía.

—Vale, gracias, Dee. ¿Cómo va todo? ¿Qué tal la universidad?

A Dee todavía le quedaba terminar el semestre antes de graduarse. Éramos del mismo año, pero yo me gradué un semestre antes durante lo que yo llamaba mi periodo de aislamiento —lejos de amigos y familiares—; dupliqué mi carga lectiva para acabar antes y poder empezar mi carrera.

—Genial. Acabo de llegar a casa de la facultad, y ahora voy a cambiarme y a prepararme para salir con Steve.

Steve era el novio policía de Dee, al que conoció mientras daba clases de defensa personal. Parecían muy felices juntos. Me alegraba por ella. Su vida amorosa era ciertamente más activa que la mía; no es que yo estuviera buscando una.

—Suena divertido.

—¿Cómo va el caso de la hermana de Vicki? —preguntó Dee.

Dee me había recomendado a Vicki. Se lo había agradecido amablemente el día anterior. Estaba contenta de trabajar en algo más que una simple investigación de antecedentes.

—Va bien.

—¿Cómo está Stephanie?

—Es bastante grave. Ahora mismo la están operando a corazón abierto.

—Qué horror.

—Sí. Lo es. Pero te dejo. Ya que tienes una cita con Steve —dije, enfatizando su nombre para tomarle el pelo.

—Sabes, Steve tiene un amigo… —insinuó Dee.

—Deja que termine este caso y quizá me lo piense.

Dee vitoreó.

—¡Sí!

Cuando Dee y yo nos conocimos en nuestro primer año, después de que la agredieran, ninguna de las dos pensó que volvería a tener una cita. El tiempo es algo curioso.

—Vale, hablamos luego —dije.

Volví a centrar mi atención en la pantalla.

Navegando por la web siguiendo los consejos de Dee, descubrí que, efectivamente, tenía razón. El catálogo describía la *cuantificación de fármacos de identificación farmacéutica por GC-MS y cuantificación por HPLC*. Desde luego, era útil tener amigos cerebritos. Seguí leyendo y me detuve. *Maldita sea.* Decía que el análisis podía tardar hasta dos semanas. Dos semanas era mucho tiempo, sobre todo porque Stephanie apenas se aferraba a la vida en el quirófano. Necesitaba un trabajo urgente. Quién sabía si sus médicos podrían identificar las pastillas basándose en los comprimidos que le di a Vicki en el hospital. Quería llamar para saber si lo habían hecho, pero necesitaba darles a Vicki y a su familia algo de espacio, ya que estaba segura de que esperaban ansiosos a que el médico les dijera qué tal le había ido a Stephanie en la operación.

Un golpe en la puerta me hizo dar un brinco en la silla. Levanté la vista y, a través de la puerta de cristal, vi una cara amiga. Martina saludó con la mano mientras abría la puerta.

—Espero no haberte asustado.

—Solo un poco. Estaba estudiando la página web de los servicios de análisis para analizar esas pastillas.

—¿Ha habido suerte?

—Para ser sincera, he tenido que llamar a Dee para que me descifrara algo de esto.

Martina asintió.

—Inteligente. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Bueno, aquí dice que pueden tardar hasta dos semanas en completar el análisis. ¿No sabrás cómo conseguirlo más rápido?

—Si los llamas, podrían hacerte un trabajo urgente. Aunque te costará más.

Más gastos. En mi clase de empresariales, había elaborado un plan de negocio, y tenía suficientes ahorros para darme un año para que mi negocio diera beneficios antes de tener que buscarme un trabajo a tiempo parcial, algo que realmente no quería hacer. El anticipo de Vicki y su familia era considerable, pero no quería fundírmelo todo en los análisis. Tenía que contar mi tiempo, el equipo de vigilancia y cualquier gasto asociado a mi trabajo de incógnito en la clínica. Por

no mencionar cualquier otro gasto que pudiera surgir mientras intentaba averiguar qué le había pasado a Stephanie. Hice una mueca.

—¿Tienes idea de cuánto costará?

—Unos cientos de dólares.

Uf.

—Los llamaré cuando vuelvan a abrir mañana.

—¿Está todo bien… económicamente?

—Todo irá bien. No te preocupes por eso. Y no es que no me alegre de verte, pero… ¿qué haces aquí?

—Iba de camino a casa, he pasado por delante y he visto que tu luz seguía encendida. Así que he pensado en pasar a ver cómo estabas y cómo iba la investigación.

Martina era mi madrastra, mi mentora y también una especie de pilar para mí. Pero ¿me estaba vigilando? ¿Creía que necesitaba su ayuda? Yo era una adulta. Quiero decir, no es que no estuviera agradecida por todo lo que había hecho por mí. El hecho de que estuviera sentada en este despacho era gracias a ella y a mi padre, que alquilaron el local durante un año entero como regalo de graduación.

—Lo tengo todo controlado. —Le di un plus de confianza a mi tono.

—¿Hay algo que quieras consultarme, solo para contrastar ideas? Ya sabes, es algo que hacemos en la empresa todo el tiempo. Nos gusta contar con otros investigadores para que nos den ideas sobre cómo debemos llevar un caso. No es que no crea que puedas hacerlo sola. Eres más que capaz, pero sé que trabajar sola puede ser un poco solitario.

Tenía razón, y solo llevaba dos días trabajando sola.

—Bueno, estoy esperando los análisis de las pastillas y voy a pedir cita en la clínica para entrar y ver cómo es realmente.

Se sentó y me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Cuál va a ser tu tapadera? No parece que necesites perder peso.

—Bueno, hoy he hablado con una de las compañeras de trabajo de Stephanie y, al parecer, el centro no es para perder peso, es una

clínica de trastornos alimentarios. Hay mujeres que sufren anorexia, bulimia y otros trastornos alimentarios que acuden a terapia en el centro, así que podría decir que tengo un trastorno alimentario.

—¿Qué trastorno alimentario piensas decir que tienes?

Buena pregunta. Necesitaba pensar más en esto.

—No he investigado mucho, pero sé un poco sobre la anorexia y la bulimia…

Martina dijo:

—Quizá deberías investigar un poco más. Si es un médico de verdad y sabe lo que hace, se dará cuenta de la mentira inmediatamente. No tienes ningún signo de un trastorno alimentario. Tu piel tiene un brillo agradable y tienes tono muscular. No son rasgos característicos de un trastorno alimentario.

—¿Puedo decir que estoy recuperada de mi trastorno alimentario, pero que tengo miedo de recaer?

—Eso podría funcionar. —Pero Martina parecía escéptica. Tenía razón.

—Bueno, ya que ofrecen terapia de grupo, quizá pueda decir que solo busco un nuevo terapeuta para asegurarme de mantenerme sana como ahora.

—Esa es una buena idea.

—¿Cómo fue el caso de la investigación de antecedentes? —preguntó.

—Pan comido. Ya he terminado. Anoche le envié el informe al cliente.

—Así que cobraste tu primer sueldo. —Resplandecía de orgullo.

Sonreí.

—Sí. —No era mucho, pero era un sueldo. Según mis cálculos, solo necesitaba, como, cincuenta más de esos.

—Me voy a casa. ¿Quieres venir a cenar?

—Todavía tengo trabajo que hacer, pero te veo el domingo, ¿vale?

—Vale. No trabajes demasiado.

—Lo intentaré.

Martina se levantó para irse y yo le dije:

—Gracias por pasarte, Martina. Me alegro de verte, y tienes razón. Se agradece tener a alguien con quien hablar de los casos.

—Cuando quieras.

La saludé con la mano mientras salía.

Añadí la web del laboratorio de análisis a favoritos antes de buscar en internet la Clínica Teeling. Tal y como había mencionado Karen Hart, el lugar ofrecía muchos servicios. El resto de la tarde lo pasaría investigando un trastorno alimentario creíble para mí antes de pedir cita. No quería echar por tierra mi tapadera el primer día.

Intrigada por la web, hice clic en la foto del médico y luego realicé una búsqueda rápida en Google de un D. Teeling, MD. Lo único que apareció fue la web de la Clínica Teeling y una página de un güisqui irlandés Teeling.

Sospeché que necesitaría una investigación de antecedentes completa del doctor Teeling. Entré en mi cuenta de la web de investigación de antecedentes e introduje su nombre. Tamborileé con las yemas de los dedos sobre el escritorio mientras esperaba. La pantalla de resultados apareció. *Mmm. Esto se acaba de poner más interesante.* No había registros ni licencias médicas a nombre de un D. Teeling en el estado de California. Volví a la web y me quedé mirando la fotografía junto al nombre del doctor Teeling. Lo miré fijamente a sus ojos oscuros y pregunté:

—¿Quién es usted en realidad, doctor Teeling?

7

—•—

SELENA

Sentí un gran alivio cuando Vicki me explicó que Stephanie había superado la operación a corazón abierto y que los médicos tenían la esperanza de que se recuperara, aunque fuera lentamente. —Me alegro mucho de oír eso.

—Sí, estamos contentos de que vaya a ponerse bien, pero el médico cree que necesitará fisioterapia, medicación y, como no sabemos qué lo ha provocado, no estamos seguros de si el problema volverá o si surgirán nuevos síntomas.

—¿Han podido los médicos identificar las pastillas que te di?

—Esa es la parte interesante. Varios de sus médicos las han examinado y ninguno ha reconocido las pastillas, pero en lo que han estado de acuerdo es en que se asemejan a las drogas de diseño. Los médicos no creen que provengan de ninguna compañía farmacéutica, sino que parecían fabricadas por alguien que las hacía pasar por un producto regulado.

Me alivió poder llevar las pastillas al laboratorio para que las analizaran con urgencia. Como había dicho Martina, me costó unos cientos de dólares, pero, teniendo en cuenta que los médicos no habían podido identificar los fármacos, valdría la pena.

—El laboratorio ha dicho que podrá realizar el análisis de las pastillas en cuarenta y ocho horas.

—Genial. ¿Has ido ya a la clínica de adelgazamiento?

—Todavía no, pero tengo pensado ir a echar un vistazo hoy.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó Vicki.

Dudé si contarle mis sospechas, ya que no tenía nada en firme, pero como era mi clienta, y dicen que el cliente siempre tiene la razón, básicamente le conté todo lo que tenía. —Me reuní ayer con Karen Hart y me confirmó que ella le recomendó la clínica Teeling a Stephanie. He mirado la página web y dice que es una clínica para trastornos alimentarios dirigida por un tal doctor D. Teeling. Pero la cuestión es que he estado investigando a este médico y no encuentro ningún registro de un D. Teeling en California. Ni licencias. Ningún registro en absoluto.

Vicki se quedó sin aliento. —¿Es una broma? ¿O sea que este tipo es un farsante? Tenía razón. No era de fiar. Puede que ni siquiera sea médico.

—Eso es lo que voy a averiguar. Tengo pensado vigilar la clínica para ver qué puedo sacar en claro de los que entran y salen y, con suerte, poder ver al médico, o a quienquiera que sea. Y entonces intentaré descubrir su verdadera identidad.

—Sea quien sea ese tipo, sé en el fondo de mi alma, Selena, que él es el causante del colapso de mi hermana y la razón por la que ha tenido que someterse a una operación a corazón abierto. Quiero hundirlo. ¿Podemos hacerlo? ¿Puedes hundirlo? —preguntó Vicki.

—Por supuesto. —Y lo decía en serio. Había cogido algunos libros de la biblioteca sobre trastornos alimentarios y la cultura de la dieta. De momento, no me gustaba lo que había leído. Aún me quedaba algo de investigación por hacer, pero todo apuntaba a que el doctor Teeling era un estafador que se aprovechaba de las mujeres y de sus inseguridades corporales.

—Gracias, Selena. Por favor, infórmame de cualquier cosa que averigües.

—Lo haré. Avísame cuando Stephanie despierte. Me encantaría hablar con ella. Podría ayudar en la investigación.

—Lo haré en cuanto se despierte y tenga fuerzas suficientes.

—Estupendo. Cuídate. —Colgué el teléfono y lo metí en la mochila. Iba a ser un día largo, pero tenía mi material de lectura y una misión.

Con una gorra de béisbol negra y gafas de sol, me recosté en el asiento del coche, observando la entrada de la clínica. No había mucho trasiego, pero por lo que había visto hasta ahora, solo mujeres jóvenes entraban y salían del edificio. Eran de todas las tallas y razas. Probablemente no vería al médico hasta que saliera a comer o se fuera por hoy, pero en cuanto pusiera un pie fuera, me pegaría a él. Descubriría quién era y qué se traía entre manos. Si era la persona que le daba a Stephanie las drogas ilegales que le habían provocado su estado actual, lo desenmascararía y pagaría por lo que había hecho.

Estaba harta de que los hombres pensaran que podían hacer lo que les diera la gana, coger lo que quisieran, sin importar cómo afectara a las mujeres. En los últimos cuatro años, había aprendido sobre algunas atrocidades terribles en el mundo. Las mujeres habían sido tratadas como seres inferiores a los hombres desde el principio de los tiempos. Entre las leyes ridículamente laxas sobre la violencia de género, la culpabilización de las víctimas supervivientes de agresiones sexuales, o simplemente el no creer a las mujeres cuando se quejaban de la violencia o posible violencia contra ellas..., estaba cansada de ver cómo se trataba a los grupos marginados como ciudadanos de segunda, como si fueran menos que humanos.

Saqué de la mochila el libro sobre trastornos alimentarios que había cogido de la biblioteca y lo abrí por las descripciones de los diferentes tipos. Todavía necesitaba pulir mi tapadera para asegurarme de que fuera lo bastante creíble como para infiltrarme en la clínica. Los tres trastornos alimentarios más comunes, y a menudo los más mortales, eran la anorexia nerviosa, la bulimia nerviosa y un trastorno menos conocido y del que se hablaba menos: el trastorno por atracón. Después de leer las descripciones

generales, supe que Martina tenía razón. No estaba segura de poder simular anorexia o bulimia, a menos que dijera que llevaba bastante tiempo en recuperación.

Al pensar en los diarios de Stephanie, se me ocurrió que debía de tener más de los que yo había encontrado. Quizás debería volver a su apartamento y registrar las pilas de cajas de su armario. A lo mejor tenía algunos de su infancia, o de años anteriores, que me ayudarían a entender mejor por lo que había estado pasando. Por lo que había leído hasta ahora, no parecía tener anorexia, que el libro describía como un trastorno complejo, así que, obviamente, no podía estar segura. Había tantas variantes y tipos de anorexia, como el tipo restrictivo y el tipo con atracones y purgas. Fascinada, seguí leyendo.

Tras un rato, dejé el libro y reflexioné sobre lo que había leído acerca del origen de los trastornos alimentarios. No era lo que yo había pensado. Según lo que leí, los trastornos alimentarios casi siempre empezaban como dietas, pero cuando la dieta se convertía en un trastorno, ya no se trataba solo de comida y peso. Vivíamos en una sociedad en la que a cada esquina había una nueva dieta de moda. ¿Contribuía eso también al creciente número de trastornos alimentarios?

Volviendo a centrarme en el libro, el siguiente trastorno sobre el que leí podría ser con el que luchaba Stephanie. El trastorno por atracón sonaba como la bulimia, pero sin purgas. Ella no parecía tener ninguna, pero sí que contaba cada caloría y, cuando engordaba unos kilos, se odiaba a sí misma y a su cuerpo. Pero, por otro lado, que no registrara que había estado vomitando o tomando laxantes no significaba que no lo hiciera.

Los criterios para el trastorno por atracón incluían la falta de control sobre la ingesta durante un episodio. O sea, ¿como lo de «no puedes comer solo una» patata frita? Y segundo, se debía cumplir uno de los siguientes: comer más rápido de lo normal, comer hasta sentirse incómodamente lleno, comer una gran cantidad de comida sin sentir hambre física, o comer a solas por vergüenza de la cantidad que se está comiendo. Por último, sentirse asqueado o deprimido por comer en exceso, y que los episodios de atracones

ocurrieran al menos dos días a la semana durante seis meses. Eso se parecía mucho a los diarios de Stephanie. Había una angustia notable en los escritos de Stephanie con respecto a los atracones. Se había machacado verbalmente cada vez que comía demasiado.

Era desolador que alguien como Stephanie pudiera odiarse tanto; porque, a todas luces, parecía tener una vida estupenda, buenos amigos, familia y un buen trabajo. Le importaba tanto su aspecto que estaba destruyendo su autoestima y quizás incluso su vida.

No entendía qué causaba esto; quiero decir, entendía lo de querer parecer guapa y recibir atención positiva, supongo. Aunque mi historial con los hombres era tan terrible que a menudo intentaba parecer más invisible y no destacar. Pero al tener amigas, sabía que yo no era la norma. La mayoría de las mujeres invertían mucho tiempo y energía en lucir lo mejor posible, o lo que la sociedad les hacía creer que era bello, como ser alta, delgada y sin defectos. Como si no tener defectos fuera siquiera posible. La perfección era un mito. Algo que nunca podríamos alcanzar. ¿Y por qué íbamos a quererlo? En mi opinión, lo que hacía a las personas diferentes era lo que las hacía interesantes. Antes odiaba ser bajita. Con apenas un metro sesenta, me habían llamado renacuaja y tapón, y me había molestado. Pero también era lo que me hacía diferente, ¿no? Aunque todavía no me importaría ser más alta, mi estatura me daba un elemento de sorpresa ante un oponente físico. Al ver mi complexión delgada, no esperarías a alguien que pudiera pelear físicamente con un hombre que le doblara el tamaño. *Bueno, si no tienen una pistola o una espada larga.*

Supongo que siempre hay algo en cada uno de nosotros que nos gustaría que fuera diferente, pero mi terapeuta me había dicho una y otra vez, y supongo que creía que era verdad, que nuestras diferencias nos hacían grandes. ¿Y si todo el mundo tuviera el mismo aspecto, hablara igual y fuera igual? Sería un mundo enorme y aburrido.

Seguí leyendo, intentando entender por qué la imagen corporal y los trastornos eran un problema tan grande. Algunos expertos llegaban incluso al extremo de calificar los trastornos alimentarios como una epidemia, que no solo mataba a mujeres, sino también a

hombres. Por lo que entendí, los científicos todavía estaban intentando averiguar qué causaba los trastornos alimentarios y determinar si existía una relación entre los factores biológicos y el entorno. Pero el mayor factor de riesgo en el que todos los expertos parecían estar de acuerdo era que los trastornos alimentarios estaban alimentados por una cultura que seguía promoviendo las dietas y la insatisfacción con la imagen corporal.

¿Quizás si no fuera tan rentable para la industria de las dietas, no nos lo meterían tanto por los ojos? ¿Quizás si promovieran campañas para que la gente amara su cuerpo, no necesariamente por su aspecto sino por lo que hace por nosotros, tendríamos una sociedad más feliz y menos problemas alimentarios?

Miré por encima del libro y observé cómo más mujeres salían de la clínica. Ni rastro del buen doctor. Volví a centrarme en el libro y negué con la cabeza mientras seguía leyendo las preocupantes estadísticas sobre los trastornos alimentarios en nuestra cultura de la dieta.

Niñas pequeñas preocupándose por su peso, arreglándose frente al espejo para parecer princesas. De repente me hizo pensar en las películas de Disney de la infancia, donde la princesa era salvada por el príncipe. *Ja. Esos sí que eran cuentos de hadas.* ¿Por qué siquiera metemos esa idea en la cabeza de las niñas? ¿Por qué no podemos ser nuestras propias salvadoras? *¿Adivina qué? Ninguna mujer necesita a un hombre.* Si una mujer quiere un hombre, genial, pero desde luego no los necesitamos. No los necesito para que me abran las puertas, ni para que me compren cosas o me inviten a cenar. Puedo hacerlo todo por mi cuenta, y tantas otras mujeres también. ¿Por qué la sociedad sigue enseñando a las jóvenes que no somos lo suficientemente buenas por nosotras mismas?

Me estaba subiendo la tensión por la variedad de problemas sistémicos de desigualdad con respecto a las mujeres. No sabía si era porque me identificaba como una mujer poderosa o porque conocía a tantas mujeres fuertes en mi vida. Estaban Martina, Dee y tantas otras que me había encontrado. ¿Por qué siempre nos retrataban como la damisela en apuros? ¿Por qué las mujeres seguían ganando menos dinero que los hombres por los mismos

trabajos? ¿Cuándo acabaría? ¿Cuándo dejarían los hombres de intentar decir a las mujeres cómo deben ser, cómo deben comportarse, cuánto dinero deben ganar o qué deben hacer con sus propios cuerpos? ¿Cuándo?

Después de unas cuantas respiraciones profundas para calmarme, pensé que podía quedarme aquí enfadándome o podía hacer algo al respecto. No estaba segura del impacto que podría tener en el mundo entero, pero sabía que podía enfrentarme al supuesto doctor Teeling y averiguar si formaba parte del problema. Apostaba a que sí.

Tras unas horas más, me rugieron las tripas. Era hora de otra barrita de proteínas. Saqué una de la mochila y la desenvolví mientras miraba por la ventanilla del coche. Masticando aquel sustento portátil y su combinación de chocolate y mantequilla de cacahuete, sabía que no era la opción más saludable, pero cuando estás de vigilancia, no hay muchas opciones mejores. Dejé de masticar y puse la barrita de proteínas en el asiento del copiloto y cogí mis prismáticos.

Mirando a través de las lentes, lo vi salir tranquilamente hacia el aparcamiento. *Bingo.* Estaba en mi punto de mira. Volví a dejar los prismáticos y arranqué el coche. Mientras se subía a un BMW plateado, anoté el número de su matrícula, así como la marca y el modelo del coche en mi móvil. Después de que saliera marcha atrás y abandonara el aparcamiento, comencé mi persecución.

8

—•—

STEPHANIE

15 AÑOS

Mientras caminaba hacia casa, vi el coche de Vicki en la entrada. Con el día que llevaba, se me había olvidado por completo que venía este fin de semana. Me alegré mucho de que estuviera en casa.

Desde que se fue a la universidad, la echaba de menos casi a diario. Últimamente, la cosa había mejorado un poco, cuando empecé a salir con Tyler, pero ahora… se había ido. Necesitaba a mi hermana mayor.

No me podía creer que Tyler estuviera viéndose con Rachel a mis espaldas. Actuó como si no fuera para tanto… Las palabras que había escupido me quemaban como ácido en la piel. Me había dicho: «Es que lo nuestro ya no daba para más. Steph, seguro que lo entiendes. Lo hemos pasado bien, pero ahora estoy con Rachel». ¿Que no daba para más? ¿Qué demonios significaba eso? No supe qué responder, así que salí corriendo para que no viera las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. Unas lágrimas que parecía imposible detener.

Tras respirar hondo, me sequé los ojos y me acerqué a la puerta de casa. Supongo que debería haber sabido que lo de Tyler y yo no duraría para siempre. Solo teníamos quince años y él era mi primer novio. ¿Qué probabilidades había de que eso durara eternamente?

Aunque lo sabía, me dolía tanto que sentía que la opresión en el pecho no desaparecería jamás. Que mis pensamientos sobre Tyler no desaparecerían jamás. Vicki sabría exactamente qué decir, de eso estaba segura.

Entré en casa de puntillas y cerré la puerta despacio a mi espalda para poder colarme en el cuarto de baño y lavarme la cara antes de ver a Vicki y al resto de la familia. Esperaba que solo estuviera Vicki en casa, porque no me creía capaz de enfrentarme a mis padres fingiendo estar feliz o sonriendo. Dejé la mochila en mi cuarto y me metí a hurtadillas en el baño para lavarme la cara y echarme agua fría.

Por encima del ruido del grifo, oí:

—Steph, ¿eres tú? ¿Has llegado?

No había sido tan sigilosa como pensaba.

—Estoy en el baño. Salgo ahora mismo.

Después de secarme la cara, me miré al espejo. ¿Era demasiado fea? ¿Demasiado gorda? ¿Era por eso que Tyler ya no quería estar conmigo? Dijo que me quería. Le creí. Quizá fui una estúpida por pensar que alguien como Tyler querría estar conmigo. Claro, estaba con Rachel. Era alta, rubia y delgada. Una animadora. Seguro que nadie se había ofrecido nunca a cortarle las etiquetas de los vestidos. Me dolía el corazón, pero sabía que no podía esconderme de Vicki para siempre. Fui a la cocina, donde Vicki estaba rebuscando en el frigorífico.

—Hola, Vicki.

—Hola —su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué pasa?

Agaché la cabeza, demasiado hundida para fingir que todo iba bien. Además, no parecía haber nadie más en casa.

—Tyler y yo hemos roto. Me ha dejado.

—Lo siento mucho, Steph.

No pude evitar que se me cayeran las lágrimas. ¿Por qué dolía tanto? Vicki me rodeó con los brazos y me dijo que todo iría bien y que Tyler era un capullo. Que yo era demasiado buena para él. Negué con la cabeza y le dije:

—No creo que eso sea verdad. Si lo fuera, no me habría dejado por Rachel.

—Tú eres mucho mejor que Rachel. ¿Acaso saca todo sobresalientes? ¿Es superguay? Tú eres la persona más lista, divertida y guay que conozco.

—Entonces, ¿por qué no me quiere? —pregunté.

Vicki dijo:

—Porque es estúpido, por eso. ¿Sabes qué? Tengo la cura para este tío estúpido. Tú y yo vamos a tener una noche de hermanas.

—¿Una noche de hermanas?

—Eso es. Vamos a tirar la casa por la ventana. Papá y mamá nos han dejado dinero para la cena. Esta noche saldremos a por pizza y compraremos helado y chucherías. Alquilaremos pelis, alquilaremos la mejor peli de la *historia*.

—¿En serio? —no estaba segura de que me apeteciera salir de casa y enfrentarme al resto del mundo. Un mundo en el que Tyler ya no me quería.

—Confía en mí, será genial. O podemos quedarnos en casa y pedir a domicilio. Veremos la peli en la sala de juegos. Les diré a papá y a mamá que solo queremos una noche de hermanas y nos dejarán en paz.

—Me gustaría. Gracias.

—Faltaría más. Iré a la tienda a abastecerme de provisiones. Pasaremos la mejor noche de la historia y seguro que te olvidas del estúpido de fulanito.

Me alegré mucho de que Vicki estuviera en casa. Echaba de menos tener a alguien de mi parte. Mis padres lo estaban, pero tener a tu hermana mayor siempre ahí, luchando por ti, era otra cosa. Vicki era la mejor hermana del mundo.

Más tarde esa noche, nos acurrucamos en el sofá con mantas sobre el regazo mientras veíamos la mejor película del mundo: *Fuera de onda*. Con una tarrina en la mano, me metí una cucharada de helado Chubby Hubby en la boca. El azúcar y la nata recorrieron mi cuerpo en oleadas de euforia. Cuanto más comía, mejor me sentía. Incluso me reí en algunas de las partes más divertidas de la película. Cuando me terminé la tarrina de helado, Vicki dijo:

—Parece que estás lista para las chucherías.

Sonrió mientras abría la caja de regaliz rojo.

—Gracias, Vicki. Eres la mejor.

—Ya lo sé —contestó con alegría.

Cuanto más comía, mejor me sentía. El regaliz rojo era la mezcla perfecta de dulce y gominola.

Sonó el timbre y Vicki se levantó de un salto del sofá.

—Parece que ha llegado la pizza. Voy yo. Pon la peli en pausa, ¿vale?

—Vale —pulsé el botón de pausa del mando.

Estaba resultando ser una de las mejores noches en vez de uno de los peores días con el viejo fulanito, que era como Vicki había insistido en llamarlo. Masticaba el regaliz rojo mientras Vicki iba a por la pizza. Cuando volvió a entrar en la sala de juegos, el aroma a masa recién horneada y pepperoni inundó mis sentidos. Con el helado, las chucherías y ahora la pizza, sentía que por fin había encontrado algo que me quitaba el dolor.

9

—•—

SELENA

Con la adrenalina a tope, seguí el coche del Dr. Teeling por la autovía. Por suerte, había muchos coches, así que pude seguirlo bastante de cerca sin que me viera. Suponiendo que no estuviera pendiente de si le seguían. Pero si no era un corrupto, ¿por qué iba a estarlo? Un hombre inocente no suele ser demasiado consciente de su entorno ni sospechar que alguien pueda seguirlo a diario. ¿Se sentía culpable de algo el buen doctor? ¿Qué ocultaba y de quién?

Mientras lo seguía por la autovía, le daba vueltas a varios escenarios. Tenía que asegurarme de que, una vez dentro de la clínica, podría interactuar con gente que se hubiera cruzado con Stephanie. Estaba decidido. Diría que tenía un trastorno por atracón; parecía el más fácil de fingir, ya que lo padecían personas de todas las tallas. Podría resultar creíble que había estado a dieta, así que no había tenido atracones desde hacía un tiempo, y por eso estaba tan en forma. Podría funcionar, ¿no?

Siendo mediodía, no esperaba que el buen doctor se tomara una comida larga, pero llevábamos cuarenta minutos en la autovía. ¿Adónde iba? ¿Comida larga o a casa por hoy? Era un poco extraño. Vi cómo su BMW plateado se desplazaba hacia el carril de la derecha

y salía de la autovía. Aceleré para alcanzarlo tras su repentino movimiento. ¿Me había calado o solo era un conductor descuidado?

Habíamos llegado a la lejana zona este de la bahía. Sería sorprendente que fuera a casa. Tenía su propia clínica, ¿por qué se iba a imponer un trayecto tan terrible? Fuera de la autovía, había muchos menos coches en la carretera. Sería más difícil no ser detectada. Pero podía hacerlo. Iba a tener que hacerlo.

Pronto, el tráfico disminuyó aún más, y me preocupó que solo quedáramos dos coches en la carretera. Iba a tener que ponerme estratégica. Sería de ayuda no estar perdida. No conocía la zona, ya que no era como la gente de ciudad que se emociona por salir en coche los fines de semana para ir a las granjas locales a recoger sus propias bayas, manzanas o nueces. No, gracias.

Continuamos por una carretera de dos carriles. *Genial.* No había muchas salidas ni lugares para largarme a toda prisa si las cosas se torcían. Giró a la derecha, y yo reduje la velocidad y tomé el desvío cuando hubo pasado el tiempo suficiente. De momento, no había frenado ni dado la impresión de que me había calado. *Mierda.* Excepto por su repentino giro a la derecha hacia la única gasolinera de la zona.

A juzgar por la maniobra, o bien el Dr. Teeling necesitaba gasolina de verdad, o estaba intentando darme esquinazo. En cualquier caso, no quería que me viera la cara. Continué por la carretera, pasando de largo la gasolinera como si su parada no hubiera echado por tierra todo mi plan. ¿Me habría visto? Incluso si lo hubiera hecho, con el sombrero y las gafas, no creía que me reconociera cuando estuviera sentada frente a él en una consulta.

La realidad me golpeó de lleno. No sabía dónde estaba y no podía pararme a mirar el móvil para buscar indicaciones. Sin muchas opciones, continué girando a la derecha hasta volver a la carretera principal. Pronto estuve lo bastante lejos del Dr. Teeling como para detenerme y buscar la ruta en el móvil. No me gustaba el ambiente aislado, así que quería salir de allí rápido. Después de consultar el teléfono, me abrí paso de vuelta a la civilización y me alejé de la zona conocida por sus «McMansiones» o por sus traficantes y

bandas. ¿Qué demonios hacía el Dr. Teeling por allí? ¿Vivía en una de esas casas clónicas o estaba visitando a unos amigos?

De vuelta a la seguridad de mi despacho, introduje el número de matrícula del doctor en la base de datos para acceder a sus registros. Al poco, aparecieron los resultados de la búsqueda. Su coche de lujo estaba a nombre de un tal Douglas Potter, con domicilio en Concord, California. *Mmm. No es la lejana zona este de la bahía a la que me ha llevado esta mañana.* Busqué la foto del carné de conducir de Douglas Potter. ¿Era D. Teeling Douglas Potter o alguien completamente distinto? La foto apareció en mi pantalla y no había lugar a dudas. Douglas Potter y D. Teeling eran la misma persona. Si ese era el caso, Teeling, o Potter, o quienquiera que fuese, no se dirigía a casa en su hora de la comida. ¿Adónde iba? ¿Y cómo se hacía pasar Douglas Potter por el Dr. Teeling? ¿Quién era Douglas Potter?

10

—•—

SELENA

Después de pasar la tarde anterior aprendiendo todo lo que pude encontrar en internet sobre Douglas Potter, estaba más decidida que nunca a acabar con ese hombre. Ahora comprendía que el doctor Teeling era, en realidad, Douglas Potter, originario de Naples, Florida, donde se había criado y había asistido a la Universidad Estatal de Florida para sus estudios de grado, y que luego había obtenido un doctorado y un título de medicina de la Universidad de Maryland. Se había licenciado como el primero de su promoción en endocrinología y había conseguido un puesto en un hospital de primera antes de dirigir uno de los departamentos de investigación. Según todos los indicios, el doctor Potter era un médico e investigador brillante con un futuro prometedor... hasta que dejó de serlo. No solo era listo, sino también avaricioso; demasiado para su propio bien.

Según varios artículos de prensa que había encontrado, tras cinco años dirigiendo estudios clínicos, al doctor Potter lo habían pillado aceptando sobornos de una compañía farmacéutica para manipular los resultados de los estudios; básicamente, falsificando información de los ensayos clínicos para hacer que los medicamentos parecieran más seguros y eficaces de lo que eran en realidad. Lo despidieron y el colegio de médicos estatal le retiró la licencia para ejercer. Si me

preguntan, diría que el buen doctor tenía un pequeño problema de moralidad; o sea, que no tenía ninguna. ¿Quién fingiría que un medicamento es seguro, poniendo en peligro a cientos de miles de personas, solo para ganar cuatro duros? Como mencionaba gran parte de la prensa, había tenido suerte de librarse de la cárcel. Supuse que, después de que le prohibieran ejercer la medicina, dejó de ser de interés periodístico, porque no pude encontrar más información sobre Douglas Potter. Y eso, sospechaba, era porque Douglas Potter se había convertido en el doctor Teeling y estaba dirigiendo una clínica para trastornos alimentarios en California. Y yo estaba a punto de conocerlo.

—Selena Jones —llamó la recepcionista.

Me levanté y volví al mostrador. —Soy Selena Jones.

—Rellene estos formularios y Freida la verá enseguida —dijo la mujer, que estaba delgadísima y muy maquillada.

¿Quién era Freida? —Tengo cita con el doctor Teeling.

—El doctor Teeling ha tenido una urgencia familiar esta mañana, así que Freida, su ayudante, lo está sustituyendo. No se preocupe, es muy buena.

—Ah, de acuerdo. Gracias. —Decepcionada, cogí el portapapeles y volví a mi asiento para empezar a rellenar los formularios mientras me preguntaba quién era Freida en realidad y si era tan turbia como Teeling.

Después de rellenar los formularios, saqué el móvil y volví a buscar en Google la clínica de Teeling, con la esperanza de averiguar quién era esa tal Freida. La noche anterior, cuando había estado mirando, no vi ninguna mención de ella. ¿Y cuál era su urgencia familiar? ¿Acaso el doctor Teeling había visto que alguien lo seguía y ahora se mantenía oculto? ¿Había conseguido poner nervioso al buen doctor?

Fui pasando por la página web, pero no encontré ninguna mención a Freida. ¿Sería nueva?

La puerta de enfrente de la recepción se abrió y una mujer menuda de pelo oscuro y rasgos morenos me llamó por mi nombre. Me puse de pie y caminé hacia ella. Freida, supuse. —Soy Selena Jones —dije.

—Encantada de conocerla. Soy Freida. ¿Por qué no pasa a mi despacho para que podamos hablar?

Seguí a la mujer por el pasillo. A mi izquierda, había una puerta cerrada con «Dr. Teeling» grabado en la placa. ¿Estaría ahí dentro, fingiendo que no estaba? ¿Estaría cerrada con llave? Seguimos adelante hasta llegar a un despacho con la puerta abierta. —Por favor, siéntese, Selena.

Me senté y dejé la mochila en el suelo, a mi lado.

—He leído la información de su formulario de admisión. Parece que podríamos atenderla bastante rápido. ¿Sonaba como si fuera una urgencia para usted?

Asintiendo, dije: —Sí, mi antigua terapeuta se mudó y estoy teniendo todos estos sentimientos y no paro de querer darme atracones, ¿sabe?

—Ya veo. ¿Puede contarme más sobre su historial con su trastorno? ¿Aquí pone que le diagnosticaron trastorno por atracón?

—Así es. Fue hace unos años. Llevo un año en tratamiento. Mi anterior doctora me ayudó con diferentes técnicas de relajación. Así que, en lugar de comer cuando estoy estresada, enfadada, triste o, en realidad, sintiendo cualquier emoción, en vez de coger una tarrina de Häagen-Dazs, me subo a la cinta de correr. Luego, por supuesto, eso también se convirtió en un problema, ya que lo hacía demasiado. Dijo que había cambiado los atracones de comida por los atracones de ejercicio. Me explicó que todavía tenía trastorno por atracón, pero que estaba a punto de desarrollar anorexia. Es tan difícil. Solo quiero tener buen aspecto y sentirme bien, ¿sabe? —No sabía si se estaba creyendo mi historia mientras me observaba desde el otro lado del escritorio. Parecía estar escuchando de verdad, como si le importara. Sabía que se daría cuenta de que tenía la cara más delgada, pero había intentado ganar volumen con un par de jerséis. Por suerte, era febrero y hacía suficiente frío como para llevar dos y no asarme de calor.

—¿Puede hablarme de sus detonantes actuales? ¿Qué la ha traído hoy aquí? —preguntó Freida.

Pensé en los diarios de Stephanie para encontrar un detonante que la hiciera empezar a comer sin poder parar. —Bueno, me habían

propuesto para un ascenso en el trabajo, pero no me lo dieron. Estaba tan enfadada y frustrada que solo quería comerme una bolsa entera de patatas fritas o una tarrina de helado y una pizza. Entonces supe que necesitaba encontrar un terapeuta nuevo.

Freida seguía con la misma mirada comprensiva en los ojos. Estaba sentada, casi perfectamente quieta, mientras observaba todos mis movimientos. —¿Y cuánto tiempo lleva en recuperación? Parece usted muy sana. Se la ve sana.

—Han pasado unos seis meses. Mi peso ha estado fluctuando un poco, subiendo y bajando, pero en general, las cosas en mi vida han ido bien. Tenía a mi doctora hasta hace poco. La espiral en la que entré después de no conseguir el ascenso me asustó, creí que estaba recayendo. Me di cuenta de que necesitaba encontrar una clínica nueva.

—Durante sus sesiones con su doctora... No estoy segura de conocer a esta doctora que ha puesto en su formulario. —Freida continuó leyendo mis formularios de admisión en la pantalla del ordenador.

—Es de otro estado. Solíamos hacer llamadas virtuales después de que se mudara, pero luego suspendió ese servicio. —¿Era eso creíble? Esperaba que sí.

—Durante su terapia, ¿encontró el origen de su trastorno? ¿Qué lo causó o una causa potencial? —Se cruzó de brazos y me estudió.

Allá vamos. —Empezó cuando era joven. Mis padres están divorciados y no vi a mi padre durante muchísimo tiempo. Mi madre solía estar ocupada con sus novios, y a veces no eran muy amables conmigo o con mi madre. —*El eufemismo del siglo.*— A veces me dejaba sola durante largos periodos de tiempo. Me asustaba y me sentía sola. Lo único que me hacía sentir mejor era comer. Mamá no estaba mucho por casa, pero siempre se aseguraba de que tuviera comida. —Mentira. Mi madre era una alcohólica que apenas podía cuidarse a sí misma, y mucho menos a mí.

—¿Sigue en contacto con su madre? ¿Ha podido sanar ese vínculo familiar? ¿Asistió a las sesiones con usted?

—No, mi madre falleció hace unos años. —*Eso no es mentira.*

—Lo siento mucho, Selena.

—Gracias. —Martina, mi madrastra y una increíble asesora de seguridad e investigadora privada, me dijo que toda buena tapadera se tejía con verdades entre las falsedades. Era fácil encontrar traumas en mi pasado para usar como palanca en mis investigaciones. La verdad era que tenía una terapeuta, pero no se había mudado, no hacíamos sesiones virtuales y no era por un trastorno alimentario.

—Si lo he entendido bien, ahora mismo está sana, pero siente que está a punto de recaer. ¿Sabe qué tipo de apoyo le gustaría recibir? ¿Está abierta a la terapia individual o a la terapia de grupo? Ofrecemos ambas aquí en el centro. He descubierto que la combinación de terapia individual y de grupo puede ser muy eficaz. Es bueno escuchar a sus compañeros que están pasando por cosas similares a las que está pasando usted. No está sola, Selena. Haremos todo lo posible para ayudarla.

Me removí en el asiento, sintiéndome de repente un poco culpable. Esta mujer parecía ser muy atenta. ¿O tal vez era tan buena actriz como yo? ¿Sería yo lo suficientemente buena actriz como para fingir que tenía el mismo problema que otras personas que asistían a las reuniones? ¿Se sentirían traicionados cuando descubrieran la verdad? ¿O si la descubrían? —Sí, creo que eso sería útil. Realmente no quiero recaer porque no quiero engordar. Ni sentir que pierdo el control.

—Bueno, creo que ha venido al lugar adecuado.

—Me alegro de oírlo. Entonces, ¿cuándo es la próxima sesión de grupo?

—De hecho, tenemos una hoy. Le daré un horario. Si lo desea, puede unirse a la reunión de hoy. En el futuro, le pedimos que se apunte con antelación para que tengamos suficiente espacio y suficientes terapeutas. Normalmente, el grupo es de unas quince a veinte personas, dependiendo de quién venga. Es un grupo de gente estupendo. Creo que se llevará bien con ellos.

—Genial.

Seguimos hablando de mi pasado y de mi futuro. Me pregunté si necesitaba hablar con mi terapeuta sobre toda esta operación encubierta. Obviamente, omitiría algunos detalles, pero me sentía un

poco culpable y ansiosa por estar en un entorno grupal donde otras personas desnudaban su alma.

Después de darle las gracias a Freida, volví a la sala de espera. La sesión de grupo para trastornos por atracón no empezaba hasta dentro de cuarenta y cinco minutos, pero no tenía sentido que me fuera. Y no parecía que pudiera colarme en el despacho del doctor Teeling con tanta gente alrededor.

Me senté en la sala de espera, con la esperanza de charlar con algunos visitantes, pero en veinte minutos no entró ni salió nadie, así que me dirigí a la sala de la sesión de grupo, en la que Freida me había ofrecido amablemente esperar. En cualquier caso, era lo mejor. De esa manera, podría conocer a algunas personas antes de la sesión e intentar conseguir información privilegiada. Me acerqué a la recepcionista. —Hola, tengo pensado asistir a la sesión de grupo de TA de hoy. Freida me ha dicho que podía esperar en la sala de la sesión. ¿Puede indicarme cómo llegar?

—Por supuesto. Siga por ese pasillo. Es la primera puerta a la derecha. No tiene pérdida.

—Gracias. —Seguí por el pasillo y, como había dicho la recepcionista, había una puerta abierta a la derecha con un cartel que decía «Sesión de Grupo TA». Entré y se me aceleró el pulso. Había un hombre acurrucado junto a una mujer, obviamente inmersos en una conversación secreta. Ambos se giraron para mirarme cuando mis pasos resonaron en el linóleo. El hombre grasiento con uniforme de sanitario preguntó: —¿Puedo ayudarla en algo?

—Vengo para la sesión de grupo. Llego un poco pronto. Freida me ha dicho que podía esperar aquí. ¿Si no le importa? No quiero interrumpir nada.

—No hay problema. Siéntese, donde quiera. —Le susurró algo a la mujer. Ella asintió y el hombre se fue sin decir ni una palabra más.

Toda la interacción fue sospechosa. Mientras me sentaba en una silla acolchada, la mujer se acercó y se sentó en la silla de al lado. —¿Tú también vienes a la sesión de TA?

Asentí. —Sí. Es mi primera vez.

—Soy Reba. Llevo viniendo unos tres meses.

Perfecto. Tenía que haber conocido a Stephanie. —Soy Selena... —Pero antes de que pudiera empezar a interrogar a Reba sobre su tiempo en la clínica y si conocía a Stephanie, entraron otras dos mujeres.

Reba dijo: —Eh, chicas, tenemos a una nueva. Esta es Selena.

—Hola, Selena. Soy Deirdre —dijo la más alta de las dos.

—Yo soy Candice. Bienvenida. Llevo viniendo diez semanas y te puedo decir que es increíble.

—Qué bien oír eso. Tengo muchas ganas. Me recomendó este sitio una compañera de trabajo. Se llama Stephanie. ¿Conocíais a Stephanie?

Intercambiaron miradas. Deirdre dijo: —Sí, hace casi una semana que no viene por aquí. ¿Está bien?

Le expliqué: —No, no está bien.

Las tres mujeres volvieron a intercambiar miradas. Deirdre frunció el ceño y supe que estaba a punto de decir algo cuando Freida entró. —Hola, chicas. Parece que estáis conociendo a nuestra nueva miembro.

Reba dijo: —Sí.

—Espero que la estéis haciendo sentir como en casa.

—Lo están haciendo —dije, y miré a Deirdre. Me lanzó una mirada cómplice. Freida se puso a charlar con nosotras, pero mi atención estaba en Deirdre. Tenía la sensación de que sabía algo sobre lo que le había pasado a Stephanie, pero ¿el qué?

11

—•—

SELENA

Removiéndome inquieta en mi asiento, escuché con atención cómo Freida daba comienzo a la sesión de grupo. —Buenos días, guerreros.

Un murmullo de «buenos días» recorrió la sala. Había una veintena de personas sentadas en círculo. De todos los asistentes, solo había dos hombres. Eran jóvenes todavía, con un brillo en los ojos. ¿Quizá adolescentes?

—Algunos os habréis dado cuenta de que tenemos un miembro nuevo. Démosle una cálida bienvenida a Selena —dijo Freida.

Levanté la mano como si saludara. Veinte murmullos de «Bienvenida, Selena» me envolvieron.

Una vez hecho esto, Freida continuó: —En cada sesión, empezamos compartiendo algunos logros y luego algunos desafíos. ¿Quién quiere empezar con un logro?

Un chico con acné y aparato dental dijo: —Lo he hecho muy bien esta semana. Este fin de semana fui al cine, pero en lugar de coger el cubo de palomitas más grande, pedí uno pequeño y ni siquiera me lo comí todo. Comí lo justo para disfrutar del sabor y luego lo dejé a un lado. Ni siquiera volví a pensar en ello en todo el resto de la

película. Fue agradable salir del cine sabiendo que no me había dado un atracón.

—¿Cómo le hizo sentir eso? —preguntó Freida.

—Me sentí bien por no sentirme culpable por haber ingerido las calorías de un día entero de una sentada. Sentí que disfruté más de la película y no me odié a mí mismo después.

Numerosos murmullos de asentimiento llenaron el espacio. Era como si todos hubieran pasado por lo mismo. ¿Había pasado yo por eso? No, la verdad es que no. Nunca había sido de comer mucho, pero era un poco golosa y me gustaba el café.

—¿Alguien más quiere compartir algo? —preguntó Freida.

Reba sonrió. —Ayer tuve un desafío enorme. Es donde más problemas tengo, la verdad.

Una mujer que no conocía gritó: —El supermercado. —Algunos otros se rieron entre dientes.

Reba continuó: —Sí, lo has adivinado. Ayer fui a hacer la compra. Cada vez que paso por los pasillos de la comida basura, lo quiero todo. Quiero todas las galletas, todas las galletas saladas, las patatas fritas, los cereales, el helado… Podría seguir y seguir. Lo quería todo, y juro que el impulso no desaparece. Pero me detuve. Como sugirió Freida, hice una lista antes de entrar en la tienda y me ceñí a la lista. Solo compré lo que había en la lista. Cuando llegué a casa, sentí como si acabara de ganar un concurso o de escalar una montaña. —Terminó con una sonrisa.

—Eso es genial, Reba. Parece que has hecho un verdadero progreso.

—Eso creo. Es agradable salir del supermercado y no sentirme como una fracasada.

Se me rompió el corazón por Reba. No podía imaginar que el supermercado llegara a ser traumatizante, pero para Reba lo había sido.

De repente, me sentí agradecida por no tener un trastorno alimentario ni esas luchas diarias. En el pasado, había asumido que estaba rota por dentro y que siempre estaría intentando arreglarme. Mi terapeuta me dijo que había progresado mucho a lo largo de los años, pero no estaba segura de creérmelo de verdad. Escuchar los

logros me hizo darme cuenta de lo mucho que ignoramos por lo que están pasando los demás.

Las historias de éxito de estas mujeres y de este chico me hicieron darme cuenta de lo mucho que luchaban con cosas que yo consideraba pequeñas actividades cotidianas, pero que para ellos eran tareas monumentales, obstáculos que superar. Nunca pensé que los trastornos alimentarios fueran tan difíciles, pero era evidente que luchaban cada minuto de cada día.

—¿Alguien más quiere compartir un logro de esta semana?

Candice dijo: —Me he apuntado a un gimnasio. Y he caminado treinta minutos en la cinta de correr todos los días durante los últimos tres días.

El grupo empezó a chasquear los dedos. Supongo que eso es lo que se hacía cuando felicitabas a alguien. Chasquear.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —preguntó Freida.

Candice respondió: —Me sentí bien moviéndome, pero, para ser sincera, me sentí avergonzada y me preocupaba que la gente me mirara pensando «Mira a esa gorda en la cinta de correr. Jamás conseguirá correr en ella».

—Suena a que pudo haber sido un logro, pero también quizá una lucha —dijo Freida.

Candice dijo: —Sí, supongo que sí. Pero cuando salí del gimnasio me sentía bien, así que supongo que es más positivo que negativo.

—Yo diría que sí. Bien por ti por cuidar de ti misma y de tu cuerpo. Llevará algún tiempo no pensar que los demás te están juzgando. Creo que eres increíble y creo que eres una guerrera.

Candice esbozó una sonrisa tímida y dijo: —Gracias.

—¿Algún otro logro que alguien quiera compartir hoy?

Varias cabezas negaron por la sala, como si nadie tuviera más logros.

—De acuerdo. ¿Quién quiere hablar de algunas luchas y de los desafíos que ha tenido desde la última vez que nos reunimos?

Deirdre dijo: —Quizá os hayáis dado cuenta de que no he venido desde hace una semana. He tenido una semana difícil. —Hizo una pausa, se levantó el brazo y se remangó el jersey. Tenía las muñecas vendadas—. Mi vida me pareció un poco demasiado abrumadora. La

semana pasada, me di un atracón. En cuestión de dos horas, me había comido una pizza entera, una tarrina de helado, una bolsa de patatas fritas sabor barbacoa y una bolsa de M&M's. Después, me sentí tan mal y tan desesperanzada pensando que nunca sería delgada ni guapa y que nadie me querría jamás. —Las lágrimas corrían por el rostro de Deirdre—. Pensé que mi vida nunca mejoraría. Me corté las venas, y si mi madre no hubiera entrado y me hubiera llevado corriendo al hospital cuando lo hizo, no lo habría contado. Los médicos me tuvieron en el hospital toda la semana. Me diagnosticaron un trastorno depresivo mayor. No sé cómo voy a seguir adelante. No estoy segura de si alguna vez superaré esto.

Una mujer corrió al fondo de la sala, cogió una caja de pañuelos de papel y se la llevó a Deirdre. La mujer se sentó, todavía sosteniendo la caja.

La mujer que trajo los pañuelos dijo: —Deirdre, yo también he pasado por eso. Todo lo que puedo decir es que la cosa mejora. Puede mejorar, y que sepas que te echaríamos de menos si no estuvieras.

Deirdre dijo: —Gracias.

—Deirdre, gracias por compartir eso con nosotros. Ha debido de ser muy difícil. Recuerda tomártelo día a día. Cuando las cosas se pongan demasiado difíciles, siempre puedes llamarme a mí o a uno de tus compañeros de aquí. Por favor, que sepas que eres merecedora de amor y felicidad.

La sala permaneció en silencio. Era desgarrador que estas mujeres quisieran morir porque no tenían un determinado aspecto y sentían que no podían ser amadas solo por su físico. Sentí un nudo en el estómago que no paraba de crecer. Me sentí fatal por estas mujeres y me pregunté si para Stephanie también era así de terrible, y para tantas otras mujeres y hombres que intentan estar a la altura de un ideal que quizá nunca alcancen. Pensar que tenían que tener un determinado aspecto para ser amadas. Me sentí como un monstruo al fingir que yo sentía lo mismo y tenía los mismos problemas que ellas. Tuve que recordarme que era para ayudar a Stephanie, porque lo último que esta gente necesitaba era que alguien la traicionara. Pero yo no las traicionaría. Las ayudaría si pudiera. Si el doctor

Teeling estaba haciendo algo malo, algo que le había causado la afección cardíaca a Stephanie, podría hacérselo también a los demás.

Soporté otros treinta minutos de historias desgarradoras sobre personas que se sentían inadecuadas, culpables y tristes por no poder controlar su alimentación y cómo se sentían menos personas por ello. No era esto lo que me esperaba cuando entré en aquella sala. Esperaba averiguar qué le había pasado a Stephanie y rápido. No quería que esta gente sufriera más de lo necesario.

Cuando la sesión concluyó, Reba, Deirdre y Candice se me acercaron. Deirdre preguntó: —¿Qué te ha parecido la sesión? No tienes que compartir nada enseguida. Lo importante es estar ahí y escuchar.

Sostuve la mirada intensa de Deirdre. —Gracias. Siento lo que te ha pasado.

—No es mi primer intento. Esta ha sido la primera vez que he llegado tan lejos como para que me llevaran al médico. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Candice dijo: —Oye, ¿queréis que vayamos a tomar un café? ¿O a picar algo?

—Selena, ¿te vienes con nosotras? —preguntó Deirdre.

—Claro. —*Perfecto.* Estaba dentro y, con suerte, a punto de averiguar más sobre Stephanie y aquellas pastillas. Lo más probable era que necesitara alejarme del centro para descubrir la verdad. ¿Qué averiguaría de estas mujeres?

12

—•—

STEPHANIE

18 AÑOS

Nos reímos mientras le sacábamos la lengua al fotógrafo. Se suponía que debíamos ser unas señoritas modosas, pero era nuestro baile de fin de curso, nos habíamos soltado la melena y nos lo estábamos pasando como nunca. Durante las últimas dos semanas, no había hecho otra cosa que estudiar para los exámenes finales y asegurarme de pesar lo menos posible. No había tomado más que batidos sustitutivos, agua y café. La estricta dieta había supuesto nada de fiestas pregraduación ni cenas divertidas fuera de casa. Esa noche, con mi vestido que me quedaba como un guante, supe que el sacrificio había merecido la pena. Una voz masculina familiar dijo:

—Hola, preciosa.

Las tres nos separamos del fotógrafo y me acerqué a mi amorcito.

—Hola, Bill.

Me agarró por la cintura y me atrajo hacia él. Me sentía muy afortunada por tener el mejor novio del mundo. Ambos estábamos en el último curso e íbamos a ir a la misma universidad en otoño. Me sentía en la cima del mundo. Tenía dieciocho años, estaba a punto de graduarme en el instituto y estaba con el amor de mi vida. Era como si el mundo fuera nuestro. Y esa noche era la noche en la que iba a entregarme a Bill. Había querido esperar hasta el baile de fin

de curso para perder la virginidad con él. Era el momento, y quería a Bill, y sabía que estaríamos juntos mucho tiempo. Acabábamos de celebrar nuestro primer aniversario y nunca había estado más enamorada. Los chicos de antes no habían sido nada. No solo lo quería, sino que él también me había dicho que me quería.

Tras un beso profundo, Bill me llevó a la pista de baile. Bailamos toda la noche, y cuando la música paró, Bill me cogió de la mano y me condujo a nuestra habitación del hotel. Mi madre pensaba que me quedaba a dormir en casa de mi mejor amiga, pero Bill había reservado una habitación de hotel para nosotros, y yo sabía que todo iba a ser perfecto. Abrió la puerta y entró, señalando la cama. Era una cama *king-size* y estaba cubierta de pétalos de rosas rojas. Bill era tan romántico. ¿Cómo había tenido tanta suerte? Una vez cerrada la puerta, me agarró y nos besamos; el beso más apasionado que me habían dado en la vida. A partir de ahí, todo fue un borrón de dichosa perfección.

Tumbada a su lado bajo una sábana blanca e impecable, todo estaba en orden en mi mundo. Bill se giró de lado y me miró fijamente a los ojos.

—Stephanie, eres maravillosa.

—Tú sí que eres maravilloso —dije con entusiasmo.

—Estoy muy feliz de estar aquí contigo.

Era la persona más afortunada del planeta. Y tenía el novio más perfecto. Me pasó la mano por el vientre y la retiró rápidamente. Dijo:

—Sabes, he estado pensando que quizá tú y yo podríamos empezar a entrenar juntos. Podríamos ponernos en forma los dos.

Mi sonrisa se desvaneció. ¿Acaso pensaba que seguía estando demasiado gorda? ¿Era por eso por lo que sugería que entrenáramos juntos y nos pusiéramos en forma? Llevaba dos semanas prácticamente matándome de hambre y aun así no era suficiente.

Era obvio que tenía que esforzarme más con mi cuerpo. No podía perder a Bill.

13

—•—

SELENA

Sentada frente a mis nuevas amigas del grupo de trastorno por atracón, la inquietud volvió a invadirme. Odiaba estar engañándolas cuando todas ellas sufrían trastornos graves. Si la situación fuera a la inversa, estaría furiosa si alguien se hiciera amigo mío fingiendo sufrir TEPT solo para obtener información. Estaría enfadada. Pero supongo que si conociera sus motivos, como intentar ayudar a Stephanie y quizás a otros, a lo mejor lo entendería *o* estaría hecha una furia. Me gustaría pensar que sería comprensiva.

—Parece que llevas un tiempo en rehabilitación —me dijo Deirdre.

—Así es. Pero esos donuts del mostrador tienen una pinta estupenda.

—Ya ves —dijo Candice—. He aprendido en el programa que un donut está bien, pero dos docenas no. Ahí es donde tengo problemas: en comerme solo uno.

—Igual. —Nunca me comería dos docenas de donuts, pero esperaba encontrar algo en común con ellas, hacerlas sentir mejor y, egoístamente, redimirme por engañar a estas encantadoras personas.

—¿De dónde eres, Selena? —preguntó Reba.

—Soy del sur de California, pero me mudé aquí el mes pasado.

—¿Echas de menos a todas las rubias pivones de la playa? —preguntó Reba.

Esbocé una sonrisa. —No. La verdad es que no echo de menos la playa. Siempre me sentía muy acomplejada en bañador —añadí para darle más credibilidad.

—¿Bañador? —Candice soltó una carcajada—. No me pongo un bañador desde los diez años. Ni de coña dejaría que la gente me viera en bikini.

¿Por qué tenemos que hacer que la gente se sienta tan mal con su cuerpo que ni siquiera va a nadar o se pone un bañador?

—Mi última terapeuta me dijo que tenía que encontrar una forma de quererme a mí misma, sin importar mi aspecto o mi talla. ¿No sería genial? —se burló Reba.

Uf. El dolor por el que pasaban estas mujeres era devastador. —¿Creo que podemos conseguirlo, no? He estado leyendo en internet sobre un nuevo movimiento llamado neutralidad corporal. ¿Habéis oído hablar de él? —pregunté.

Las tres negaron con la cabeza.

—Por lo que tengo entendido, la neutralidad corporal consiste en centrarse más en lo que hace tu cuerpo. Por ejemplo, cuando estás andando en la cinta, agradeces ser lo bastante fuerte para poder caminar. O cuando eres capaz de levantar algo pesado o aguantar en plancha treinta segundos o lo que sea… es apreciar tu cuerpo y no centrarse tanto en su aspecto, sino en lo que hace por ti.

—Desde luego, me gusta esa idea —dijo Reba—. Ojalá el resto del mundo también nos valorara por lo que nuestro cuerpo puede hacer y no por nuestro aspecto. Sería mucho más fácil si no nos miraran mal o nos avergonzaran por nuestro cuerpo cuando queremos comer patatas fritas.

—Oh, ya lo sé —añadió Candice—. Estoy harta de las miradas cada vez que salgo a comer fuera. La gente me mira como si fuera una especie de monstruo por pedir comida.

¿Había hecho yo eso alguna vez? ¿Había juzgado alguna vez a alguien más corpulento de lo normal por pedir un plato poco saludable? Esperaba que no. Y si lo había hecho antes, desde luego no volvería a hacerlo. La gente no necesitaba que yo la juzgara, ni a

ella ni a su aspecto. —Sí, en serio. Quiero decir, valemos mucho más que nuestro aspecto —dije.

—Exacto. ¿A qué te dedicas, Selena? —dijo Reba.

No soy detective privada. —Trabajo en Recursos Humanos.

—Yo también. ¿Qué estudiaste? —preguntó Reba.

—Empresariales. Me gradué el mes pasado.

—Qué guay —asintió Reba.

—¿Y vosotras a qué os dedicáis? —pregunté.

—Soy estudiante en la Universidad de San Francisco —dijo Candice.

Menos mal que no he dicho dónde estudié yo.

—¿Qué estudias? —pregunté.

—Química.

—Vaya. Eso es impresionante —dije.

Doble menos mal que no he dicho dónde estudié. Podría conocer a Dee fácilmente. Tendré que preguntarle a Dee si conoce a Candice.

—¿Y tú, Deirdre? —pregunté.

—Soy científica. Trabajo en biotecnología.

Abrí los ojos como platos. —Madre mía, dos científicas en una mesa. Es increíble. Qué envidia me dan vuestros cerebros. —Y era verdad. No es que no se me hubiera dado bien química en el instituto, pero en la universidad me especialicé en empresariales e investigación y evité las ciencias.

—No es para tanto —dijo Deirdre.

—Tonterías. Deberíais estar orgullosas de vuestros logros —dije.

—Es lo que siempre les digo —dijo Reba.

Ignorando el cumplido, Deirdre dijo: —¿Has dicho que conocías a Stephanie y que no estaba bien?

—Así es. Trabajamos juntas. Se desmayó en casa y luego tuvo que ser operada a corazón abierto.

Deirdre se quedó boquiabierta. —Qué espanto.

—Sí, todavía no se ha despertado de la operación. El médico dijo que puede que la mantengan sedada un tiempo para que se recupere. Tenía las válvulas del corazón en bastante mal estado.

Las tres mujeres se miraron.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No es nada, en realidad. Es que… —dijo Deirdre.

—¿Es que qué? —pregunté. Esperaba no ser demasiado insistente, pero tenía la sensación de que ellas tenían respuestas y yo las quería.

—Es solo que ha habido otras chicas que estaban en un grupo con nosotras y seguían el programa, pero dejaron de venir.

Stephanie no fue la primera. —¿Cómo se llamaban?

—Kelly y Alex. No me sé sus apellidos —dijo Deirdre.

—¿Hace cuánto tiempo que desaparecieron? —pregunté.

—No desaparecieron. Simplemente dejaron de venir al grupo —aclaró Deirdre.

—¿Hace cuánto tiempo? —pregunté.

—Hace unos meses —dijo Deirdre.

Tenía que haber una razón por la que Deirdre hubiera mencionado a esas dos mujeres ausentes. ¿Sospechaba algo siniestro? Tomé nota mental sobre Kelly y Alex. De alguna manera, tenía que encontrar sus expedientes y luego localizarlas para ver si también tenían problemas en las válvulas cardiacas como Stephanie. —¿Ninguna de vosotras contactó con Kelly o Alex para saber si estaban bien? —pregunté.

—El Dr. Teeling nos dijo que habían abandonado el programa y que no era bueno para nuestra recuperación hablar con ellas.

Eso era sospechoso a más no poder. —¿En serio?

—Es lo que dijo —contestó Deirdre, con un tono bastante receloso.

—¿Cómo es él, el Dr. Teeling? —pregunté.

—Es superguay. De verdad que quiere ayudarnos —dijo Reba.

No estaba muy segura de creer que un médico inhabilitado y desprestigiado que ejercía la medicina con un nombre falso quisiera ayudar en algo que no fuera su propia cuenta bancaria.

—¿Os da algo para ayudaros con vuestro trastorno? ¿Como medicamentos? —pregunté, con la mayor naturalidad posible.

Candice y Reba se miraron antes de que Reba respondiera: —Ofrece un suplemento vitamínico que dice que puede ayudar mucho a perder peso. Son carísimas. Pero llevo mes y medio tomándolas y he perdido casi dieciséis kilos.

Mis cejas se dispararon. —¿Has perdido casi dieciséis kilos en un mes y medio?

—Sí, es una pasada. Estoy muy contenta de haber encontrado al Dr. Teeling.

—Yo todavía estoy ahorrando, pero en cuanto tenga el dinero, me las compro también —dijo Candice.

Miré a Deirdre, que me lanzó una mirada como si no lo aprobara.

—Frieda no me mencionó ninguna vitamina en mi consulta inicial —dije.

—Tienes que llevar un tiempo en el programa para que te las den, y se supone que no debemos hablar de ellas —dijo Deirdre.

¿Un poco sospechoso, no? —¿Por qué no?

—El Dr. Teeling me dijo que quiere que perdamos peso, o sea, que dejemos de darnos atracones, por nuestra cuenta y sin vitaminas, pero que a veces, cuando ve que hemos hecho todo lo que hemos podido por nosotras mismas, dice que las vitaminas pueden ayudar, como una pequeña muleta. Dice que es solo un pequeño combustible quemagrasas. Funciona de maravilla —explicó Reba.

—Qué envidia —dijo Candice con la mirada perdida.

—¿Qué tipo de vitaminas son? —pregunté.

—No lo sé. Dice que son una mezcla especial que los chinos llevan usando durante siglos y que son totalmente seguras.

—¿Las llevas encima? —pregunté.

Reba arrugó la cara. *Ups. No debería haber preguntado eso*. —No, no las llevo conmigo. ¿Por qué? —dijo Reba.

Intenté recuperarme. —Solo es por curiosidad, por si acaso las he visto antes.

—¿Has tomado pastillas para adelgazar alguna vez? —preguntó Reba.

Tras ponerme mi máscara de actriz, me encogí de hombros. —He hecho de todo para perder peso. He intentado provocarme el vómito, que se me da fatal, así que luego probé con los laxantes, y eso fue un dolor, y luego probé los supresores del apetito de venta libre. Nunca funcionó nada —mentí.

—Yo también he hecho todo eso —dijo Reba—. Pero si te comprometes con el programa, creo que descubrirás que es un lugar

seguro para ayudarte con tu trastorno. Es bueno tener gente alrededor que sabe por lo que estás pasando.

—Gracias. Espero que sí —dije.

Pedimos un almuerzo ligero y seguimos charlando de cosas no relacionadas con la pérdida de peso. Estas mujeres eran increíbles y mucho más que su tipo de cuerpo. ¿Cuándo se daría cuenta el resto del mundo de eso? ¿Y quiénes eran Kelly y Alex y, lo que es más importante, qué les había pasado?

14

—•—

SELENA

Después de una comida francamente agradable con Deirdre, Reba y Candice, salí paseando al aparcamiento en dirección a mi coche. Esperaba volver a la clínica e intentar averiguar quiénes formaban el resto del personal. El hombre que vi en la sala de terapia de grupo me pareció sospechoso. *Y yo de gente sospechosa sabía un rato*. Y si conseguía localizar al buen doctor, quería saber más sobre él; por ejemplo, por qué no había aparecido por el trabajo o si estaba vendiendo fármacos ilegales a sus pacientes. Si no estaba en la clínica, tendría que comprobar la dirección asociada a la matrícula de su coche. Quizá era allí donde se había estado escondiendo o quizá de verdad tenía una emergencia familiar. Solo había una forma de averiguarlo.

—A pocos pasos de mi coche, oí mi nombre. Me giré de repente y sonreí. —Hola, Deirdre. ¿Qué tal?

Deirdre dijo: —Solo quería hablar contigo de lo que hemos dicho ahí dentro.

—Ah, no te preocupes. No le contaré a nadie lo que habéis dicho vosotras tres.

—No, no me refería a eso. Has estado preguntando por los fármacos o las pastillas para adelgazar que daban en la clínica.

Estudié el rostro de Deirdre. Estaba en la treintena y parecía sana. No era médico, pero no era alguien de quien hubiese esperado que tuviera un trastorno alimentario o tendencias suicidas, aunque supongo que no se puede juzgar un libro por la portada. Pero algo en la mirada de sus ojos decía que estaba preocupada.

Deirdre continuó: —Solo quería advertirte de que, si te ofrecen las pastillas, no las cojas.

Ahora sí que había captado mi atención. ¿Qué sabía ella sobre las pastillas? —¿Por qué no? ¿Qué tienen de malo?

—Mira, no sé lo que son, pero como te he dicho, soy bioquímica de formación, así que no creo que sean seguras. Quiero que lo tengas en cuenta. No merecen la pena.

Es verdad. Deirdre es científica. Quizá debería enseñarle las pastillas que había encontrado en el apartamento de Stephanie, pero lo pensé mejor. De Deirdre sabía lo mismo que de cualquier extraño que me cruzara por la calle. Parecía una persona agradable y decente, pero nunca se sabe. —¿Les has contado tus sospechas a las demás?

—Sí, pero no me han hecho caso. Creo que las pastillas podrían ser muy peligrosas. Por favor, no las tomes.

¿Por qué seguía yendo Deirdre a la clínica si pensaba que daban fármacos peligrosos? —¿Por qué crees que las vitaminas son peligrosas? ¿Las has probado?

—Mira, solo sé que las vitaminas que dan… no creo que sean vitaminas de verdad.

—¿Las has analizado? —pregunté.

Deirdre retrocedió un paso. —No, claro que no. Nada de eso. Quiero ser delgada y guapa como todo el mundo, pero no creo que sea sano depender de, entre comillas, vitaminas. Ojalá Reba escuchara mis preocupaciones. Pero después de advertírsela, me dijo que estaba dispuesta a arriesgarse. Me dijo que llevaba tanto tiempo a dieta y que tenía tantas ganas de estar delgada que probaría cualquier cosa, aunque no fuera sano.

Qué triste. Reba había parecido muy emocionada por haber perdido esos casi dieciséis kilos. Pero hasta yo sabía que perder dieciséis kilos en un mes y medio era una locura; no había forma de

que esa pérdida de peso hubiese sido saludable. La historia de Reba se parecía mucho a la de Stephanie. Dije: —Pero Reba parece estar bien.

—Algunas personas están bien. Otras no.

¿Qué más sabía Deirdre? —¿Algunas personas como Kelly y Alex? ¿Sabes algo más de ellas? ¿Tuvieron problemas de salud y por eso dejaron de ir a la clínica?

—Mira, no puedo… No lo sé de verdad. Pero sospecho que tenían algunos efectos secundarios antes de dejar de venir. Ambas se quejaban de que se mareaban, pero no les molestaba porque estaban contentas de perder peso y decían que si marearse era el efecto secundario de las vitaminas, pues que así fuera. Estarían un poco mareadas.

—¿Cuánto tiempo llevas yendo a la clínica? —le pregunté.

Deirdre se apoyó en el coche que había en el aparcamiento. ¿Sería su coche? —Tres meses. —Se cruzó de brazos y adoptó una postura que me resultó extrañamente familiar. Algo en su comportamiento hizo que me entraran ganas de saber más sobre Deirdre.

Bajó la vista y luego volvió a mirarme. —¿Cómo está Stephanie? ¿Creen los médicos que saldrá adelante?

—No está bien. Tuvieron que operarla a corazón abierto por unas válvulas cardiacas defectuosas. La familia no sabía que tuviese una afección cardiaca, pero su hermana sospecha que tiene algo que ver con su dieta. —No debía decir demasiado; no podía desvelar mi tapadera.

—¿Qué sospecha su hermana? —preguntó Deirdre.

—No estoy muy segura. Cuando visité a Stephanie en el hospital, su hermana no dijo mucho, aparte de que pensaba que estaba relacionado con su dieta.

—¿Eras muy amiga de Stephanie? Creía que habías dicho que solo habíais trabajado juntas un mes.

Vaya. *Cierto*. —Me ayudó mucho cuando empecé en la empresa; nos hicimos amigas enseguida. Fue como mi mentora, y mis primeras semanas éramos uña y carne.

—¿De dónde dijiste que eras? —preguntó Deirdre.

—De San Diego.

—¿De qué parte de San Diego?

¿Me estaba interrogando? —De La Jolla. —Era la única parte de San Diego que conocía porque había solicitado plaza en la UC San Diego en mi último año de instituto.

—¿Así que vienes de familia con dinero?

Desde luego, Deirdre era muy curiosa.

Dije: —No, estuve allí por los estudios.

—Entonces, ¿no eres de San Diego?

Definitivamente me estaba interrogando. —Soy originaria de la zona de la bahía.

—Eso tiene sentido. Mencionaste que vas a casa de tu padre y tu madrastra todos los domingos por la noche a cenar.

Ya había trabajado de incógnito antes, pero nunca así; esto era una infiltración en toda regla. En ese momento, con todas las preguntas de Deirdre, me sentía poco preparada y un poco novata. Mis anteriores trabajos de incógnito habían sido en una fiesta de fraternidad y en un salón de manicura durante un día, así que mi historia de tapadera no era muy extensa. Y aquí estaba, entablando relaciones, teniendo que mantener una historia inventada. Esto iba a ser más difícil de lo que había pensado. —¿Tú también eres de por aquí?

Deirdre asintió.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Deirdre dijo: —Claro.

—¿Recuerdas la primera vez en tu vida que pensaste que tu aspecto y estar delgada era lo más importante?

Deirdre dudó. —Sí. En el instituto sufrí acoso por parte de una chica, la jefa de las animadoras. Por alguna razón, la tomó conmigo y me puso el apodo de Gordi D. Antes de eso, nunca me había considerado una persona con problemas de imagen ni había pensado que necesitara perder peso. Era atleta y siempre había sido fuerte. Pero esas palabras y las burlas de ella y sus compinches me hirieron profundamente. —La expresión de Deirdre se ensombreció. Claro que también había intentado suicidarse hacía poco, así que probablemente había algo más gordo de fondo—. Me ha gustado hablar contigo, Selena. Espero verte en la clínica.

—Espera un momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Deirdre.

—Trabajas en un laboratorio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podrías analizar las vitaminas en tu laboratorio, para que averigüemos qué contienen?

Deirdre me miró de forma extraña y no habló de inmediato. —No estoy segura de qué le parecería a mi empresa. Solo desearía que las otras mujeres se mantuvieran alejadas de ellas. Pero, a pesar de toda la terapia que han recibido, siguen queriendo estar delgadas.

—Parece que la clínica no está ayudando a nadie.

Deirdre se encogió de hombros. —Supongo que depende de lo que consideres ayuda.

¿Cuánta gente iba a la clínica por los fármacos para adelgazar y cuánta estaba allí para recuperarse? —Pero tú sigues yendo a la clínica. ¿Crees que te ayuda? Es decir, dices que no te tomas las pastillas, así que la terapia de grupo y las sesiones individuales con el doctor Teeling deben de ser efectivas, al menos para ti, ¿no?

Con cara seria, dijo: —Me gusta estar rodeada de un grupo de personas con un trastorno similar, aunque la mayoría solo estén ahí para conseguir los fármacos para adelgazar. Sabes, si no te sientes a gusto en esta clínica, hay otros sitios a los que puedes ir para conseguir ayuda de verdad.

¿Ayuda de verdad? ¿Qué sabía Deirdre en realidad? ¿Había algo que no me estaba contando? —Bueno, gracias por eso. Sabes, es muy fácil hablar contigo. Quizá podamos quedar después de una sesión y tomar un café.

Deirdre asintió. —Me gustaría. ¿Cuál es tu número? Lo guardo en el móvil.

Después de intercambiar números de teléfono, la saludé con la mano y sonreí. Había algo muy intrigante en Deirdre. Era como si supiera algo más, pero no quisiera decirme el qué. Si me acercaba más a ella y me infiltraba un poco más, podría contarme todo lo que sabía, y entonces yo podría llegar al fondo de lo que realmente estaba pasando en la Clínica Teeling.

15

—•—

STEPHANIE

19 AÑOS

Casi partiéndonos de la risa, Vicki y yo entramos en el comedor de casa de nuestros padres. Todavía no había llegado ningún invitado, pero sospechaba que la abuela debía de andar por ahí, porque olía a su famosa tarta de calabaza. Ay, cómo me gustaba la tarta de calabaza con una buena cucharada de nata montada por encima. ¿Pero a quién quería engañar? Me encantaba todo del Día de Acción de Gracias. El pavo, el puré de patatas y los panecillos con mantequilla y salsa..., por no hablar del relleno casero que mi madre preparaba todos los años. Sí, el Día de Acción de Gracias era sin duda mi fiesta favorita. No solo por la comida, sino porque era cuando se reunía la familia. No estaba lleno de avaricia y estrés como las otras grandes festividades. Era tradición que cada año dijéramos por qué estábamos agradecidos antes de empezar a cenar.

Era la primera vez que volvía a casa desde la universidad y me sentía una persona distinta. Solo llevaba tres meses en el mundo, por mi cuenta, pero me sentía mayor, más madura y preparada para sentarme en la mesa de los mayores en Acción de Gracias. Al doblar la esquina, vi a la abuela salir de la cocina. *Lo sabía. Reconocería el olor de la tarta de la abuela en cualquier parte.*

—Mis niñas —dijo la abuela, alzando los brazos al aire. Me rodeó con los suyos y me dio un abrazo de oso, como hacía cada vez que nos veíamos, y luego hizo lo mismo con Vicki. La abuela se echó hacia atrás y nos miró a las dos—. Dios mío. Sois las dos jóvenes más guapas que he visto en mi vida. ¿Cómo os ha ido? Quiero oírlo todo.

—Me encanta mi nuevo trabajo —dijo Vicki, y le describió a la abuela todo sobre él, incluidos los pocos chicos monos de la oficina.

Vicki me sacaba cinco años y había empezado a trabajar en su primer empleo tras graduarse en la universidad la primavera anterior. Vicki era una de las mejores hermanas que había conocido. Era mi única hermana, pero en comparación con mis amigas y la gente que había conocido en la universidad, descubrí que Vicki y yo éramos las hermanas más unidas. No solo era mi hermana, era mi mejor amiga.

La abuela se giró para mirarme. —¿Qué tal la universidad? ¿Tienes ya novio nuevo?

Mi sonrisa se desvaneció. —Nadie serio.

Un mes después de la graduación, Bill había salido del armario. Era gay. Decir que me sorprendió era quedarse corto. Rompimos después de eso, ya que yo era del sexo equivocado. ¿De verdad que los únicos que valían la pena eran gais o estaban casados? No había conocido a ningún candidato nuevo en la universidad, pero no había sido una prioridad. Había estado yendo a fiestas y pasándomelo en grande con mis compañeras de piso mientras vivía en una residencia. Era una fiesta casi todas las noches, lo cual era superdivertido y muy diferente de cómo me habían criado. Me sentía libre y estaba disfrutando como nunca. Mis clases, ¿qué tal?

—Geniales. Me encantan.

—¿Ya has elegido especialidad?

—Me inclino por comunicación o empresariales o psicología o…

Vicki me dio un codazo. —No te preocupes, hermanita. Total, no tienes que decidirte hasta tercero, ¿no?

—Es verdad. Tengo tiempo para aclararme. —Y lo haría. No sabía qué sería de mayor cuando me graduara en la universidad, y supuse que seguiría el consejo de Vicki y no me preocuparía por ello de

momento. Tenía diecinueve años y estaba viviendo la vida al máximo. Tenía mucho tiempo para decidir qué hacer con mi vida.

—Bueno, qué alegría veros, chicas —dijo la abuela.

—Nosotras también nos alegramos mucho de verte, abuela. Y también me muero de ganas de probar tu tarta. La he olido al entrar.

Me miró de arriba abajo y sonrió. —Quizá solo un trocito este año. Parece que has cogido los kilos de novata.

Sus palabras me hirieron en lo más profundo.

Me miré el estómago y luego a Vicki, que se encogió de hombros con una mueca. La abuela era conocida por su franqueza, pero eso había estado fuera de lugar. Lo estábamos pasando muy bien. ¿Por qué había sentido la necesidad de señalar mi peso? ¿De verdad había engordado tanto?

—¿Qué has estado haciendo, abuela? —preguntó Vicki.

Noté que Vicki intentaba distraer a la abuela para que no siguiera destrozando mi autoestima. Quizá me estaba divirtiendo demasiado en la universidad. Era cierto que no me había preocupado por las calorías ni los carbohidratos desde que llegué a la residencia. A nadie más parecía importarle. Bueno, no del todo, en cualquier caso. Claro, estaban las bulímicas y las anoréxicas, pero también existían en el instituto, así que eso no era nada nuevo. A mis compañeras de piso no les importaban las calorías ni si comían demasiadas galletas o bebían demasiados refrescos y alcohol. Eran unas compañeras de piso geniales. Me sentía muy cómoda con ellas y podía ser yo misma.

Quizá me había relajado demasiado. Mientras la abuela le contaba a Vicki sus partidas de bingo y un crucero que acababa de reservar con sus amigas solteras, me excusé discretamente para ir al baño. Cerré la puerta tras de mí y eché el pestillo. Mirándome fijamente al espejo, busqué las señales de que había engordado. Negando con la cabeza, me quité la ropa y cerré los ojos antes de subirme a la báscula.

Tras una respiración profunda, abrí los ojos y me quedé mirando los números de la báscula. No había cogido los siete kilos de novata, Dios mío, había cogido diez. ¿Existía tal cosa? ¿Cómo había engordado tanto en tan poco tiempo?

Me bajé de la báscula y me vestí rápidamente. Volví a centrarme en mi reflejo en el espejo, me miré a los ojos y dije: —Puedes cenar en Acción de Gracias, pero la dieta empieza mañana.

A la mañana siguiente, me desperté en mi antigua cama y eché un vistazo a la habitación. Era hora de empezar mi nueva dieta. Esta vez, iba a cumplirla. Se acabaron los comentarios sobre mi peso de la abuela o de cualquier otra persona. Todavía en pijama, salí al salón y me encontré con mamá, que preparaba alegremente una taza de café. —Buenos días, cariño.

—Buenos días, mamá.

El sonido de unas zapatillas arrastrándose por la moqueta a mi espalda hizo que me girara. Vi a mi aliada favorita. —Buenos días, Vicki. ¿Qué tal has dormido?

—Como un bebé —dijo Vicki—. ¿Hay café?

—Ya casi está —dijo mamá.

—¿Qué vas a preparar para desayunar? ¿Tortitas, gofres? —preguntó Vicki.

Negué con la cabeza. —Oh, no, para mí no. Mi dieta empieza hoy.

Mamá me dio un golpecito en el hombro. —Tonterías, cariño. Estás en casa. Te prepararé tu desayuno favorito: tortitas con pepitas de chocolate. ¿Qué me dices?

Sabía que no podía resistirme a las tortitas con pepitas de chocolate. Seguramente también le sobraba nata montada. —Vale, pues tortitas.

Después de un desayuno cargado de azúcar y de ponerme al día con Vicki entre risas, me colé de nuevo en el baño del fondo de la casa y encendí el extractor. De pie frente al inodoro, me dije a mí misma: «Puedes hacerlo». Me arrodillé con una mano en el borde de la taza. Me metí un dedo en la garganta y lo saqué. Nada. Tenía que meterlo más adentro para activar mi reflejo nauseoso; ni siquiera se había activado un poco. Lo intenté de nuevo, esta vez mucho más al fondo de la garganta, y tuve una arcada. Pero no vomité. Nunca

había tenido mucho reflejo nauseoso y vomitaba muy pocas veces en mi vida. Rara vez me intoxicaba con la comida y tampoco me ponía enferma a menudo. ¿Quizá la bulimia no era para mí? ¿Cómo hacían esas otras chicas para que pareciera tan fácil?

Había oído a algunas chicas en el baño de la facultad hablar de tomar laxantes. Eso parecía bastante fácil: solo tenías que tomar una pastilla, ¿no? Sería mucho mejor que tener que contar calorías.

Eso era algo que admiraba de todas las mujeres que había conocido y que eran bulímicas: no tenían que obsesionarse con las calorías ni registrar cada bocado en una aplicación del móvil. Podían comer todo lo que quisieran y luego simplemente lo vomitaban como si nunca hubiera pasado. Por desgracia, pensé que mi futuro como bulímica estaba descartado.

Los laxantes… eso sí que me parecía una buena idea. Bajé la tapa del inodoro y rebusqué en el botiquín. No había laxantes. Tendría que ir a la tienda más tarde y comprarlos sin que nadie se diera cuenta. Quizá tendría que esperar a volver a la universidad. Allí no tendría a nadie vigilándome. Esperar unos días más tampoco supondría una gran diferencia. De camino a la universidad, pararía a hacer la compra y a por unos laxantes. Sí, eso podría funcionar.

16

—•—

SELENA

Tras recorrer todas las calles del aparcamiento de la clínica, no había ni rastro del coche del doctor Teeling. ¿Dónde se había metido? Supuse que era hora de comprobar la dirección de su casa. Estaba a punto de salir del aparcamiento cuando vi al hombre que había visto el día anterior hablando con Reba en la sala de terapia de grupo. Era alto y desgarbado, con el pelo grasiento. No tenía pinta de ser alguien que esperas que trabaje en un centro médico. Lo observé mientras se subía al lado del conductor de una camioneta verde. *Mmm. Quizá podría averiguar algo más sobre este hombre en particular.* Anoté rápidamente el número de su matrícula en el móvil y lo seguí fuera del aparcamiento. Ni siquiera sabía su nombre, pero estaba segura de que podría preguntarle a Reba por él.

Mientras seguía al hombre, recordé mi conversación con Deirdre. Ahí pasaba algo, pero no estaba segura de qué. Al menos tenía su número de teléfono, así que podría buscarlo en las bases de datos para ver quién estaba asociado a su cuenta. La verdad es que no me fiaba de ella del todo. Su historia sobre estar preocupada por las supuestas vitaminas, pero seguir yendo a la clínica durante tres meses, no cuadraba. Pero en el grupo contó esa historia desgarradora sobre su intento de suicidio. Quizá le estaba dando

más vueltas de la cuenta a mi conversación con Deirdre..., pero, por si acaso, comprobaría su número de teléfono para saber más sobre ella antes de intentar que nos aliáramos.

Era lo bastante temprano por la tarde como para que no hubiera mucho tráfico en la autopista, y al hombre de la camioneta no parecía preocuparle que alguien lo siguiera. Aparte de su alta velocidad, no era difícil seguirle el rastro. A los diez minutos de persecución, me di cuenta de que el viaje sería más largo de lo que esperaba y, pasados cuarenta minutos, estaba claro que nos dirigíamos en la misma dirección que el doctor Teeling el día anterior. ¿Qué había por ahí, en la lejana Bahía Este?

Esta vez tenía que ser más lista en mi persecución y no podían descubrirme ni podía perderlo. Manteniendo la distancia, pero sin perder de vista al hombre de la camioneta, supliqué al universo que no parara en la misma gasolinera. Si lo hacía, ¿quizá tenía algo de especial? Dejando atrás la gasolinera, seguí a la camioneta hasta una zona residencial llena de casas ruinosas. No se veía ni un palmo de césped verde. La camioneta giró a la izquierda por una calle secundaria y luego entró en el camino de entrada de una casa blanca con la pintura desconchada por los lados y otras camionetas viejas aparcadas.

Pasé de largo y giré en la esquina para que no me vieran. Más adelante, me detuve y aparqué el coche. Me estiré por encima de la consola central, abrí la guantera y cogí mi sombrero negro y las gafas de sol. Ataviada con mi disfraz, estudié la casa frente a la que había aparcado. No había luces encendidas ni coches en la entrada. Probablemente no había nadie en casa. Qué suerte. No necesitaba que nadie saliera a decirme que no aparcara delante de su casa.

Salí del coche y me dirigí hacia el final de la calle. Giré a la derecha para ver mejor los alrededores de la casa blanca. Tras evaluar la zona, decidí que probablemente podría esconderme detrás de unos arbustos y vigilar la casa un rato. Al llegar al seto, me agaché y miré a través de las ramas. Para mi sorpresa, el hombre seguía en la entrada, trasteando con el móvil. Cuando terminó, no entró en la casa principal, sino en un gran garaje tipo granero que había detrás. ¿Un taller, quizá?

Saqué el móvil del bolsillo trasero e introduje los números de matrícula de las otras dos camionetas de la entrada, así como la dirección que figuraba en la fachada de la casa. Apunté la cámara del móvil hacia la señal de la calle, hice una foto y luego tomé otra serie de instantáneas de la casa y el garaje: la escena completa.

Unos minutos más tarde, el hombre de la clínica salió del garaje trasero con una gran bolsa de papel marrón en los brazos. Abrió la puerta de su camioneta y se subió. Le hice otra foto rápida y volví a agacharme. El motor de la camioneta rugió, y salió marcha atrás de la entrada en dirección a la carretera por la que habíamos venido. ¿Volvía a la clínica o iba a otro sitio?

Durante otros diez minutos, observé la casa y el garaje, pero no vi a nadie entrar ni salir. Tras darlo por imposible, volví hacia mi coche. Una mujer que estaba en la casa de al lado salió a su porche y me lanzó una mirada inquisitiva. Aceleré el paso para salir de allí lo más rápido posible y doblé la esquina hacia la calle donde estaba mi coche. Cuando lo tuve a la vista, me quedé helada.

Un hombre al que no había visto nunca estaba apoyado en el capó de mi coche. Por instinto, metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y agarré la porra antes de avanzar hacia el desconocido que se había instalado en mi vehículo. ¿Quién demonios era? ¿Me estaba esperando o simplemente pasaba el rato?

17

—•—

SELENA

Me acerqué al coche despacio, estudiando al hombre. Llevaba un forro polar negro de manga larga, vaqueros azules, zapatillas blancas y negras, una gorra de béisbol azul marino y unas gafas de sol de aviador. Iba vestido más o menos como… yo. Con la porra extensible en la mano, estaba lista para pulsar el botón y desplegarla a su máxima longitud en caso de que el hombre me atacara o las cosas se pusieran violentas. Con el cuerpo en tensión, me le quedé mirando y dije:

—Está apoyado en mi coche.

—Lo siento. —Se apartó del coche y se plantó delante de mí.

Extendí la porra por completo, lista para pelear.

Él sonrió con superioridad.

—No es necesario. No voy a hacerle daño.

Lo que dicen todos los depredadores, pensé. Dije:

—Eso ya lo decidiré yo. ¿Qué hace en mi coche?

—Quería que habláramos.

—¿Quién es usted?

—Eso no es algo que deba preocuparle. Lo que me gustaría saber es quién es usted y qué hace aquí.

¿Sería uno de los matones del doctor Teeling? ¿Sabría el hombre de la furgoneta que lo había seguido y le había hecho una señal a este tipo?

—Me llamo Selena. ¿Y usted?

—Puede llamarme Hank.

—Muy bien, Hank. Soy una mujer muy ocupada y tengo que irme. Así que adiós. —Caminé hacia el lado del conductor, con la porra lista para un enfrentamiento. El hombre era mucho más grande que yo y probablemente podría conmigo si llevaba un arma.

—Selena, solo quería hablar. No hay motivo para que se marche con tanta prisa.

Retrocedí un paso y dije:

—Está bien. Hable.

—Esto es lo que necesito de usted. Necesito que se mantenga alejada de esa casa. ¿Cree que puede hacerlo?

¿Por qué quería que me mantuviera alejada de la casa? ¿Pasaba algo ilegal allí?

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Parece usted una mujer muy agradable. No me gustaría que le pasara nada malo.

—Sé cuidarme sola. Y a usted, ¿qué más le da?

—Manténgase alejada… para no salir herida.

—¿Es eso una amenaza? —No me gustaba que me amenazaran y menos aún que lo hiciera un tipo que estaba sentado en mi coche en mitad del puñetero Brentwood.

—Si sabe lo que le conviene, se mantendrá alejada. —Y dicho esto, se alejó por la calle y desapareció de mi vista.

¿A qué demonios había venido eso?

18

—•—

STEPHANIE

21 AÑOS

Rebuscando en el armario de Janine, saqué la percha de la que colgaba una minifalda negra.

—Me encanta esta.

—Deberías ponértela —dijo Janine—. Pruébatela.

—¿Estás segura?

—Sí. Si te vale, adelante.

—Gracias —dije.

Janine vivía en Seattle desde que terminó el instituto. Ella iba a la Universidad de Washington mientras que yo me había quedado en California. Tammy y yo habíamos decidido hacer un viaje en coche para visitarla un fin de semana. Éramos amigas desde que tengo uso de razón. Era genial verlas a las dos y que las tres estuviéramos juntas otra vez. Aunque no habíamos salido juntas desde el instituto, era como si no hubiera pasado el tiempo.

Una de las razones por las que Janine, Tammy y yo nos habíamos reunido era que Janine cumplía veintiún años. Las tres éramos ya mayores de edad, así que podíamos beber, salir de fiesta y darlo todo. Esa noche nos íbamos de discotecas e iba a ser épico.

Me puse la falda y le pregunté a Janine:

—¿Qué tal me queda?

—Te queda genial. ¿Quién diría que tú y yo usaríamos la misma talla? —soltó una risita.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Curioso, ¿verdad?

Janine y Tammy siempre habían estado delgadas sin hacer dieta. Yo siempre era el bicho raro, con unos diez kilos de más. Ya no. Me invadió la tristeza. ¿Por qué? No era ningún secreto que ella siempre había estado delgada y yo no. Quizá yo había pensado que siempre había sido demasiado insegura con mi peso, pero era obvio que Janine se había dado cuenta de que yo era más grande. ¿Por qué si no iba a decir algo así? ¿Por qué le sorprendía que usáramos la misma talla? ¿Como si yo no pudiera conseguirlo? ¿Como si no fuera capaz de seguir una dieta? Pues lo había conseguido.

Me sacudí el pensamiento de la cabeza. Me había portado muy bien y había contado cada caloría e ido a la cama con hambre la mayoría de las noches. Si me rugían las tripas al apoyar la cabeza en la almohada, sabía que había triunfado. Después de todos estos años a dieta, casi había alcanzado mi peso ideal. La falda que llevaba era una talla treinta y seis. Nunca había sido una treinta y seis, ni siquiera de niña.

Me puse el top que había traído de casa y me acerqué al espejo de cuerpo entero para ponerme al lado de Janine. Tras alisarme la falda, me eché el pelo hacia atrás. No estaba nada mal, sin duda más delgada de lo que había estado nunca. Me miré los muslos, que la minifalda dejaba al descubierto. Eran más pequeños, pero probablemente aún podría perder un par de kilos. Me sonaron las tripas. Tendría que ignorar los retortijones de hambre esa noche; no podía permitirme las calorías de la comida y los cócteles, así que tenía que elegir. Elegí los cócteles. Al fin y al cabo, era el vigesimoprimer cumpleaños de Janine.

¿Cómo era aquella cita de esa supermodelo? «Nada sabe mejor que la sensación de estar delgada». O algo así. Tenía razón. Me encantaba estar delgada. O más delgada, al menos. El camino no había sido fácil, ya que no tuve la suerte de tener la fuerza de voluntad para ser anoréxica ni el reflejo nauseoso de las bulímicas. En mi primer año de universidad, había probado los laxantes.

Tampoco salió muy bien. Después de la primera vez que los tomé, me dolió tanto la tripa que abandoné la idea. Desde entonces, había contado cada caloría que me metía en la boca y las había introducido en la aplicación de mi móvil. Todo había merecido la pena, y ahora Janine y yo teníamos la misma talla. Por fin era normal. Por supuesto, todavía tenía margen de mejora. Podía perder otros dos kilos, y lo haría. Quien algo quiere, algo le cuesta, ¿no?

19

—•—

SELENA

Con la cabeza dándome vueltas por el encuentro en la lejana ciudad de Brentwood, en la Bahía Este, salí a toda prisa del aparcamiento, mirando en todas direcciones para ver si me habían seguido. No lo parecía. Abrí la puerta de mi despacho, entré y la cerré con llave. Durante el horario normal de oficina, solía dejar la puerta abierta para que, si alguien pasaba por allí y necesitaba una investigadora privada, zas, ahí estaba yo. Pero con demasiadas cosas raras que no entendía sucediendo, decidí que no necesitaba clientes nuevos hasta que tuviera bajo control mi investigación actual. No me gustaba que me alteraran o me sorprendieran. Ahora que lo pienso, nunca me han gustado las sorpresas. Ni de niña, ni de adolescente y, desde luego, no mientras investigaba un caso.

Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que alguien tenía que haberme estado siguiendo. Quizá el hombre de la gorra de béisbol azul marino me estaba siguiendo, pero ¿cuándo? ¿Quién más habría sabido que yo estaba allí? ¿Qué estaba pasando y cómo se había vuelto tan increíblemente extraño este caso tan sencillo de averiguar qué tipo de droga había tomado Stephanie? ¿En qué me había metido?

Tras dejar la mochila, abrí la mininevera y cogí una botella de agua. Normalmente, las bebidas estaban reservadas para los clientes, ya que yo llevo mi propia botella reutilizable, pero me había puesto tan nerviosa durante el viaje de vuelta que me la había bebido entera. Tras desenroscar el tapón sin apartar la vista de la puerta de entrada, me bebí la botella de agua de un trago.

En un momento como este, si todavía estuviera en Drakos Monroe Security & Investigations, habría entrado de cabeza en el despacho de Martina y lo habría comentado todo con ella. Habríamos discutido diferentes enfoques y escenarios plausibles de lo que estaba ocurriendo. Martina era genial para contrastar ideas. La verdad es que no estaba acostumbrada a trabajar sola, al menos no todo el tiempo. En mis investigaciones anteriores, no es que tuviera una compañera, pero siempre tenía a alguien con quien analizar el caso. Como cuando investigué la fraternidad donde Dee fue agredida sexualmente. Dee y yo habíamos discutido los planes y, al final, cuando las cosas se pusieron especialmente peligrosas, Martina aportó algunas ideas que ayudaron a atrapar a los malos. Lo mismo cuando investigaba la desaparición de una niña de cinco años y acabé topándome con una red de trata de personas. Martina siempre me cubría las espaldas. Me estaba dando cuenta de lo solitario que podía llegar a ser este trabajo. ¿Había tomado la decisión correcta al independizarme?

¿Y si la operación del doctor Teeling era más peligrosa de lo que había calculado? Quizás *él* era peligroso. ¿Y si fabricaban ellos mismos las drogas? ¿Y si venían a por mí? No tenía ningún respaldo. Intenté pensar en lo que diría Martina si estuviera sentada frente a mí. Probablemente le preguntaría qué debía hacer, y entonces me respondería a mi pregunta con otra pregunta. Seguramente diría algo como: «Selena, pregúntate si merece la pena. ¿Merece la pena perder la vida o que otros la pierdan por esta investigación?». *Uf.* ¿Debería retirarme del caso? ¿Debería quedarme de brazos cruzados y esperar a averiguar qué drogas eran para cerrar el caso? Yo no era de las que se echan atrás ante un desafío, y no creía que pudiera empezar a hacerlo ahora.

Ya con los nervios un poco más calmados y el cuerpo hidratado, encendí el ordenador para averiguar a nombre de quién estaba matriculado aquel camión, así como para consultar los registros de la propiedad de la casa blanca de Brentwood. ¿Quizá averiguaría la identidad del hombre de la gorra de béisbol azul marino? Mientras iniciaba sesión en la base de datos, sonó mi móvil. Respondí a la llamada de un número desconocido y dije:

—Hola, soy Selena Bailey.

—Hola, señora Bailey. Soy Scott, del Laboratorio de Pruebas Analíticas de la Bahía.

¡Sí! Los resultados del laboratorio de las pastillas encontradas en los botes de vitaminas del apartamento de Stephanie podrían ser una buena noticia, una pista adicional para ayudarme con la investigación.

—Genial. Estaba esperando su llamada. ¿Pudo determinar qué son las dos pastillas?

—Sí, le enviaré los informes del laboratorio por correo electrónico, pero pudimos identificar cada uno de los compuestos de las pastillas. La cápsula la identificamos como fentermina, y el comprimido es clorhidrato de fenfluramina.

¡Genial! Qué útil. No sé qué significa nada de eso. No había oído hablar de ninguno de los dos y no sabía si eran peligrosos.

—¿Sabe para qué sirven esas drogas?

El hombre empezó a hablar, pero luego vaciló.

—¿No ha oído hablar del Fen-Phen?

¿Fen-Phen?

—No, lo siento, pero no estoy familiarizada con esas drogas.

—El fármaco del comprimido, la fenfluramina, y un fármaco similar, la dexfenfluramina, fueron prohibidos por la FDA a finales de los noventa. Se usaba en combinación con la fentermina como un fármaco para perder peso. Cuando se combinaban, se les dio el nombre común de Fen-Phen. La fenfluramina y la dexfenfluramina son esencialmente el mismo fármaco y se descubrió que causaban valvulopatía e hipertensión pulmonar, ambas afecciones potencialmente mortales.

¿Valvulopatía? Como la que tenía Stephanie.

—Vaya. Entonces, si dice que la FDA prohibió esta fenfluramina, ¿sabe cómo podría conseguirla alguien?

—No soy un experto, pero solo podrían comprarla ilegalmente.

—¿Es fácil de fabricar? —pregunté.

—Sinceramente, no estoy seguro. Yo solo la analizo y estaba por aquí en los noventa, cuando la historia salía en todos los canales de noticias. La cobertura mediática comenzó con la historia de una mujer que murió después de usar los fármacos durante solo tres o cuatro semanas. Intentaba entrar en su vestido de novia. Murió unos meses después de tomar Fen-Phen.

¿Sabía la mujer que murió por el Fen-Phen que podría estar tomando una droga potencialmente mortal solo para parecer delgada el día de su boda?

—Mientras la gente enfermaba y moría por el Fen-Phen, ¿sabían que las drogas eran peligrosas? Las mujeres que lo tomaron, quiero decir.

—Esa es la cuestión. Por lo que tengo entendido, no lo sabían. Las noticias informaron de que, después de que la gente que tomó los fármacos enfermara gravemente, y algunos murieran, las compañías farmacéuticas e incluso algunos miembros de la FDA estaban muy familiarizados con los riesgos y entendían los posibles efectos secundarios de su uso. Se reveló que el fármaco causaba valvulopatía severa e hipertensión pulmonar. Se descubrió cuando médicos de todo el país comenzaron a ver que sus pacientes presentaban estos extraños síntomas y los relacionaron con el Fen-Phen. Esos médicos sacaron a la luz los problemas y finalmente consiguieron que la fenfluramina se retirara del mercado para que los médicos ya no pudieran recetársela a personas que intentaban perder peso.

¿La FDA sabía que era malo para la gente? ¿No se suponía que debían proteger al público? ¿Y las farmacéuticas lo sabían? No me lo podía creer.

—¿Sabían que no era seguro, pero lo vendieron de todos modos, y la FDA lo aprobó? —Negué con la cabeza—. Siento entretenerle. Es solo que estoy sorprendida, y usted parece saber mucho sobre la

situación y, para ser sincera, en los noventa, yo era demasiado joven para saber nada de todo esto.

—¿Puedo preguntarle cómo consiguió las pastillas que envió?

—Soy investigadora privada y las encontré en posesión de un familiar de uno de mis clientes. Ese familiar ha tenido que someterse a una operación a corazón abierto debido a unos extraños problemas en las válvulas que estaba teniendo.

—Bueno, puede llamar a su clienta y decirle exactamente por qué su familiar tuvo que someterse a una operación a corazón abierto y a una reparación de válvulas. Si tomó Fen-Phen, fue por el Fen-Phen. ¿Supongo que es una mujer joven?

—Sí.

—Bueno, espero que sobreviva. Y mucha suerte.

—Gracias. Se lo haré saber a la familia de inmediato.

—Que tenga un buen día, señora Bailey.

—Usted también. —Colgué y pensé en lo que había averiguado. Alguien estaba dando drogas potencialmente letales a víctimas desprevenidas, como Reba y Candice. Si ese alguien era el doctor Teeling, lo hundiría. Pero, si la FDA había prohibido la fenfluramina, ¿la estaba obteniendo el doctor Teeling de una compañía farmacéutica que todavía la vendía en secreto a las clínicas? ¿O los secuaces de Teeling cocinaban las drogas ellos mismos? De cualquier manera, tenía que avisar a Vicki de inmediato de que podríamos haber encontrado la causa de la grave enfermedad de su hermana. Sin embargo, antes de llamar, hice una búsqueda rápida en internet para aprender más sobre este Fen-Phen, más específicamente sobre la fenfluramina, que parecía ser la causa más probable de los problemas cardíacos que Stephanie había experimentado.

Me aparté de la pantalla del ordenador, perturbada por lo que había averiguado. Tal como había dicho el hombre del laboratorio de análisis, según los informes de noticias, las compañías farmacéuticas comercializaron y vendieron a sabiendas su fármaco a mujeres y hombres, a cualquiera que estuviera desesperado por perder peso. Por ser perfectos. Por no tener defectos. Hasta la fecha, las compañías farmacéuticas habían pagado más de cinco mil millones de dólares en demandas. Aun así, en algunos casos, el dinero

pagado a las víctimas apenas cubría los gastos médicos. Y eso sin tener en cuenta el número de mujeres que perdieron la vida, solo por tomar fármacos que las compañías sabían que no eran seguros, que incluso algunas personas en la FDA sabían que no eran seguros. ¿Cómo empezó todo? ¿A quién se le ocurrió la idea de que los hombres y las mujeres necesitaban tener un cierto aspecto para ser amados? ¿Quién había decidido qué era lo normal? Cuanto más leía, más horrorizada me sentía.

Algunos artículos llegaban a decir que pensaban que la epidemia de obesidad fue creada por las compañías farmacéuticas para intentar vender al público estadounidense la idea de que era más seguro tomar fármacos que tener diez kilos de «sobrepeso» y, al hacerlo, ganaron miles de millones. «La Corporación Obesidad», es como algunos reporteros llamaron al fenómeno. Así que, mientras algunas personas perdían la vida y otras tenían que vivir con enfermedades a largo plazo, otras, como la industria de las dietas, ¿estaban acumulando miles de millones en beneficios? Mientras leía más, me quedé boquiabierta. La industria de la pérdida de peso y las dietas estaba valorada en más de cien mil millones de dólares. Si la industria de las dietas realmente estuviera ayudando a la gente e intentando mejorar la salud de los estadounidenses, ¿por qué los estadounidenses estaban más gordos que nunca?

Mi corazón latía con fuerza mientras la tristeza y la rabia se arremolinaban en una bola dentro de mi ser.

Tanta angustia y tanta tristeza, ¿para qué? *Dinero.*

Después de beber otra botella de agua para calmar los nervios, llamé a Vicki Crawford. Necesitaba mostrar una actitud profesional y no la de la joven indignada que era. Contestó al primer tono.

—Hola, Vicki. Soy Selena.

—Hola, Selena.

—¿Cómo está Stephanie? ¿Ya se ha despertado? —pregunté.

—Sí, lo ha hecho. Ha abierto los ojos y nos ha apretado la mano a mí y a mi madre. Todavía no está del todo consciente. Los médicos dicen que tiene mucho que curar. No solo de la operación, sino de lo que sea que estuviera tomando antes. Tienen la esperanza de que se recupere, pero va a ser un camino largo.

—Me alegro de oír eso. Tengo noticias sobre ese tema. Acabo de hablar con el laboratorio. Stephanie había estado tomando lo que comúnmente se conocía como Fen-Phen, una combinación de fentermina y fenfluramina para perder peso.

—¿Fen-Phen? —preguntó Vicki.

—¿Has oído hablar de ello? —¿Lo había oído todo el mundo menos yo? ¿Era yo la última mujer no obsesionada con perder peso o conseguir el «cuerpo perfecto»?

Vicki dijo:

—Sí. Tiene efectos secundarios mortales.

—Deberías decírselo a sus médicos, sin duda. El técnico del laboratorio con el que hablé me contó un poco sobre ello, y yo también lo he buscado en internet. Parece que los problemas de las válvulas cardíacas que tiene Stephanie podrían ser una correlación directa de tomar la fenfluramina, que fue prohibida por la FDA en los años noventa.

—Es verdad. Madre mía.

No le dije que algunos de los artículos que encontré decían que algunas de las personas que tomaron el fármaco continuaron teniendo efectos secundarios incluso de diez a veinte años después de dejarlo.

—He leído que es muy importante que se lo digas a los médicos porque quizás podría desarrollar otros problemas por el uso de los fármacos también. Cosas que tal vez aún no se hayan manifestado.

El sonido de sollozos salió del altavoz de mi móvil. Sabía que no eran exactamente buenas noticias, pero eran noticias.

—Se lo diré a los médicos de inmediato. Gracias, Selena.

Había identificado las drogas y Stephanie parecía estar mejorando, al menos por ahora. ¿Estaba cerrado el caso? Tenía la sensación de que solo estaba arañando la superficie de lo que realmente estaba pasando en la Clínica de los Teeling.

—Ahora que sabemos qué drogas son y que Stephanie parece estar mejorando, ¿quieres que siga investigando la clínica y cómo consiguió las drogas, o esto es suficiente para tu familia por ahora? Entendería perfectamente si quisierais dejar esto en paz. Seguro que la salud de Stephanie es la prioridad número uno.

La respiración de Vicki era pesada, como si estuviera exasperada. Respondió:

—Si puedes, Selena, quiero que averigües de dónde sacó esas drogas, quién se las dio, y quiero que queden expuestos. Quiero que vayan a la cárcel. ¿Me ayudarás a hacerlo?

—Sí. Por supuesto que lo haré. —Tenía la sensación de que Vicki quería que siguiera investigando, pero quería asegurarme. Podría llegar a ser muy caro para ella y llevarme mucho tiempo a mí. Continué—: Ha habido algunas novedades, pero quizá tú y yo podamos reunirnos en unos días, una vez que tenga algo de información concreta que compartir contigo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. Se lo diré a mis padres. Cueste lo que cueste, queremos que la gente pague por lo que le han hecho a mi hermana y solo Dios sabe a quién más.

—Entendido. Cuídate y dales recuerdos a tus padres de mi parte y diles que estoy pensando en positivo para toda vuestra familia.

Terminé la llamada con un poco de incredulidad por lo grande que se había vuelto este caso. Teniendo en cuenta la magnitud de las lesiones de Stephanie, tenía sentido que no fuera un caso rápido de abrir y cerrar. Definitivamente, había una actividad delictiva en marcha. La primera era la dispensación de drogas ilegales a personas desprevenidas que habían buscado ayuda para un trastorno alimentario. La página web de la Clínica Teeling afirmaba que ayudaba a curar a personas con trastornos alimentarios, pero obviamente era una tapadera para una fábrica ilegal de pastillas para adelgazar. Ahora solo necesitaba demostrarlo y averiguar exactamente quién estaba involucrado y, por lo tanto, quién era responsable del estado de Stephanie.

20

—•—

SELENA

Encontrar el nombre y la dirección del propietario de la camioneta me llenó de determinación. Metí en la mochila todo el material que iba a necesitar. Iba a ser una noche larga. Después de cerrarla, me la colgué al hombro, pero antes de que pudiera salir disparada de la oficina, mi móvil vibró sobre la mesa.

—Hola, Martina. ¿Qué tal?

—Hola, Selena. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —*. Más o menos*.

—Te llamaba porque esperaba poder cambiar nuestra cena del domingo al sábado, si te viene bien.

—Claro. El sábado lo tengo libre. —Mi vida social no era precisamente una fiesta continua. Me había licenciado un semestre antes, e incluso cuando estudiaba, no había sido muy fiestera, pero eso significaba que todas las amigas que había hecho en la universidad, como Dee, seguían estudiando a tope en su último semestre.

—Estupendo. Zoey viene a casa el sábado, pero tiene que irse el domingo por la mañana, y pensé que sería genial que cenáramos las cuatro juntas.

—Genial. No me había dicho que venía. ¿Es algo de última hora?

—Sí, ha dicho que le ha salido un proyecto de última hora en UC Davis y quería pasarse a vernos de camino.

Zoey era mi hermanastra y estaba estudiando Veterinaria en Oregón. No nos veíamos mucho, pero nos escribíamos correos electrónicos y mensajes todo el tiempo. Solo nos llevábamos un año, pero nuestras personalidades eran bastante diferentes. Zoey era alegre, feliz y optimista..., vamos, todo el tiempo. También le encantaban los animales y era superinteligente.

—¿A qué hora es la cena del sábado?

—Esperaba que pudieras venir pronto, sobre las cuatro. Así podemos tomar unos aperitivos primero y ponernos al día.

—Me parece genial.

—¿Cómo va tu caso? —preguntó Martina.

¿Cómo va? Estaba sola —la única empleada— y tenía mucho lío. Por no mencionar que seguía un poco alterada por casi todos los aspectos del caso: el escándalo del Fen-Phen, el hombre de la gorra azul marino y el hecho de que toda la gente de la clínica que tomaba los medicamentos pudiera estar en peligro.

—Ha habido algunas novedades… —Le expliqué todo lo que había averiguado, pero omití la parte sobre el hombre de la gorra azul marino.

—Es increíble que hayas conseguido tanta información tan rápido. Parece que te has metido en medio de un caso peligroso. Si están distribuyendo medicamentos ilegales, eso significa que hay traficantes de por medio. Los traficantes no suelen ser gente muy agradable. Bueno, a veces son gente bastante maja, pero si te metes con ellos, hacen lo que tienen que hacer. No le tienen miedo a la violencia.

Martina tenía razón. Hasta yo entendía que era una situación peligrosa, pero Vicki me había contratado para hacer un trabajo, y ese trabajo era lo que iba a hacer. Todavía no había solicitado mi licencia de armas para porte oculto, ya que era más difícil de conseguir en California de lo que había esperado. Además, no había pasado mucho tiempo en el campo de tiro, aunque debería haberlo hecho. Mi porra era mi única arma, aparte de mi entrenamiento en defensa personal.

El entrenamiento era distinto a las situaciones reales, y me preguntaba si el mío sería suficiente. Hacía mucho tiempo que no llevaba un caso tan grande. En ese momento, me di cuenta de lo grande que era este caso en realidad. Estaba intentando desmantelar una operación de drogas ilegales en el área de la bahía... sola. Intentando ocultar mi inquietud, dije:

—Sospecho que podría serlo. Estoy teniendo mucho cuidado, sobre todo después de lo que ha pasado hoy.

—¿Qué más ha pasado hoy?

Sopesé cuánto contarle a Martina, porque no me apetecía un sermón sobre seguridad o sobre estar alerta, pero sí me gustaba la idea de que me diera su opinión. —He seguido a un trabajador de la clínica hasta una casa en Brentwood, donde ha entrado y ha salido del garaje trasero con una bolsa en la mano.

—Ahí es donde puede que estén fabricando las pastillas, o podría ser un piso franco —añadió Martina.

—Sí, eso es lo que sospecho yo también. Pero esa no es la peor parte, o puede que sí, pero cuando volví a mi coche, que había aparcado a la vuelta de la esquina, había un hombre sentado en el capó. Me ha amenazado. Me ha dicho que me mantuviera alejada si sabía lo que me convenía.

Silencio por parte de Martina. No era de las que se quedaban calladas, sobre todo cuando tenía una opinión, y nunca se cortaba a la hora de decirme lo que pensaba, o si creía que algo no cuadraba, o si estaba haciendo una estupidez. Nunca usaba la palabra «estupidez», pero «insensatez» puede que se la hubiera oído alguna que otra vez. A toro pasado, probablemente tenía razón.

Cuando finalmente habló, dijo:

—Selena, no creo que haga falta que te diga que esto podría ser una situación muy, muy peligrosa para ti, y no quiero sermonearte, pero eres una operación unipersonal. No tienes refuerzos. Y como alguien que se preocupa profundamente por ti, tengo que decirte que creo que deberías alejarte de esto. Lleva tus sospechas a la policía local y cuéntales lo que has descubierto.

Ni se me había ocurrido ir a la policía con lo que había encontrado, al menos no todavía. No tenía ninguna prueba de que Stephanie

hubiera conseguido las pastillas en la clínica.

—Supongo que es algo a tener en cuenta.

—Creo que sin duda deberías tenerlo en cuenta. Ningún trabajo merece que mueras por él.

—Estoy de acuerdo. Es que todavía no he relacionado la clínica con los medicamentos. Cuando pueda hacerlo, se lo llevaré a la policía, y entonces podré lavarme las manos.

—¿Cómo piensas hacer esa conexión? Si la persona que merodeaba por tu coche está suministrando medicamentos a la clínica y te conoce, tu tapadera puede estar en peligro. Quizá no puedas volver a la clínica de forma segura.

No había pensado en eso. Si ese hombre trabajaba para Teeling, entonces podrían haber avisado a la clínica y estar planeando atraparme cuando entrara. ¿Y hacer qué... matarme? ¿Quizás solo intentarían asustarme un poco? No estaba convencida de que me hubieran descubierto todavía, pero andaría con pies de plomo.

—Tienes razón. Voy a tener que pensar más en esto.

—Ya sabes que si algo se tuerce o algo no pinta bien, puedes llamarme a cualquier hora, ¿verdad? —preguntó.

Intentaba no hacerlo. Ya no trabajaba para Martina. No me parecía correcto seguir recurriendo a ella y gastando los recursos de Drakos Monroe.

—Te lo agradezco. Si creo que estoy en peligro, te lo haré saber.

—Oye, quizá sea buena idea que me envíes tu ubicación por mensaje cuando vayas a hacer una vigilancia..., por si acaso..., sobre todo si crees que vas a estar en una situación potencialmente peligrosa.

Sabía que eso era lo más seguro e inteligente. Era el protocolo en Drakos Monroe Security & Investigations, la empresa de la que Martina era copropietaria con su socio Stavros Drakos. Yo no tenía socio, y no tenía a nadie con quien reportarme. Era una idea inteligente.

—Vale, lo haré.

—Genial. Te veo el sábado por la noche. Selena… ten cuidado.

—Gracias, lo tendré.

Martina dijo:

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Colgué el teléfono, un poco desinflada. Después de haber preparado todo para pasar la noche vigilando la Teeling's Clinic y quizás colarme para conseguir información sobre los medicamentos o su operación, decidí aparcar el plan.

Quizá necesitaba adoptar un enfoque diferente. Deirdre parecía saber mucho de lo que estaba pasando y tenía sus propias sospechas. ¿Conocía a Jake Ruger, el hombre a cuyo nombre estaba registrada la camioneta y que, según los registros de empleo, trabajaba en la Teeling's Clinic? Quizá no me estaba contando todo lo que sabía. Solo había una forma de averiguarlo.

21

—•—

SELENA

Armada con un nuevo plan, dejé la mochila y encendí el ordenador. Tenía que reunirme con Deirdre para averiguar qué más sabía, pero también necesitaba saber más cosas sobre ella. ¿Era de fiar? Había aprendido a no fiarme de nadie hasta haberlo investigado primero. Deirdre ocultaba algo; tenía esa corazonada. ¿Pero el qué? ¿Estaba metida en el ajo? ¿Era ella quien fabricaba la droga? Era bioquímica, así que podría encajar. ¿O era una especie de agente doble que usaban para determinar quién era lo bastante fiable como para recibir las drogas?

Una vez que inicié sesión en la base de datos, introduje el número de teléfono que me había dado Deirdre y dejé que el ordenador hiciera su trabajo. Probablemente estaba siendo demasiado precavida, pero más valía eso que echar a perder toda la investigación. Este era mi primer caso de verdad con Investigaciones Bailey y no quería ganarme mala fama por no cumplir con lo que mi cliente necesitaba.

Ladeé la cabeza, como si eso fuera a cambiar los resultados de la búsqueda en la pantalla. Era extraño y, desde luego, no era lo que me esperaba. No había ningún registro. Era un teléfono de prepago. Los narcotraficantes y los delincuentes, o la gente que no quería que

la rastrearan, que tenía un mal historial crediticio o que no se fiaba de las compañías de telefonía móvil, eran quienes solían usar teléfonos de prepago. ¿Encajaba Deirdre en alguna de esas categorías?

Deirdre afirmaba ser científica. ¿Quizá lo era, pero no quería dar su número de teléfono de verdad? A lo mejor realizaba un trabajo de alto secreto. Aunque algo de eso fuera cierto, había algo que no me cuadraba. Todas las señales apuntaban a que Deirdre ocultaba algo y sabía más de lo que aparentaba.

Ni siquiera sabía su apellido, ni mucho sobre ella, en realidad. Dijo que tenía depresión grave y trastorno por atracón, pero luego resulta que tenía un teléfono de prepago y sospechas sobre las vitaminas. Tenía la sensación de que estaba más metida en esto de lo que había pensado en un principio. Necesitaba ocultar esas sospechas para poder ganarme la confianza de Deirdre y acceder a información privilegiada.

El reloj marcaba que se estaba haciendo tarde, pero no demasiado para una llamada. Marqué el número de prepago de Deirdre y sonó tres veces antes de que respondiera.

—Hola.

—Hola, ¿es usted Deirdre?

—Sí.

—Hola, soy Selena. Nos conocimos en la clínica.

—Ah, hola, Selena. ¿Cómo está?

—Bien, dentro de lo que cabe. Siento que me ponga en contacto con usted así, sin más, pero he tenido una recaída y parte de mí se siente ansiosa. Estoy en la puerta del supermercado, quiero entrar y comprar todas las galletas de la estantería y luego ir al pasillo de los congelados y arrasar con todos los Ben & Jerry's. Solo esperaba que quizá usted y yo pudiéramos hablar.

Hizo una pausa y luego dijo:

—¿Puede esperar un segundo? Déjeme mirar una cosa.

Eran las cinco y media de la tarde de un viernes. Esperaba que estuviera disponible para quedar a cenar, a tomar un café o algo. Pero si no podía, quizá le propondría quedar al día siguiente. En ese

momento, solo podía tener esperanza. Si conseguía el número de la matrícula de Deirdre, podría averiguar quién era en realidad.

Deirdre volvió al teléfono.

—Hola, Selena. Si puede, podríamos quedar en la cafetería de la zona, tomar un té. ¿Qué le parece?

Sí. Ahora me siento con suerte.

—Me parece genial.

—De acuerdo. Le mandaré los detalles por mensaje y la veo allí.

—Genial.

—Manténgase fuerte, Selena. Podemos hablar para ayudarla a superar esto.

La llamada me llenó de emociones encontradas. Si Deirdre formaba parte de la trama de narcotráfico, ¿habría aceptado quedar conmigo para asegurarse de que no me diera un atracón? Tal vez. ¿Era una narcotraficante con un corazón de oro? Quizá la obligaban a fabricar las drogas para ellos. A lo mejor era una persona maravillosa, pero, de alguna manera, la estaban chantajeando para que hiciera su trabajo sucio. Tal vez me estaba pidiendo ayuda a gritos. Quizá quería salirse de la operación. Había tantos escenarios posibles… Solo necesitaba saber más.

22

—•—

SELENA

Con cara larga, abrí la puerta de la cafetería. No estaba triste ni ansiosa, pero tenía que aparentarlo. Seguro que podía echar mano de mi experiencia para interpretar el papel. Era casi como si fuera el papel para el que había nacido. ¿No es curioso? Dentro de la cafetería, el aroma de los granos de café recién molidos me inundó las fosas nasales. Hola, café, mi viejo amigo… y mi droga preferida.

Era una cafetería bastante grande. Había mucha gente leyendo libros o con sus portátiles, ensimismada en su propio mundo, bebiendo café y comiendo algo de bollería. Vi a Deirdre en una esquina al fondo y levanté la mano para saludarla antes de señalar el mostrador para indicarle que iba a pedir un té. Era un poco tarde para tomar café. Martina decía que el té verde se suponía que era bueno para mí. Le daría una oportunidad. Una vez hecho el pedido, cogí el número y me dirigí hacia Deirdre. Me senté frente a ella y le dije:

—Muchas gracias por quedar conmigo.

—No hay de qué. Bueno, ¿quieres contarme qué es lo que te tiene tan ansiosa? —preguntó Deirdre.

De camino, me había inventado la historia. Estar infiltrada esta vez era mucho más difícil de lo que había experimentado en el pasado.

Era un personaje que tenía que mantener de forma continua. Lección aprendida. La próxima vez, prepararía un dosier en condiciones con toda mi historia encubierta, mis anhelos, deseos y necesidades; un perfil de personaje completo. Dije:

—Es mi padre.

—¿Qué le pasa a tu padre? —preguntó Deirdre con preocupación.

Esa sensación de estar traicionando a una buena persona volvió a instalarse en mí. Deirdre parecía sinceramente preocupada por mí.

—Pues me acabo de enterar de que tiene una afección cardíaca y la idea de perderlo me sume en una espiral. Es el único progenitor biológico que me queda y, simplemente…, me ha dejado hecha polvo, ¿sabes?

Deirdre asintió.

—La idea de perder a un padre es realmente angustiosa. Comprendo que te sientas ansiosa. Dijiste que antes tenías un terapeuta. ¿Elaborasteis un plan para ayudarte a lidiar con la ansiedad?

Pues claro que sí.

—Sí, normalmente recurro al ejercicio. A correr o a ir al gimnasio. Pero hoy ya he ido y sé que no debería excederme con el ejercicio. La verdad es que me cuesta mucho saber qué hacer si no puedo hacer ejercicio para calmar la ansiedad. Ahí es donde reside el mayor punto débil de mi plan. Aún no me he reunido a solas con el doctor Teeling, así que hace tiempo que no tengo una sesión individual con un terapeuta.

Observé la cara de Deirdre para ver si mi historia era creíble o no. Inclinó la barbilla, como si sopesara todo lo que le había contado. Dijo:

—Es extraño que el doctor Teeling no haya aparecido los dos últimos días, pero en cuanto esté disponible, seguro que podrás verlo.

—¿Sabes mucho del personal de la clínica? —pregunté antes de levantar las manos de la mesa para que el camarero pudiera dejar la tetera con agua caliente y una taza con una bolsita de té al lado. Rasgué el envoltorio de papel, metí la bolsita en la taza y vertí el agua humeante sobre ella. La dejaría infusionar un rato y luego

podría beberlo a sorbos. Me daría algo que hacer con las manos y llenaría los silencios para que ella hablara más que yo.

Mientras me acomodaba con el té, me di cuenta de que Deirdre no había respondido a mi pregunta. ¿Había sido a propósito o simplemente había hecho una pausa porque estaba aquí el camarero? Repetí mi pregunta:

—Eso, que me preguntaba… Has dicho que llevas unos meses en la clínica. ¿Conoces bien al personal? He visto que había un par de coordinadores de grupo y un hombre con pijama de hospital al que vi hablar con Reba cuando llegué. ¿También es médico? Creo que Reba dijo que se llamaba Jake…

Deirdre no respondió. En lugar de eso, ojeó la sala. Debía de haber otras treinta personas a nuestro alrededor. Dijo:

—Quizá deberíamos ir a otro sitio. A uno más privado.

No estaba segura de qué pensar al respecto. Sí, sí que lo estaba. No me gustaba, ni un pelo. ¿Quién era esta mujer y por qué teníamos que ir a un lugar más privado?

—Pero si ya tengo el té. ¿No puedes contarme más sobre Jake?

Me miró fijamente durante tanto tiempo que una punzada de miedo me recorrió por dentro. Algo no iba bien. El corazón me latía con fuerza y me pregunté si esto me venía grande. A lo mejor estaba en el ajo y pensaba llevarme a algún sitio para que me mataran. O algo peor. No sabía qué podía ser peor. *Eso no es verdad*. El secuestro y la tortura eran bastante malos. Ya he pasado por eso. No, gracias. Deirdre ladeó la cabeza y, en voz baja, dijo:

—Sé quién eres en realidad.

23

—•—

SELENA

¿A qué se refería con que sabía quién era yo? No estaba segura de hasta qué punto hacerme la tonta. Solo había una forma de averiguarlo.

—Soy Selena. Ya nos conocemos.

—Su nombre no es Selena Jones —dijo en el mismo tono bajo de antes.

A eso se refería con que sabía quién era, o al menos, quién no era.

Prosiguió:

—No sé qué está haciendo en la clínica. No sé si de verdad tiene un trastorno alimentario y, si es así, me gustaría ayudarla. Puedo remitirla a otra persona, no al doctor Teeling. No puede volver a la clínica; no hasta que se reúna conmigo en privado.

¿También me estaba amenazando? Me quedé sentada, atónita, sin saber cómo responder. ¿Cómo sabía quién era yo? ¿Cómo era posible que ella supiera quién era yo, pero yo no supiera quién era ella? Eso no me gustaba.

—Y usted ¿quién es en realidad? ¿Está metida en esto? ¿Es la cocinera? —pregunté.

Me mandó callar con un siseo.

—Baje la voz.

De repente, me sentí muy poco preparada para la misión y deseé haberle dicho a Martina adónde iba. Esto podía acabar mal, muy mal…, y muerta. Eché un vistazo a mi alrededor, buscando las distintas salidas. Tendría que haberlo pensado mejor antes de quedar con alguien de quien no sabía nada. Era un lugar bastante público y yo tenía mi coche, así que supongo que no había sido una estupidez del todo.

Deirdre siguió estudiándome. Dijo:

—No se vaya. Hay una sala de reuniones al fondo. Está al final del pasillo a la izquierda y luego tiene que girar a la derecha. La cafetería las alquila para grupos de estudio. Reúnase allí conmigo en diez minutos.

Se levantó y salió de la cafetería sin esperar mi respuesta.

¿Era el momento de escribirle a Martina? Aunque si le escribía con mi móvil, ¿y si lo tenían localizado o algo? ¿Estaba comprometida, como había sugerido Martina?

¿Qué pasaría al fondo de la cafetería? No me mataría en un lugar tan público. O eso esperaba. La inquietud se apoderó de mi estómago, pero sabía lo que tenía que hacer. Mientras sorbía mi té, le envié un mensaje a Martina con mi ubicación y esperé a que pasara el tiempo.

Ya vacía, llevé la vajilla usada al carrito que estaba encima de los cubos de basura. Volví a echar un vistazo a la cafetería antes de dirigirme a la pequeña sala donde Deirdre me había pedido que me reuniera con ella.

Antes de entrar en la sala, me hice un selfi. Todas mis fotos tenían copia de seguridad en la nube, así que, si este era el último lugar donde me veían con vida, al menos habría un registro. Suponiendo que esto se pusiera siniestro, esta gente no se saldría con la suya.

Tras una respiración profunda, levanté la barbilla y me dirigí a la sala del fondo. La puerta no tenía ventana. Eso no me gustó. Llamé suavemente. Una voz de hombre respondió:

—Adelante.

Con el corazón desbocado, giré el pomo y puse un pie dentro. El corazón casi se me paró al ver al hombre: llevaba una gorra de béisbol azul marino.

¿Por qué estaba él aquí? ¿Y cómo conocía a Deirdre? Estaban los dos compinchados. Deirdre dijo:

—No pasa nada, Selena, entre.

Me giré a la derecha, donde Deirdre estaba apoyada en la pared. La escena me resultaba familiar. Extrañamente familiar. Entré y cerré la puerta detrás de mí.

El hombre dijo:

—¿Por qué no toma asiento, señorita Selena Bailey, investigadora privada?

Vale, saben quién soy.

—Prefiero quedarme de pie. ¿Qué está pasando? ¿Quién es usted? ¿Quiénes son ustedes en realidad? —exigí, con más confianza de la que sentía de verdad.

—Me llamo agente Dan Mundy. Ya conoce a mi colega, Deirdre, también conocida como la agente Deirdre Long.

Deirdre, o la agente Long, o como se llamara, dijo:

—Soy de la DEA. Mundy es del FBI. Hemos estado vigilando la clínica, y creo que sabe por qué.

—¿Porque están vendiendo fármacos ilegales a mujeres que quieren perder peso? —pregunté.

Mundy dijo:

—Bingo. No podemos permitir que comprometa nuestra operación.

Retrocedí un paso, un poco sorprendida de haberme topado con una operación conjunta del FBI y la DEA.

—¿Cuánto tiempo llevan investigando al doctor Teeling? —pregunté.

—Tres meses. Como le dije en el almuerzo, dos mujeres desaparecieron; en realidad, murieron: Alex y Kelly. Stephanie es la tercera que enferma de gravedad desde que empezamos nuestra operación con Teeling. Nos infiltramos cuando empezamos a recibir informes de que la fenfluramina volvía a circular por las calles. Me enviaron de incógnito para infiltrarme en la clínica. Estábamos a punto de desmantelarlo todo, y entonces apareció usted en medio de todo.

—Entonces, saben que está recetando fármacos peligrosos. ¿Pueden demostrarlo? —pregunté.

Deirdre dijo:

—Todavía no.

—¿Cómo van a hacerlo? ¿No pueden simplemente pedirle a una de las mujeres que testifique que consiguió los fármacos a través de él? —pregunté.

—Todas han jurado guardar el secreto y les preocupa más seguir delgadas que meterlo en la cárcel. Creen que es un médico milagroso. Créame, llevo meses intentando convencerlas de que, sean cuales sean los fármacos que les está dando, no son buenos. Juran y perjuran que no están recibiendo ningún fármaco y que son vitaminas. No son vitaminas, pero aún no hemos podido hacernos con ellas.

Yo tenía algo que ellos no tenían.

—Yo tengo algunas.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó el agente Mundy.

—La hermana de Stephanie me contrató para averiguar qué le pasó. Por eso empecé a ir a la clínica. En realidad no tengo un trastorno alimentario, es mi tapadera. Cuando registré el apartamento de Stephanie, encontré un par de botes de vitaminas con unas pastillas de aspecto extraño dentro. Las envié a un laboratorio para que las analizaran. Son fen-phen.

Los dos agentes se miraron.

—¿Testificaría sobre eso? —preguntó Deirdre.

Me encogí de hombros.

—Claro, puedo testificar que las encontré en el apartamento de Stephanie, pero no pueden probar que las consiguió en la clínica, ¿verdad? —Era licenciada en justicia penal y conocía la ley.

El agente Mundy suspiró.

—Tiene razón, no podemos. Necesitamos probarlo. Esperamos que pueda ayudarnos.

—¿Cómo? —pregunté. Aunque tenía la sensación de saber de qué se trataba.

Deirdre dijo:

—No he conseguido hacerme con las pastillas y las otras mujeres no las entregan, pero si usted pudiera convencer a una de ellas, entonces quizá podríamos pillarlo y encerrarlo para siempre.

—¿Es necesario? Quiero decir, el doctor Teeling está ejerciendo la medicina sin licencia. ¿No pueden arrestarlo por eso? —pregunté.

—Podríamos, pero no queremos que el doctor se libre con una multa y un tirón de orejas. Queremos que vaya a la cárcel por mucho tiempo, y no lo queremos solo a él. Queremos desmantelar toda la operación de drogas. Creemos que podría ser más grande que solo la fen-phen. Creemos que Teeling es en realidad solo un pez pequeño en un estanque mucho más grande.

Me contuve para no poner los ojos en blanco. Ya había oído este escenario antes. El pez pequeño solía salirse con la suya para que el pez gordo picara el anzuelo. No me gustaba. No me gustó cuando pasó con los traficantes de personas que mataron a mi novio, y tampoco me gustó que el pez gordo también se saliera con la suya. ¿Cuánta gente tenía que morir para desmantelar la operación de Teeling?

—Entonces ¿qué? ¿Quieren que siga de incógnito y trabaje con ustedes?

Deirdre dijo:

—Sí.

—Pero hay reglas —dijo el agente Mundy.

—¿Reglas? —pregunté.

Mundy dijo:

—Es una investigación confidencial. No puede contárselo a nadie y tiene que informarnos de cada paso que dé.

Deirdre dijo:

—Será peligroso.

Insistí:

—Sé cuidarme sola.

El agente Mundy sonrió con suficiencia.

Dije:

—Podría haber acabado con usted si hubiera querido —con probablemente un poco más de descaro del necesario o del suficiente para hacerme creíble. La verdad era que podría haberme metido en un lío si hubiera tenido que pelearme con él. Afortunadamente, había resultado ser un agente y no uno de los

malos—. ¿Por eso tiene un móvil de prepago? —le pregunté a Deirdre.

—¿Ha investigado mi número? —preguntó.

Asentí.

—Es para la operación. ¿Nos ayudará? —preguntó Deirdre.

Era una oportunidad excelente, pero no podía hacerlo sin decírselo a nadie. Más concretamente, no podía hacerlo sin decírselo a Martina. Dije:

—Con una condición. Involucramos a mi madrastra, solo como parte de la inteligencia. También es investigadora privada.

Deirdre dijo:

—Sabemos quién es Martina Monroe y conocemos su reputación. Siempre que acepte la confidencialidad, las dos pueden hablar abiertamente del caso.

—Ambas tendrán que firmar algunos documentos antes de que empecemos —añadió el agente Mundy.

—Hablaré con Martina y les daré una respuesta. ¿Qué diría Martina? ¿Me diría que tenía que dejarlo? ¿Que tenía que anteponer mi seguridad a la operación?

Trabajar con el FBI y la DEA... este caso podría ser el más importante de mi carrera. Sería genial trabajar con las fuerzas del orden, y definitivamente quería hacerlo. Solo esperaba que Martina estuviera de acuerdo. Obviamente, era mi decisión, pero me sentiría mejor si Martina me apoyaba.

24

—•—

STEPHANIE

22 AÑOS

Por fin había terminado la universidad y estaba lista para empezar el resto de mi vida. El último semestre había sido duro. Tuve que matricularme en una asignatura extra para asegurarme de que me graduaba a tiempo, pero lo conseguí. Aprobé todas las asignaturas. El día de la graduación fue una pasada. Estuvieron allí mamá, papá y Vicki, junto con la abuela, unos cuantos tíos y tías y algún que otro primo. Estaba orgullosa de mí misma, había logrado mucho. Era licenciada. ¡Toma ya! E incluso había conseguido mi primer trabajo; empezaba el lunes siguiente. ¡Doble toma ya!

El día fue increíble. Sonrisas, champán, tarta y fotos. Cogí el móvil de la mesilla de noche y repasé las fotos que nos habíamos hecho. La cantidad de togas y birretes negros era mareante. Retrocedí hasta el principio del día para ver una y otra vez uno de los mejores días de toda mi vida, emocionada por ver cómo había quedado inmortalizado para siempre en mi galería de fotos.

Las primeras fotos que hice fueron de Vicki y mamá, que posaban muy juntas con amplias sonrisas. Seguí pasando y me detuve en la foto en la que salíamos Vicki y yo. Llevaba la toga y el birrete. Fruncí el ceño. Parecía un malvavisco quemado. Continué hasta las fotos de

la fiesta de después, donde me había quitado la toga y el birrete para ponerme mi ropa de fiesta.

Con un minivestido plateado de lentejuelas, sonreía de oreja a oreja, pero ahora mi sonrisa se había esfumado. Al estudiar más de cerca cada foto mía, vi que mis muslos eran enormes. Tenía los brazos flácidos. De perfil, mi barriga parecía de embarazada. El aspecto general era el de una bola de discoteca de vacaciones. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ese momento?

Llena de humillación, me pregunté si todo el mundo se había percatado de mi aspecto horrible y simplemente habían sido demasiado amables para decir nada.

Los últimos meses de universidad, lo único que hice fue estudiar. Eso significaba saltarme el gimnasio y, desde luego, no tenía cabeza para contar calorías. Y se notaba. Debía de haber ganado…

Volví a tirar el móvil sobre la cama, corrí al cuarto de baño de mis padres, me desnudé por completo y me subí a la báscula. Con los ojos como platos, se me revolvió el estómago. Había engordado cinco kilos. Cinco kilos que tanto me había costado perder. Lo había hecho tan bien hasta ese último semestre… Era difícil perder cinco kilos, muy difícil, y habían vuelto sin que ni siquiera me diera cuenta.

Me volví a vestir con la deprimente sensación de haber vuelto a fracasar. Claro, podía sacarme un título universitario, ¿pero no tenía el control necesario para asegurarme de no engordar cinco kilos? ¿Qué me pasaba?

¿Cómo podía lograr tantas cosas, pero no ser capaz de seguir una dieta normal y no estar flácida, rellenita y parecer una bola de discoteca? ¿Tan débil era?

Con razón no había salido con nadie en todo el último semestre. A los hombres no les gustan las mujeres gordas, ¿verdad? La semana que viene, la familia se iba de vacaciones a Hawái para celebrar mi graduación. ¿Cómo iba a ponerme ahora un bañador? No era por no encajar en el agua con las otras ballenas. No, yo sería de la variedad varada en la playa, tapada hasta las cejas para ocultar el hecho de que no podía controlar mi cuerpo ni lo que comía. ¿Por qué no podía ser como otras mujeres que no se atiborran de comida cada vez que

tienen la oportunidad o como esas que no odian sus cuerpos o a sí mismas por no tener autocontrol?

¿Por qué no podía ser simplemente normal y delgada?

25

—•—

SELENA

Con una sonrisa plantada en la cara, me acerqué a la señora Pearson. Se le iluminaron los ojos y sus labios fucsias se curvaron en una sonrisa. Cuando la saludé con la mano, se levantó de su asiento y se apresuró a rodear el escritorio para darme un cálido abrazo. Olía a lilas, que es a lo que suponía que olerían la mayoría de las abuelas. Tras un apretón muy largo, la señora Pearson se echó hacia atrás.

—Selena, querida, qué alegría verte. ¿Cómo estás?

La señora Pearson era la recepcionista de Drakos Monroe Security & Investigations, donde yo había trabajado a tiempo parcial durante los últimos tres años y medio. Por lo que me había contado Martina, la señora Pearson había sido la empleada número uno después de Stavros Drakos. Tenía aspecto de abuela, pero era más bien como una asesina secreta que sabía todo lo que se cocía en la oficina. A la señora Pearson no se le escapaba nada.

—Estoy muy bien.

—¿Qué tal tu primera semana como Selena Bailey, detective privada? Que sepas que aquí estamos muy orgullosos de ti.

—Ha sido movidita.

—Vaya, ¿ya tienes tu primer caso complicado?

—Sí, y, para serte sincera, es más grande de lo que esperaba. Mucho más grande. Por eso he venido a ver a Martina. Necesito hablar con ella sobre el tema.

—¿Sabe que vienes?

—Sí. La he llamado antes de venir. Me ha dicho que estaba en una reunión, pero que podía atenderme pronto. —Era una suerte que el despacho de Martina estuviera tan cerca del mío; algo que Martina me había señalado cuando ella y papá me regalaron el contrato de alquiler, diciendo que podríamos comer juntas y hablar de casos si yo quería.

—Bueno, querida, ponte cómoda ahí detrás. Ya sabes dónde está el despacho de Martina. Sé que no hace falta que te lo enseñe —dijo con una risita.

—Gracias, señora Pearson.

—Cuídate mucho, querida.

—Tú también. —Seguí adentrándome en el conocido mundo de cubículos grises en el que había vivido cuando estaba en Drakos Monroe. Allí fue donde había aprendido todo sobre la investigación privada; fue prácticamente como una carrera universitaria. Formaban el grupo de gente más dura e inteligente que había conocido jamás. Martina y Stavros solo contrataban a los mejores de entre los mejores... y a mí. Yo, sencillamente, tuve la potra de que Martina fuera mi madrastra. No era normal que una chica de dieciocho años metiera la cabeza en una empresa como Drakos Monroe y que luego le enseñaran los gajes del oficio mientras acumulaba las horas necesarias para sacarse la licencia de detective privada a los veintiuno. Aprendí mucho durante mi etapa en Drakos Monroe, pero no era tan ingenua como para pensar que no me quedaba mucho más por aprender. Como nunca antes había trabajado con los federales o la policía, no me imaginaba meterme en algo así sin tener a Martina como confidente.

Esta semana me había planteado si me estaba apoyando demasiado en ella. Al fin y al cabo, era una detective privada independiente; sin embargo, ya había hablado con ella varias veces, y solo era la primera semana. Cuando llegué al despacho de Martina, la puerta estaba cerrada. Probablemente habría tenido un día

ajetreado, siendo fin de semana y todo eso. A través de la cristalera de su despacho, vi que estaba hablando por teléfono, pero se encontraba sola. La saludé con la mano a través del cristal, sonreí y esperé a que estuviera disponible.

Desde que me había graduado en la universidad, no había vuelto a la oficina, y sentía algo de nostalgia. Drakos Monroe Security & Investigations siempre sería una parte de mí. El equipo era como una familia y a mí me trataban como si fuera la hija de todos. Era agradable en cierto modo y un poco asfixiante en otro. No me gustaba ser la novata, la que menos sabía de todo.

Martina colgó el teléfono y se levantó para abrir la puerta.

—Entra, Selena.

—Hola. Gracias por recibirme sin previo aviso.

Martina había dejado la puerta abierta, pero yo la cerré en silencio tras de mí. Sus ojos se encontraron con los míos y me lanzó una mirada que reconocía que aquella era una conversación seria. Me senté frente a ella, me estudió un momento y luego preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Se ha vuelto peligroso el caso de Stephanie?

—Se ha convertido en mucho más que eso... —Le expliqué la implicación del FBI y de la DEA y su petición de que trabajara de incógnito con ellos.

Martina se recostó en su silla mientras parecía absorber todo lo que le había contado.

—¿Qué piensas? ¿Debería hacerlo? —le pregunté.

Se estaba tomando su tiempo para responder. En el pasado, Martina me había explicado que estaba al borde de ser sobreprotectora conmigo, pero también sabía que ella y yo nos parecíamos mucho, así que intentaba equilibrar su naturaleza maternal con mi personalidad.

—Bueno, tengo más preguntas. Podría seguir siendo muy peligroso para ti, pero, en cierto modo, me alegro de que tengas el respaldo del FBI y de la DEA, lo que significa que probablemente te pondrán micrófonos la mayor parte del tiempo. Así que supongo que, si algo saliera mal, podrían estar allí en un santiamén para asegurarse de que no te pasara nada *terrible*. Eso no significa que

no haya riesgo. Si la investigación es tan grande, significa que probablemente haya mucho riesgo.

—Me gustaría mucho tener la oportunidad de trabajar con ellos. Sé que has trabajado con varias agencias antes. ¿Algún consejo?

—Probablemente lo mejor sea dejar que ellos lleven la voz cantante. Cuando se trata de una operación policial, tienes que seguir todas las normas, o podrías poner en peligro el caso. Sé que seguir las normas puede ser complicado para algunas personas. —Me enarcó las cejas.

Ya, ya. Mensaje captado. No me gustaba seguir las normas si no tenían sentido o si ignorarlas podía ayudarme a resolver un caso o a meter a los malos en la cárcel.

—Bueno, entiendo ese aspecto, y me dijeron que tenía que aceptar la confidencialidad, firmar papeles y todo eso. Les dije que no podía aceptar sin hablar primero contigo y poder comentar el caso contigo. Estuvieron de acuerdo en que podía incluirte. Tú también tendrías que firmar algunos papeles.

Asintió.

—Si esto es algo que de verdad quieres hacer, te apoyaré. Firmaré cualquier documento que necesiten para que tú y yo podamos hablar del asunto a medida que el caso se desarrolle. Por ejemplo, si tienes preguntas que no te sientes cómoda haciendo a la DEA o al FBI, o si simplemente quieres hablar de tu papel, de detective a detective.

Había esperado que Martina dijera eso y que no me quitara la idea de la cabeza, porque, en secreto, estaba muy emocionada con todo el asunto. En la universidad, antes de decantarme por ser detective privada, me había planteado entrar en las fuerzas del orden. Martina tenía muchos contactos en el departamento de policía que me dijeron que podría optar fácilmente por cualquiera de las dos vías. Opté por la investigación privada, pensando que a veces las normas eran demasiado difíciles de seguir. Pero me entusiasmaba tener una visión de primera mano de una investigación de la DEA. Aunque siguiera siendo detective privada para siempre, sería una gran experiencia y una verdadera baza para mi currículum en caso de que quisiera trabajar para otra empresa y no seguir por mi cuenta.

—Genial —dije.

—Supongo que tienes ganas, ¿no? —preguntó Martina.

Asentí.

Martina dijo:

—Me alegro de que te hayas sentido cómoda viniendo a verme y de que también quisieras que yo participara en esto para que podamos hablarlo. Significa mucho para mí, Selena.

—Aprecio que siempre estés ahí para mí.

Madre mía, ¿cómo acababan las conversaciones con Martina haciendo que casi se me saltaran las lágrimas en su despacho? Era una detective privada dura, pero Martina conseguía emocionarme la mayoría de las veces. Creo que era porque Martina era la madre que cualquiera querría. Era justa, era dura. Era un modelo a seguir y la persona más atenta que había conocido. Por no mencionar lo feliz que hacía a papá. A él le tocó la lotería cuando la conoció.

Incluso teniendo la mejor madrastra del mundo, lo que estaba bastante segura de que era cierto, seguía echando de menos a mi madre. A veces pensaba que, si hubiera llegado a mi edad adulta, yo podría haberla ayudado a salir del ciclo de depender de los hombres, y ella podría haber rehecho su vida. Podría haber sido feliz y haber estado sobria, pero, por supuesto, el imbécil de su novio le arrebató esa opción. Aparté esos pensamientos de mi cabeza; tenía que centrarme en la investigación.

26

—•—

SELENA

Tan quieta como pude, intenté distraerme de lo que estaba sucediendo. Un técnico, al que no había conocido hasta hacía cinco minutos, me estaba sujetando los cables de un micrófono en el pecho. No me gustaba estar tan expuesta delante de desconocidos, y mucho menos si era un hombre.

—Respire —dijo él.

Se me debían de notar los nervios más de lo que pensaba. Por mucho que me emocionara trabajar con las fuerzas del orden, estaba nerviosa. Una cosa era estar de incógnito sin que nadie vigilara cada uno de tus movimientos y otra muy distinta tener a un equipo supervisando cada palabra que decías y cada paso que dabas. No voy a mentir. He cometido errores, errores garrafales, y sentía que la operación estaba en mis manos. *Menuda presión.* Solo tenía que demostrar que Teeling y Jake estaban metidos juntos en el tráfico de drogas y vincularlos a la clínica para que la policía tuviera lo suficiente para procesarlos. Pan comido. Bueno, quizá sudando un poco.

—Con esto bastará. Ya puede ponerse la camisa —dijo.

—Gracias —susurré, antes de coger la camisa de la silla que tenía al lado.

Habíamos repasado los detalles de la operación durante los últimos días, incluido reforzar mi tapadera para no echar por tierra toda la operación. No los culpaba. Ya la había fastidiado antes y tenía que asegurarme de no volver a hacerlo. Durante nuestras reuniones de preparación, me habían dicho qué preguntar y qué decir con una aportación mínima por mi parte; me dijeron que no me lo tomara como algo personal. Estar rodeada de agentes experimentados me hacía sentir que aquello me venía grande. *Finge hasta que lo consigas.* Había llegado el momento de verme cara a cara con el doctor Teeling, alias Douglas Potter, y el equipo no creía que fuéramos a tener muchas oportunidades con él.

Los últimos días apenas había dormido, lo que no facilitaba las cosas. El sábado por la noche me relajé un poco cuando fui a cenar a casa de Martina y papá. Fue estupendo ver a Zoey, que era la persona más extrovertida, alegre y risueña que había conocido jamás. Estaba entusiasmada por trabajar en una investigación en la facultad de veterinaria de la Universidad de California en Davis. Me alegré de saber que volvería a pasar por la bahía el fin de semana siguiente, para que pudiéramos volver a vernos. Incluso se habló de la posibilidad de ir al cine y a cenar como gente normal. *Solo tengo que sobrevivir a esta semana y la normalidad, al menos por una noche, será mía.*

Cuando me acerqué a la mesa donde estaban sentados Deirdre y Mundy, Deirdre preguntó:

—¿Estás lista?

—Estoy lista. Vamos a ello.

—Genial. ¿Necesita algo más antes de dirigirse a la clínica? —preguntó Deirdre.

—No. —Saludé con la mano y salí por la puerta trasera de la cafetería hacia mi coche. Me habían puesto un micrófono y un localizador GPS en el coche. Lo del localizador GPS fue idea de Martina. Tenía todos los ojos y oídos puestos en mí. Aquello me hacía sentir segura y un poco vigilada al mismo tiempo.

Al extender la mano para estrechársela al doctor Teeling, mi confianza creció. Este hombre no sabía quién era yo. Este hombre no vería a través de mi tapadera.

—Por favor, tome asiento.

Asentí y me senté en la silla frente al escritorio del doctor Teeling. Él dijo:

—He leído las notas de su admisión con Freida. Dice aquí que usted ha asistido a una de nuestras sesiones de grupo. ¿Cómo le fue? ¿Cree que es algo a lo que le gustaría seguir asistiendo?

—Sí, es agradable formar parte de un grupo que sabe por lo que estoy pasando. Siento que el trastorno por atracón es una enfermedad muy incomprendida, ¿sabe? Es difícil, porque no todos tenemos el mismo aspecto. Todas las tallas y formas. Así que es complicado encontrar gente como yo.

—Tiene usted mucha razón, Selena. Dice aquí que también fue a comer con algunas de las otras participantes… Eso debió de estar bien.

¿Cómo sabía eso? —Sí, fue muy agradable conocer a gente nueva. Gente que tiene las mismas dificultades que yo.

—Dice aquí que también conoce a Stephanie Crawford.

Llevaba años en terapia, así que sabía que esta conversación era muy extraña. ¿Cómo sabía él que yo conocía a Stephanie? ¿Y quién había anotado en mi expediente que había ido a comer con Reba, Candice y Deirdre? —Sí. Stephanie es una compañera de trabajo.

Una de las mujeres de esa comida debía de haber informado a alguien al respecto. ¿Quién? Obviamente, no Deirdre. ¿Pero fue Reba o Candice? El doctor Teeling dijo:

—He oído que Stephanie no está muy bien, pero que ha salido de la operación y se espera que se recupere.

—Sí, son buenas noticias.

—¿Tienen los médicos alguna idea de la causa de sus problemas?

No me esperaba que me preguntara por Stephanie ni por mi comida con aquellas mujeres. Pensando con rapidez, dije:

—Alguien en la oficina dijo que creían que tenía una afección cardíaca que no conocía. Genética, creo.

—Me alegro de que llegaran a tiempo.

Este tío es superraro. —Yo también.

—Con la terapia de grupo, ¿cree que necesita también terapia individual?

—Sí, creo que sería de gran ayuda. Mi antiguo terapeuta era bueno ayudándome cuando estaba algo atascada. Ya sabe, cuando estaba a punto de recaer.

—Comprendo.

—Y a veces —continué—, siento que estoy perdiendo el control. ¿Sabe? El nuevo trabajo, los nuevos amigos y la nueva clínica me tienen un poco desequilibrada. Tengo miedo de tener un atracón y ganar peso. Es muy difícil perder los kilos una vez que los he acumulado. ¿Cómo ayuda la clínica con la pérdida de peso después de un desliz?

—Bueno, creemos que la terapia cognitivo-conductual puede ser bastante eficaz. Como nosotros, hablando ahora mismo. Podríamos hablar sobre lo que más le preocupa y determinar algunas estrategias de afrontamiento.

—Eso suena genial.

—Volviendo a lo que decía antes sobre sentirse ansiosa por empezar un nuevo trabajo. ¿Quiere hablar más de eso? —preguntó el doctor Teeling.

No. —Acabo de empezar mi nuevo trabajo, el primero desde la universidad, y siento que quizá todo el mundo sabe más que yo, ¿sabe? Estoy en lo más bajo del escalafón y me preocupa que quizá nunca sea tan buena como los demás.

—¿Hay otras áreas de su vida en las que también sienta que nunca estará a la altura?

Puede ser. —Sí, tiendo a compararme con otras personas, sobre todo con mi aspecto. Odio estar más gorda que los demás. Me hace pensar que tengo menos control. Antes de que Stephanie se desmayara, me dijo que usted tenía unas vitaminas especiales que podrían ayudarme en caso de que recayera. ¿Es algo que tenga, por si las necesito?

El doctor Teeling se quitó las gafas y se pasó los dedos por el pelo plateado. Era un gesto extraño para un terapeuta. Para mí, significaba que tenía que pensárselo demasiado. O tenía algo que

darme o no lo tenía. Si lo que estaba haciendo era legal, no sería algo que necesitara meditar, ¿verdad? Volvió a centrarse en mí y dijo:

—Recomendamos que todos nuestros pacientes tomen un complejo multivitamínico para asegurarse de que reciben todos los nutrientes que necesitan. A eso debía de referirse Stephanie.

Interesante. ¿No se creía mi historia? ¿Por qué no me daba las pastillas? —Ah, debe de ser eso. Supongo que pensé que quizá había algo más, pero ¿lo que dice es que solo recomienda un complejo multivitamínico normal que puedo comprar en el supermercado?

—Exacto. Ahora, como ha mencionado la recepcionista, esto es solo la consulta para ver si usted y yo congeniamos. Podría derivarla a otro médico si no lo cree así. Mi agenda está bastante llena, pero podría empezar las sesiones individuales dentro de dos semanas a partir de mañana mismo. ¿Le parece bien? Mientras tanto, puede asistir a tantas sesiones de grupo como desee. Las ofrecemos varios días a la semana.

Asentí. —Me parece bien. —*¿No tendré acceso a él hasta dentro de dos semanas?*

—Si tiene cualquier otra pregunta, no dude en preguntarle a Freida. Y hay otra sesión de grupo que empieza en unos veinte minutos, si quiere asistir.

—Gracias, doctor Teeling.

Alias doctor Fraude.

Al salir de su despacho, tuve la sensación de que el doctor no se fiaba de mí en absoluto, y por eso me había dicho que solo recomendaba complejos multivitamínicos a sus pacientes. Si estaba distribuyendo las pastillas mortales, no las repartía a diestro y siniestro. Necesitaba hablar con Jake, el hombre del camión al que había seguido.

Me dirigí a la sala de terapia de grupo con la esperanza de volver a verlo. Al entrar en la sala, allí estaba, en el rincón con Reba otra vez. ¿Era Reba la soplona, la que daba información sobre todos los nuevos pacientes para ver si eran lo bastante fiables como para

recibir las pastillas? ¿Era por eso por lo que congeniaba tanto con Jake?

Saludé con la mano al entrar, intentando ser lo más amable posible. —Hola, Reba. ¿Qué tal estás?

Dejó de hablar con Jake y se acercó. —Genial. ¿Y tú?

—Poco a poco. —Miré a Jake, que me observaba con atención. Luego, miré a Reba—. ¿Quién es? —pregunté en tono coqueto. Jake no era un hombre horrible, pero desde luego no era mi tipo. No me gustaban los criminales babosos ni los traficantes de drogas.

Reba dijo: —Este es Jake. ¿Todavía no os conocéis?

—No. —Extendí la mano—. Hola, soy Selena, encantada de conocerte.

Él me agarró la mano y me la estrechó suavemente mientras me acariciaba la palma con el dedo índice. *Qué asco.* —Encantado de conocerla, Selena.

Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco. Retiré la mano y comprobé que no estuviera cubierta de babas, moho o lo que fuera que rezumaba este tipo. —He oído que Jake es el que sabe cómo conseguir cosas.

Se inmutó ante la sugerencia. Pero luego relajó el cuerpo. —Sin duda puedo conseguirle lo que quiera. Reúnase conmigo después de la sesión. Fuera, en el aparcamiento. Tengo que hacer un recado. Puede venir conmigo.

—De acuerdo —dije con una sonrisa coqueta.

Lo vi salir de la habitación con cierto aire de chulería. *Puaj.* Volví a centrarme en Reba. —Parece simpático.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Reba.

—¿Saber el qué?

Reba dijo: —Que Jake puede conseguir cosas.

—Ah, eso. Solo lo suponía. O lo esperaba. No se lo digas a nadie, ¿vale?

Reba entrecerró los ojos. —¿Suponías? Debes de saber algo.

—Stephanie me dijo que había unas vitaminas muy buenas y, antes de desmayarse, me dijo que aquí había alguien que me las conseguiría. El doctor Teeling no parecía querer darme ninguna, así que supuse que era Jake.

Reba me miró de arriba abajo. —Vale.

No sabía si se lo había tragado, pero al menos tenía una cita con Jake. Quizá él me llevaría a las drogas y, si tenía suerte, a su proveedor.

Después de la sesión, me levanté, secándome una lágrima. Esta semana, compartí una historia —una historia falsa— y la interpreté de maravilla. Con lágrimas y todo. Cuando me levantaba para irme, Deirdre me dio un golpecito en el hombro. —Oye, Selena, ¿puedo hablar contigo un segundo? —Su tono era alegre y no el de una agente secreta de la DEA.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ella bajó la voz. —Los federales me han contado tu conversación. No te reúnas con Jake. No creo que sea seguro.

¿Le habían enviado un mensaje? ¿Cómo lo sabía? —¿Por qué no?

—Tenemos que vincular a Teeling y a Jake con las drogas. No solo a Jake.

—Pero si grabamos a Jake dándome las drogas, estaremos un paso más cerca. A lo mejor delata a Teeling. Estaré bien.

La preocupación se extendió por su rostro. —Está bien. Os seguiremos de cerca. Que conste que no creo que sea buena idea, pero te cubrimos las espaldas.

—Sí. Un café con leche suena genial —dije, más alto de lo que estaba hablando antes para que pareciera que teníamos una conversación normal y no que planeábamos una operación encubierta. Con la adrenalina a tope, salí al aparcamiento, lista para pillar a esos tipos.

27

—•—

SELENA

Con los hombros hacia atrás y la cabeza bien alta, salí pavoneándome hacia el aparcamiento. Enseguida vi a Jake apoyado en su camioneta. Había llegado la hora de usar mis armas de mujer. Era casi como si mi trampa de seducción consistiera en usar su propio juego en su contra. Los hombres que decidieron que las mujeres debían ser guapas, delgadas, altas y tener un aspecto determinado eran demasiado estúpidos para darse cuenta de que esa misma fachada podía acabar convirtiéndose en un arma en su contra. Era como si hubiesen creado su propio monstruo. *Hombres.* Me acerqué con una amplia sonrisa.

—Hola, Jake.

Me devolvió una sonrisa maliciosa.

—Hola. Podemos ir en mi camioneta.

Qué asco.

—Me encanta la idea de dar una vuelta —*Doble asco.* Eso fue un poco asqueroso hasta para mí.

Me abrió la puerta y yo arrullé:

—Qué caballero.

Entré de un salto y me abroché el cinturón de seguridad. La camioneta estaba sucia, con basura por el suelo. Era un completo

guarro. Él entró y la arrancó. Lo miré y le pregunté:

—¿Adónde vamos?

—Solo a hacer un recado.

—¿Un recado del trabajo?

—No te preocupes. Te conseguiré lo que quieres.

—Genial. Y dime, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en la clínica?

Sin mirarme, respondió:

—Unos cuantos años.

¿Se puede ser más vago?

—¿Te llevas bien con el doctor Teeling? Yo lo acabo de conocer hoy.

Jake sonrió con suficiencia.

—Es un pringado.

No me esperaba eso.

—No te cae bien, ¿eh?

—Sí, es un elemento de cuidado, pero hará lo que yo le pida. No te preocupes, si te da algún problema, solo tienes que decírmelo.

¿Nos habíamos equivocado sobre quién estaba al mando?

—Recibe órdenes de ti. ¿Cómo funciona eso?

—Sé algunas cosas sobre el doctor y ahora hace lo que le pedimos.

¿Pedimos?

—Ah, pero no es un salido ni nada de eso, ¿verdad?

—Nada de eso. Pero si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—Genial —Aunque Teeling ejerciera la medicina sin licencia, quizá no era el cerebro detrás de las pastillas, después de todo. ¿Quizá por eso no me las ofreció?—. Me alegro mucho de que puedas ayudarme. Solo necesito alcanzar mi peso ideal, y no me falta mucho. Solo otros cuatro kilos y medio.

Me miró de reojo.

—Vosotras, las chicas, y vuestras dietas. Desde mi punto de vista, estás perfecta. A mí, desde luego, me encantaría probarte.

Qué asco.

—Eres un encanto.

Se metió en un barrio residencial que no conocía y aparcó delante de una casa de color azul claro con tejas de terracota.

—Espera aquí. Vuelvo enseguida.

—Vale.

Me quedé quieta mientras lo veía bajar de un salto de la camioneta y correr hacia la puerta principal. Se sacó las llaves del bolsillo, abrió y entró, cerrando la puerta tras de sí. No me pareció prudente salir e intentar ver qué pasaba dentro. No sabía si tardaría un minuto o treinta. Aunque me habría encantado hacerme una idea de lo que pasaba ahí dentro, no merecía la pena arriesgarse. Eché un vistazo a la placa de la calle y dije:

—Estoy en el número 7134 de Bronson Street.

Tamborileando con los dedos en el asiento, pensé que, en cierto modo, me gustaba esta operación con micrófonos. Todo se estaba grabando, así que necesitaba conseguir que hablara más sobre el tema. Pensé que se sinceraría si le doraba un poco la píldora.

La puerta se abrió y Jake salió a toda prisa con una bolsa de papel marrón en las manos. Cerró con llave y corrió hacia la camioneta, subiendo con bastante rapidez y cerrando la puerta de un portazo. Se giró hacia mí.

—Vale, tengo las vitaminas. ¿Cuántas necesitas?

—Bueno, necesito perder unos cuatro kilos y medio. Creo que Stephanie dijo que probablemente necesitaría para un mes, más o menos.

Sacó dos bolsitas de plástico del saco: una con cápsulas y la otra con comprimidos. Me las entregó.

—Toma.

Sonreí y las metí en mi mochila.

—Entonces, ¿conoces a Stephanie? ¿Cómo está? —preguntó.

—Está bien. De hecho, está en el hospital.

—Sí, he oído algo. Vaya faena.

—Oye, estas vitaminas… ¿sabes lo que llevan? —pregunté con la mayor inocencia posible.

—Solo unas cuantas cosas… Es perfectamente legal… más o menos —dijo con una risa.

—Ah, sí, ¿de dónde las sacáis? ¿Son de China? —pregunté.

—No, las hacemos aquí mismo, en la zona de la Bahía. No aquí. No en esta casa, pero tengo unos amigos que las hacen. No te

preocupes, es totalmente seguro. Solo que, ya sabes, no se lo digas a nadie porque si te lo dijera tendría que matarte. —Se rio de su propio chiste.

Suponiendo que fuera un chiste. Esperaba que fuera un chiste.

—No te preocupes, no diré ni una palabra más sobre esto.

—Así me gusta. —Se lamió los labios.

Qué asco.

—La verdad, ya que estamos tú y yo solos… ¿puedo hacerte una confesión? —pregunté.

—Soy todo oídos, nena.

—Tengo debilidad por los traficantes. Sé que es raro, pero el riesgo y el secretismo me ponen.

—Ah, ¿en serio? —preguntó con escepticismo.

Puse un puchero y dije:

—Sí. Por ejemplo, ¿me dejarías ver dónde las cocina tu amigo? Te estaría muy agradecida.

—Me apunto a un pequeño toma y daca. Tú me enseñas lo tuyo y yo te enseño lo mío.

Esbocé una sonrisa tímida.

—Me da a mí que es más bien al revés. Tú me enseñas lo tuyo y yo te enseño lo mío.

Sus ojos se oscurecieron.

—O simplemente cogeré lo que quiero.

Estaba claro que su coqueteo había terminado y que estaba a punto de intentar coger algo que no iba a conseguir.

—Me gustaría irme ya. Gracias por las pastillas, nos vemos en la clínica.

—No, cariño, nada es gratis. Te he dado las pastillas. Ahora tú me das lo que quiero.

—¿Que es…?

—Quiero un poco de ese cuerpecito tan dulce que tienes.

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Tengo dinero. Te pagaré por ellas. ¿Cuánto es?

—¿Qué eres, una calientapollas?

—Oye, solo estoy consiguiendo lo que quiero. Te daré algo de dinero por las pastillas. No soy la clase de persona que se sube a la

camioneta de un desconocido a enrollarse.

—Oh, creo que eres exactamente esa clase de chica. Veo los tatuajes y los piercings. Eres exactamente esa clase de chica.

Ahí estaban de nuevo los estereotipos para volverse en su contra. Movió la mano hacia mi muslo y supe que tenía que salir de allí.

—Me gustaría irme ya.

—No tan rápido. —Me agarró de la otra cadera mientras yo buscaba a tientas la puerta, intentando escapar. Le di un codazo en la mandíbula y salió despedido hacia atrás, pero se recuperó rápidamente. Levanté la bota y le di una patada en el pecho. Me agarró del tobillo y empezó a tirar de mí hacia abajo, de espaldas sobre el asiento. Me sujetó y me rodeó el cuello con la mano mientras yo pataleaba y arañaba. Era fuerte, mucho más fuerte de lo que había esperado.

Saqué mi porra extensible del bolsillo delantero de la mochila. El espacio en la camioneta era reducido y no estaba segura de poder extenderla por completo. La abrí hasta la mitad y le di un golpe en el lateral de la cabeza, quitándomelo de encima. Luego volví a darle una patada en el pecho, tiré de la manilla y abrí la puerta. Escabulléndome de él, agarré la correa de la mochila, salí disparada de la camioneta… y eché a correr.

28

—•—

STEPHANIE

25 AÑOS

Sentada en mi escritorio, la falda se me clavaba en la barriga como un cuchillo. Me habría puesto otra cosa, pero todo lo demás me quedaba igual de apretado. Era evidente que había cogido peso, y la báscula me lo confirmó. ¿Cuándo conseguiría controlar esto? Tenía veinticinco años y de verdad pensaba que a estas alturas ya lo tendría solucionado. Era como si hubiera estado en una montaña rusa interminable de subidas y bajadas, subidas y bajadas. Últimamente había estado leyendo en internet sobre la positividad corporal y que debería querer mi cuerpo tal y como era. En teoría sonaba genial, pero la realidad era muy distinta.

Claro, todos tenemos formas y tallas diferentes, y eso estaba bien. En la variedad está el gusto. Y cuando veía a mujeres que no eran un palo, no las juzgaba. Sinceramente, cuando veía a una persona más grande, sentía lástima por ella. Sabía que probablemente estaba luchando con su cuerpo como yo llevaba haciendo desde que tengo memoria. Sabía lo que era desear estar en otro cuerpo. Sabía que había gente de todas las tallas que se quería. ¿Por qué yo no podía?

Intenté preocuparme menos por el peso y no contar cada caloría. Lo único que conseguí fue ponerme como un globo. La ropa se me

había quedado pequeña y me sentía fatal conmigo misma. ¿Cómo se suponía que iba a querer mi cuerpo si lo había odiado la mayor parte de mi vida?

Una parte de mí quería rendirse, abandonar la lucha. Quizá era incapaz de estar delgada. Había leído libros de dietas, desde la hiperproteica a la alta en grasas, la vegana o la South Beach, y me había apuntado a Weight Watchers el año anterior, solo para recuperar hasta el último kilo, y alguno más. Sentía que había hecho todo lo que se podía hacer y, aun así, ahí estaba yo, sentada con una ropa que era como una cárcel de la que no podía escapar.

¿Quizá tenía un problema de tiroides? Estaba claro que algo no iba bien en mí. ¿O es que era demasiado débil? ¿Por qué no podía controlar lo que comía? Después de un mal día, iba a la despensa y me comía todo lo que pillaba. Era como si otra persona tomara el control y yo no tuviera poder alguno sobre lo que me metía en la boca. Era como si un monstruo hambriento viviera dentro de mí y yo no pudiera luchar contra él hasta haber consumido todo lo que había en mi casa.

Incluso cuando me aseguraba de que no hubiera galletas, crackers, hidratos, helado, básicamente nada bueno en casa para cuando ese monstruo resurgiera, o bien pedía una pizza o iba a la tienda y me abastecía. Todo para alimentar al monstruo. Mente sobre materia. Tenía que centrarme en el trabajo y no en la comida.

Volviendo a centrarme en mi bandeja de entrada, leí la nueva información sobre las orientaciones para empleados que había que programar y los paquetes de beneficios que había que preparar. Sin problema. Al pasar al siguiente mensaje, el asunto me hizo detenerme. Era esa época del año. El reto anual de pérdida de peso en el trabajo. En años anteriores había pasado de la competición, demasiado asustada como para subirme a una báscula delante de un compañero. No creía que pudiera soportar la humillación. Estaba a punto de borrar el correo cuando Karen apareció en mi cubículo.

—¡Hola, tía!

—Hola. ¿Cómo va?

—Bien. ¿Has visto el correo sobre el reto de pérdida de peso?

Asentí.

—Lo acabo de ver. —Karen era una de mis mejores amigas de la oficina. Siempre estaba dispuesta a tomar algo después del trabajo y a alargar la comida de vez en cuando. Era agradable tener una buena amiga en la oficina, y tenía suerte de tener compañeros de más o menos la misma edad a los que les gustaba hacer las mismas cosas, como viajar, ver películas y salir a bailar.

—Pues estoy pensando en apuntarme, y creo que podemos ganar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de que te dije que iba a una clínica nueva? —preguntó Karen.

—Claro.

Karen dio un paso atrás y giró sobre sí misma.

—Llevo tres semanas tomando las vitaminas que me recetó. He perdido nueve kilos.

Me quedé boquiabierta mientras la observaba. Parecía más delgada.

—¿En serio?

Karen dijo:

—Sí, de hecho, Jake, un enfermero de la clínica, me las consiguió. Son la leche. Te lo digo, si consigues las vitaminas, perderás peso más rápido que nadie y ganarás. Es un plan sin fisuras. Estarás estupenda y te llevarás el dinero del premio. Venga, anímate.

—¿Cómo se llama el médico?

—Está en la Clínica Teeling. Ve a la sesión de grupo para el trastorno por atracón y pregunta por Jake. Ya te daré todos los detalles. Confía en mí, te encantarán los resultados.

Sonaba demasiado bueno para ser verdad.

—¿Y eso es seguro y legal?

Karen se encogió de hombros.

—Oye, quien algo quiere, algo le cuesta, ¿no?

Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Quien algo quiere, algo le cuesta.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí esperanzada. Quizá lo único que necesitaba eran unas pocas vitaminas.

29

—•—

SELENA

Corriendo a toda velocidad por la calle, giré bruscamente a la izquierda y seguí corriendo por el barrio lleno de casas antiguas y céspedes marrones. No sabía dónde habían aparcado la furgoneta los federales para escuchar, pero había supuesto que estaría cerca. Efectivamente, la furgoneta blanca con el logo de una empresa de fontanería en el lateral estaba aparcada delante de la segunda casa. La puerta se abrió de golpe y corrí hacia ella. Tras echar un rápido vistazo dentro, me subí. Mundy cerró la puerta corredera.

Sentada en el suelo de la furgoneta, mi pecho subía y bajaba con agitación por la carrera y la pelea. No había previsto que Jake me atacara, pero había escapado, y eso era lo único que importaba. Era un capullo. Confirmado. Estaba deseando que Mundy y Deirdre le pusieran las esposas.

El conductor arrancó la furgoneta y salió pitando del barrio. Nadie habló hasta que estuvimos en la autopista.

—¿Está bien? —preguntó Deirdre.

Mi respiración se había calmado y dije con seguridad:

—Estoy bien. Créame, he lidiado con tipos peores que ese.

—Bueno, hemos conseguido una buena grabación. Si eso sirve de algo.

Asentí.

—Sirve. ¿Qué opina del hecho de que Jake diga que es él quien mueve los hilos de Teeling, y no al revés?

—Hicimos una investigación a fondo sobre… —Deirdre hizo una pausa e intercambió una mirada con el agente Mundy.

Les eché una mano y dije:

—Sé que su verdadero nombre es Douglas Potter.

—¿En serio? ¿Cómo? —preguntó Deirdre.

—Comprobé su matrícula e investigué un poco más a fondo.

Deirdre dijo:

—Vale, bueno, también investigamos a Potter, y parecía tener algunos problemas económicos después de que le retiraran la licencia médica. Quizá sea eso lo que tienen contra él. Eso y el hecho de que ejerce la medicina sin licencia.

Añadí:

—Si Potter no es la persona al mando, ¿quién lo es? No sospecho que Jake sea el jefe de la operación. No parece lo bastante listo, si sabe a lo que me refiero.

Mundy dijo:

—Por lo que he visto, estoy de acuerdo. No sabemos quién es el jefe, pero estamos seguros de que hay más gente implicada. La casa blanca, donde la conocí la primera vez, es donde fabrican las drogas.

Mirando fijamente al agente Mundy, dije:

—Eso es lo que sospechaba. El gran garaje tipo granero sería perfecto para cocinar algunas drogas.

Mundy asintió.

—Exacto. Tenemos fotos de vigilancia y hemos echado un buen vistazo. Estamos bastante seguros de que esa es la operación y esperamos averiguar quién es el jefe. Sospecho que Jake es un don nadie, que solo sigue órdenes.

—¿Cómo de grande es la operación de narcotráfico? ¿Creen que se limita al área de la Bahía o que es mucho más grande? —Después de lo que había averiguado, tenía mis sospechas de que era mucho más grande. No enviarían al FBI y a la DEA por una operación menor y un médico desacreditado. ¿O sí?

El agente Mundy dijo:

—Creemos que también está fuera de California.

—¿Cómo de extensa creen que es la operación? —pregunté.

—Creemos que operan en al menos tres estados: California, Oregón y Nevada. Hasta ahora, no nos hemos acercado a la cúpula.

—¿Creen que la clave está aquí en California? —pregunté.

Deirdre dijo:

—Eso es lo que sospecho.

—¿Por qué?

—Porque aquí es donde se fabrican las drogas, y creemos que las distribuyen desde California tanto a Oregón como a Nevada. Llevamos unas semanas siguiendo a Jake pensando que era él quien recogía las pastillas, pero esta es la primera vez que va al lugar donde recogió las drogas para usted.

—Interesante. Probablemente haya otros pisos francos en el área de la Bahía.

—Eso creemos.

Era una operación enorme. ¿Debería estar menos emocionada por formar parte de ella? Era genial. Si podía ayudar a acabar con un capo de la droga, sería increíble. A pesar de mi emoción, intenté parecer estoica y no una novata entusiasmada. Aunque lo era.

—¿Cree que lo he hecho bien ahí dentro?

Mundy dijo:

—Lo ha hecho bien. Ha conseguido sacarle buena información. Y ha demostrado que sabe defenderse. Ojalá hubiera podido ver la cara que puso Jake cuando se defendió.

—Sucedió tan rápido… pero sí recuerdo haber visto un atisbo de sorpresa en sus ojillos de rata.

—Me lo imagino —rio Deirdre.

—¿Y ahora qué? Quiero decir, ¿debería volver a la clínica después de haberle dado una paliza a Jake? ¿Parecerá más raro si no vuelvo?

Mundy dijo:

—Es una buena observación. Quizá debería esperar uno o dos días antes de volver a la clínica mientras aclaramos esto. Deirdre entrará para tantear el terreno y vigilar a Jake para ver si vuelve al trabajo.

Dije:

—Me parece un buen plan.

—Daremos una vuelta por el aparcamiento en busca de la camioneta de Jake; si está despejado, la dejaremos en su coche.

Asentí, de acuerdo con el plan. Molaba sentirse parte del equipo.

Entramos en el aparcamiento de la Clínica Teeling. Tal y como estaba planeado, el conductor recorrió cada pasillo mientras el técnico me quitaba los micrófonos. Me gustaba un poco este trabajo de infiltrada, llevar micrófonos y trabajar con los federales. ¿Quizá un trabajo en las fuerzas del orden no estaba del todo descartado después de todo? Siempre podía ser detective privada unos años y luego entrar en un cuerpo de seguridad. Teniendo en cuenta que me faltaban tres meses para cumplir los veintidós, tenía tiempo para decidirlo.

El aparcamiento estaba despejado y me dejaron delante de mi coche. Tras bajar de la furgoneta, eché un vistazo al aparcamiento para asegurarme de que nadie me vigilaba. No había nadie a la vista. Me subí a mi coche y volví a la oficina. Había sido un buen día.

Sentada tras mi escritorio, leí los pocos correos electrónicos que tenía y me di cuenta de que probablemente debería poner a Vicki al día. ¿Qué podía decir? ¿Que seguía recopilando información? Sí, eso era lo que le diría hasta que todo se resolviera. No podía violar la confidencialidad del FBI y la DEA. Sin mencionar que sería una estupidez hacerlo. Cogí el teléfono y llamé a Vicki.

Contestó enseguida.

—Hola, Selena.

—Hola, Vicki. ¿Cómo está Stephanie?

—El médico dice que está estable. Ha estado entrando y saliendo de la consciencia. Está bastante ida con toda la medicación que le están dando. El médico dijo que tiene esperanzas. Saber qué drogas

estaba tomando fue crucial para que pudieran evaluar su futuro tratamiento y a qué señales estar atentos en el futuro.

—Me alegro de oír eso.

—¿Cómo va el caso? ¿Algún avance? ¿Están más cerca de desenmascarar a las personas que le dieron las drogas a Stephanie?

—No estoy segura de eso. Sigo recopilando información. Nada concreto todavía. Le avisaré cuando tenga algo definitivo y cuando podamos llevarlo a la policía. —Mentir a los clientes, eso era nuevo.

—Fantástico. Aprecio todo el trabajo que ha hecho. Estoy segura de que Stephanie también lo hará en cuanto se despierte. Cuando esté lo bastante bien como para recibir visitas, me encantaría que fuera a hablar con ella. ¿Sería algo que podría hacer?

Dije:

—Por supuesto. —En parte, sentía que conocía a Stephanie por sus diarios, pero tenía la sensación de que había mucho más en ella que sus problemas con su cuerpo.

—Gracias.

—De nada. Dele recuerdos al resto de su familia.

—Lo haré.

Terminada mi única comunicación con clientes del día, estaba lista para dar por terminada la jornada. Hmm. Quizá a Dee le apetecieran tacos y margaritas. Eso podría estar bien. No bebía a menudo, pero hoy había sido un día emocionante y me apetecía celebrarlo. Con el historial de alcoholismo de mis padres, normalmente me mantenía alejada de esas cosas. Pero en mis nueve meses de tener veintiún años, y gracias a mi terapeuta, había aprendido que no pasaba nada por tomar un sorbo de vez en cuando. Sabía que debía parar si me sentía tentada a tomar más. Todo con moderación, ¿no? Además, Dee era divertidísima cuando se tomaba unos cuantos margaritas. Normalmente era una persona bastante seria, pero sabía perfectamente cómo soltarse la melena y divertirse.

Sentía que me vendría bien un poco de esa diversión. Cogí el teléfono, me desplacé hasta mis favoritos y llamé a Dee. No contestó. Vaya. Le dejé un mensaje.

—Hola, Dee. Quería saber si te apetece cenar esta noche. ¿Quizá unos tacos? Voy de camino a casa. Llámame.

Con suerte, me contestaría pronto. Estudiando mi atuendo, evalué que estaba un poco perjudicado. Un cambio de vestuario era necesario. Un conjunto nuevo, algo de brillo de labios y un peine por el pelo, y estaría lista para salir. Mi ordenador se apagó. Apagué las luces y salí al aparcamiento.

Estaba oscuro y un frío agudo calaba el aire. Envolviéndome más en el abrigo, me apresuré a cruzar el aparcamiento. El sonido de unos neumáticos chirriando me puso en alerta. Me giré para ver de dónde venía el conductor temerario, pero antes de que me diera cuenta, una furgoneta oscura se acercó, la puerta se abrió de golpe y un hombre con una máscara me agarró por la cintura, me tapó la boca y me metió en ella. Pataleé y me revolví hasta que sentí un pinchazo agudo en el cuello. Mi cuerpo se relajó y todo se volvió oscuro.

30

—•—

SELENA

Me martilleaba la cabeza como si me la hubieran metido en un tornillo de banco. Alcé la cabeza y estudié lo que me rodeaba. La habitación estaba a oscuras y no oía más ruido que el viento de fuera. No sabía por qué me habían llevado a aquel lugar ni quién me había traído, pero sabía que no era bueno. Era malo. Terrible. Estar atada a una silla en una habitación oscura por unos captores desconocidos no era precisamente mi idea de pasarlo bien.

Mis últimos recuerdos antes de despertarme en aquel espacio oscuro se repitieron en mi mente. Un chirrido. Una figura enmascarada. Oscuridad. Y ahora más oscuridad. ¿Dónde estaba? Me removí para tantear la silla a la que me habían atado con una gruesa cuerda que me rozaba las muñecas y los tobillos.

La puerta se abrió con un crujido y alguien le dio a un interruptor; la luz inundó la habitación y me quemó los ojos. Tras acostumbrarme a la luz, entró un hombre corpulento con la cabeza calva y una pistola en la cadera. Jake, con un ojo morado y arañazos en el cuello, lo seguía.

—Ya está despierta —dijo el calvo.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me tiene aquí?

—Creo que la pregunta más acuciante es ¿qué asuntos se trae usted con mi socio? —preguntó el Calvo.

Jake no parecía nada contento de verme. El ceño fruncido y el odio en sus ojos no le sentaban nada bien.

—No sé de qué me habla.

—Ah, ¿de verdad? —preguntó el Calvo.

—De verdad —dije, con bastante sarcasmo. Probablemente más del que debería haber mostrado una persona en mi situación. Al mirar a mi alrededor, vi que el espacio era pequeño, más o menos del tamaño de mi despacho. Una ventana cubierta con una cortina oscura. Una mesita y unas sillas en un rincón. La atracción principal —yo— estaba en el centro de la habitación.

—Mi socio me ha dicho que una niñita le dio una paliza y me robó la droga.

Jake se adelantó. —No me dio una paliza, pero robó la droga.

Jake se movía más despacio que antes. Le había dado una buena patada con las botas. No me extrañaría que tuviera las costillas magulladas, quizá incluso una o dos fisuras.

El Calvo continuó: —No nos andemos con rodeos. Usted ha robado algo que me pertenece. La hemos traído aquí porque no tolero ese tipo de cosas por esta zona, pero cuando Jake me contó lo fácil que se escapó, me interesé por saber más de usted. Jake me dijo que se llamaba Selena Jones, originaria de Los Ángeles. Imagínese nuestra sorpresa cuando la buscamos y la seguimos hasta su despacho y descubrimos que no es Selena Jones en absoluto, sino una tal Selena Bailey, investigadora privada.

Esto no es bueno. —No me gusta usar mi nombre real en terapia. Prefiero mantener separadas mi vida profesional y mi vida personal. —¿Resultaba creíble?

—¿Ah, sí? ¿O es que está usted de incógnito en la Clínica Teeling? —preguntó el Calvo, con bastante perspicacia.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. Por eso he preguntado. Por eso está usted aquí.

No sabía cuánto duraría este interrogatorio, pero no me gustaba. Dije: —Sabe, podría habérmelo preguntado sin más. No había necesidad de secuestrarme y tenerme de rehén.

—Hace que parezcamos unos criminales —dijo el Calvo, con un brillo en los ojos.

—Vale, ya sé quién es Jake. ¿Quién es usted? ¿Su jefe?

—Lo soy.

—Bueno, pues prefiero hablar con usted que con un camello de poca monta como Jake.

Jake se abalanzó sobre mí, pero el calvo le puso el brazo delante para detenerlo. —Cálmese, Jake. Solo es una niñita.

Puse los ojos en blanco. Era de los que juzgan un libro por la cubierta.

—Señorita Bailey, hice que mis hombres investigaran un poco, y resulta que no solo es usted investigadora privada, sino que además tiene fama de meterse donde no la llaman.

No se equivocaba del *todo*. —¿Era una pregunta? —dije.

—Me ha entrado la curiosidad. Jake me dijo que usted preguntaba por dónde se fabricaba la droga. Que era una especie de groupie de los traficantes. Al verla, supongo que eso no es verdad. Si combinamos eso con su profesión y su historial de husmear en lugares donde no debería, me inclino a pensar que trabaja para alguien. Y me gustaría saber para quién.

Tampoco hacía falta ser un genio para darse cuenta. Como permanecí en silencio, volvió a preguntar: —¿Para quién trabaja?

—Usted no ha respondido a mi pregunta. Es justo que, si quiere que yo responda a la suya, usted responda a la mía. ¿Quién es? ¿Cuál es su nombre? —exigí.

El Calvo cogió una silla del rincón, la colocó justo delante de mí y se sentó. Me miró fijamente con sus ojos oscuros. —No creo que esté en posición de exigir nada. Pero ya que lo pregunta, llámeme «el Jefe». Mi nombre de pila no es importante. Al fin y al cabo, no creo que vayamos a estar mucho tiempo el uno en compañía del otro. Acabemos con esto, ¿quiere? ¿Para quién trabaja?

—Como usted ha dicho, solo soy una niñita que va a una clínica para adelgazar. Oí que en Teeling's podía conseguir unas drogas para ayudarme. Resulta que también soy investigadora privada.

En un instante, su mano me dio un tortazo en la cabeza. Se me nubló la vista y me ardió la piel. Cerré los ojos y los volví a abrir para

enfocar al hombre nada amable que estaba sentado frente a mí. Dijo: —Intentémoslo de nuevo. ¿Para quién trabaja?

No había preparado una historia por si me secuestraban, me tomaban como rehén y luego me interrogaban. No quería delatar a Stephanie ni dar ninguna información real, pero tenía que pensar rápido en algo creíble. Relajando el rostro para parecer derrotada, dije: —Trabajo para mí. Recibí información de que su operación estaba relacionada con la red de trata de personas con la que me topé en el pasado.

El Calvo se echó hacia atrás. —¿Quién le dijo eso?

Por supuesto, haría más preguntas. —Tengo una fuente.

Abrió mucho los ojos. —Diría que es hora de que revele a su fuente.

¿Quién? ¿Quién, en efecto? —Un tipo que conocí en la calle. Dijo que se llamaba Mikey. Traficaba con drogas para esa operación y dijo que se habían expandido a las drogas para adelgazar, y me indicó que fuera a Teeling's. Mikey dijo que todos formaban parte de la misma operación.

Eso tenía sentido, ¿no? Si sabía que yo había tenido mis más y mis menos con los traficantes, no era del todo descartable que siguiera tras ellos.

El Calvo se cruzó de brazos. —Sabe, Selena, parece usted una chica maja, pero por alguna razón, tengo la sensación de que no me está diciendo la verdad. Creo que está trabajando con alguien, pero no quiere decírmelo.

Vale, no es tonto del todo.

—Pues no lo estoy, y no me gusta que su chico de los recados de ahí me maltrate.

El Calvo dijo: —Yo tendría cuidado, señorita Bailey. No es tan estúpido como parece.

Al mirar a Jake, vi que obviamente no le había gustado el insulto, pero no se defendió. Quizá el Calvo tuviera razón. Jake había sido lo bastante listo como para intuir que había algo raro en mi historia y había hecho que me siguieran casi de inmediato.

Teniendo en cuenta que estaba atada y la rapidez con la que Jake alertó a su organización, mi única esperanza era que me rescataran.

No tenía mi coche con el dispositivo de seguimiento, pero sí debería tener mi móvil en alguna parte. Ellos —¿los federales?, ¿Martina?— podrían rastrear mi teléfono para encontrarme. Todo eso suponiendo que me estuvieran buscando. No tenía planes de quedar con nadie en los próximos días, pero había llamado a Dee y le había dejado un mensaje. Evaluando la habitación y a los dos hombres que tenía delante, esperaba que alguien me estuviera buscando. Si no, mi única oportunidad de liberarme era convenciéndolos con la labia. Dije: —Llevo buscando a los traficantes desde hace unos años. Recibí un soplo de que quizá esto era parte del grupo. Quizá mi información era incorrecta. ¿Lo era? ¿Forma parte de la organización de trata que mató a mi novio?

No se me había ocurrido que quizá sí formaban parte de la red de trata. Las drogas ilegales iban de la mano de esa operación.

—Eso son palabras mayores. Lo que tenemos aquí es muy diferente, y lo que tenemos montado aquí está pero que muy bien. No necesito que venga una niñita a intentar joderlo todo porque quiere jugar a ser Nancy Drew.

—Eso me ofende. Soy una persona de carne y hueso, no un personaje de un libro. Soy una investigadora privada con licencia. —Hice una pausa para reunir una pizca de confianza—. Pero, mire, le entiendo. No es parte de la red de trata y no quiere que husmee por ahí. De acuerdo. He terminado. Déjeme ir y haremos como que esto nunca ha pasado.

—Sabe, se hace la dura para estar atada a una silla. —El Calvo ladeó la cabeza—. Debería ser más cooperativa. Aún no estoy convencido de que me diga la verdad, pero sabe, creo que le daremos un poco más de tiempo para que lo piense. Quizá después de un descansito, se muestre más cooperativa.

¿Qué quería decir con eso? ¿Darme más drogas? Pero antes de que pudiera darle más vueltas a la idea, Jake se acercó por detrás, me rodeó el cuello con el brazo y apretó y apretó hasta que perdí el conocimiento.

—Hola, dormilona.

Mierda. Sigo aquí. La cabeza me martilleaba con tanta fuerza que pensé que iba a estallar como un globo demasiado inflado. Miré con rabia al calvo y a los dos hombres que lo acompañaban. ¿Más matones? El refuerzo adicional no era buena señal. ¿Estaban allí para matarme y descuartizar mi cuerpo? ¿Me encontraría alguien alguna vez?

—Espero que ahora esté más dispuesta a hablar, ya que ha descansado. Ahora, se lo preguntaré una vez más. ¿Para quién trabaja? —Negué con la cabeza y él dijo—: No. No. No. Selena, necesito que piense con mucho cuidado las próximas palabras que salgan de su boca. —Dicho esto, alzó su enorme pistola y me apretó el cañón contra la sien.

Era, básicamente, la posición en la que menos me gustaba estar. Me enderecé y me quedé helada. En ese momento me di cuenta de lo mucho que me temblaba el cuerpo y las náuseas me revolvieron el estómago. Mal asunto. ¿Tendría una conmoción cerebral?

—La última vez. ¿Para quién trabaja? —preguntó antes de amartillar el arma.

Con las lágrimas corriéndome por la cara, dije: —Vale, se lo contaré todo.

31

—•—

SELENA

Baldy bajó la pistola y retrocedió hacia donde estaban Jake y el otro tipo asqueroso. Enarcó las cejas oscuras.

—Hable.

—¿Puedo beber un poco de agua? —pregunté, con la esperanza de ganar algo de tiempo. No era tan ingenua como para pensar que no me matarían igualmente, o algo peor, aunque se lo contara todo. Ah, sí, había aprendido por las malas que había cosas peores que la muerte, y tenía la sensación de que, si iban a liquidarme, no sería con un tiro rápido en la cabeza. Quizá sí. No lo sabía a ciencia cierta, pero las probabilidades no me gustaban.

Baldy inclinó la cabeza hacia Jake.

—Ve a buscarle una botella de agua.

Quizá el calvo no era tan terrible. Mientras esperaba en silencio a que Jake volviera con el agua, capturé mentalmente imágenes de los hombres para grabarlas en mi memoria, de modo que, si salía de esta con vida, pudiera describírselos a un retratista.

¿Cuánto tiempo llevaba en la habitación? ¿Dónde estaba? ¿Me encontraba detrás de uno de los pisos francos? ¿Habría vecinos que me oirían si gritaba? ¿Y por qué no había venido nadie a buscarme? ¿Quizá no llevaba tanto tiempo allí? Lo único que sabía a ciencia

cierta en ese momento era que no me gustaba estar atada a una silla, no me gustaban aquellos narcotraficantes y necesitaba salir de allí lo más rápido humanamente posible.

Jake regresó con el agua.

Al menos había intentado prolongar lo que fuera a pasar a continuación. Se acercó a mí, desenroscó el tapón y me apretó la botella contra los labios. Incliné la cabeza hacia atrás para que parte del agua me entrara en la boca y no me goteara por la barbilla y la camisa.

—Ahora hable —ordenó Jake.

Me temblaba la voz.

—Vale, esta es la pura verdad —tragué saliva—. Hace una semana y media se puso en contacto conmigo una mujer llamada Vicki Crawford. Su hermana Stephanie se había desplomado en su apartamento. Vicki sospechaba que su hermana había estado tomando algún tipo de droga, o que le habían dado algo en la clínica Teeling que le provocó el colapso. Como parte de la investigación, registré el apartamento de Stephanie y encontré unas pastillas en frascos etiquetados como vitaminas A y C, y estaba claro que no eran ninguna de las dos cosas, así que las envié a un laboratorio para que las analizaran. También investigué un poco la clínica y los antecedentes del doctor Teeling, también conocido como Douglas Potter, un médico sin licencia de Florida. Mientras tanto, mientras se realizaban los análisis, me infiltré en la clínica como paciente para ver si podía conseguir las mismas drogas y verificar que procedían de allí. Vicki quería que destapara al médico para que pagara por lo que le pasó a Stephanie.

Espero que no me pida más detalles.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Baldy.

—El laboratorio dijo que las drogas eran Fen-Phen, fenfluramina y fentermina. Una de ellas es ilegal. Así que empecé a sospechar que tal vez había una operación de narcotráfico ilegal para suministrar las pastillas a la clínica, pero cuando por fin conseguí reunirme con el doctor Teeling —Douglas Potter—, no quiso darme ninguna pastilla. Había visto a Reba hablando con Jake en un corrillo, como si hablaran de algo secreto, así que me arriesgué e intenté conseguirle

las pastillas a Jake. Creo que ya sabe lo que pasó después. Me llevó a una casa e intentó agredirme sexualmente. Le di una paliza y eché a correr.

Baldy empezó a pasearse de un lado a otro.

—Interesante. Ha obtenido mucha información en poco tiempo.

—Soy investigadora privada.

—¿Cómo pensaba destapar a Teeling? —preguntó Baldy.

—La hermana de Stephanie quería asegurarse de que quienes le hicieron esto a su hermana pagaran por ello. Yo intentaba reunir pruebas para poder llevarlas a la policía.

—¿Y ha llevado la información a la policía? —preguntó.

—No, no he tenido las pruebas hasta hoy. No ha habido intercambio. Y ya no tengo las pruebas, puesto que me ha quitado usted la mochila y el móvil. De hecho, tenía ganas de salir con una amiga a tomar margaritas y tacos hasta que me ha secuestrado. Mire, le juro que eso es absolutamente todo.

El calvo dejó de pasearse. Miró a los otros dos hombres que estaban detrás de mí.

—Tiendo a creer su historia, pero tengo otra preocupación.

Malas noticias para mí.

—¿Cuáles son sus preocupaciones?

—Dice que esta investigación es tan inocente como un familiar que sospechaba que el doctor Teeling practicaba una medicina un tanto turbia. ¿Cómo sé que no irá a la policía y les contará todo lo que sabe?

—Bueno, en primer lugar, le daré mi palabra de que no llevaré esto a la policía. Le diré a Vicki que dejo el caso. Ya le he dado el nombre de las drogas que tomaba su hermana. Cerraré el expediente del caso.

—Ojalá pudiera creerla. Por lo que hemos averiguado, ha perseguido a traficantes de personas como un perro de presa. ¿Por qué íbamos a pensar que nos dejaría en paz sin más?

Reuní todo el valor que me quedaba y le dije:

—Ellos mataron a mi novio. Y no pude dejarlo pasar. No lo he dejado pasar. No lo dejaré pasar —quise darme una patada a mí misma mientras las lágrimas volvían a correr por mi cara—. Vicki y

Stephanie son solo clientas. No son mi novio y no son mi familia. Son solo clientas. Dejaré pasar esto.

Baldy se golpeó la frente con la pistola.

—Sabe, Selena, creo que casi la creo. Parece usted lista y capaz. Hasta me ha empezado a caer bien, por eso esto va a ser difícil.

Mis ojos se abrieron como platos. Nunca pensé que suplicaría por mi vida, pero esta era una situación en la que era la única opción, y de verdad que no quería morir. Entre nuevas lágrimas, dije:

—Por favor, no lo haga. Le prometo que lo dejaré pasar. Si ha investigado mi pasado, sabrá que si desaparezco, hay gente que lo buscará hasta encontrarme. Mi madrastra es la mejor en su campo. Es exmilitar y trabaja con exmiembros de las fuerzas especiales, y a ella y a mí nos tratan como si fuéramos de la familia. Irán a por usted.

Baldy esbozó una sonrisa.

—Ah, sí, su madrastra, Martina Monroe. He averiguado algunas cosas sobre ella y sé que trabaja en Drakos Monroe Security & Investigations. Por lo que he oído, son una empresa bastante legal. Lo que dice puede que sea cierto, pero ella no sabe qué le ha pasado ni dónde está. No hay nada que nos relacione con usted. Así que pueden buscar, pero no nos encontrarán. No solo eso, sino que podrían pensar que han sido los traficantes quienes la han cogido. Por desgracia, Selena, así es como tenemos que hacer las cosas, y lo lamento. En otras circunstancias, creo que usted y yo podríamos haber sido amigos.

Lo dudo. Ya tenía las muñecas en carne viva por la cuerda. No había forma de soltarme. Si pudiera volcar la silla, podría intentar salir de la habitación a rastras. No sabía de qué serviría, pero al menos no sería un blanco fácil. Sería un pato tumbado. ¿Era eso mejor? Podría darle un cabezazo a alguien. Pero eran tres. Escapar era una fantasía.

Con los ojos cerrados, dije:

—Bien, haga lo que tenga que hacer, pero hay notas en mi ordenador. Están respaldadas en la nube. La encontrarán.

Esa parte era casi toda verdad. Todas mis notas estaban en mi ordenador y todo estaba respaldado en la nube, así que, aunque

destruyeran mi ordenador, había pruebas digitales de toda la información que tenía sobre este caso, menos la parte del FBI y la DEA.

Baldy preguntó:

—¿Dónde guarda su ordenador?

—Está en mi despacho, pero como está respaldado en la nube, en realidad no importa. Si me mata, no tengo ninguna duda de que todo el equipo de Drakos Monroe irá a por usted. Si no pueden encontrar mi cuerpo, lo más probable es que, cuando su gente lo busque a usted, tampoco encuentre el suyo.

Cuando planeé las palabras, me estaba echando un farol, pero al decirlas en voz alta, me di cuenta de que probablemente era verdad. Martina no era de tomarse la justicia por su mano, pero no creía que Stavros estuviera por encima de eso.

Nos quedamos en silencio mientras el jefe contemplaba qué hacer.

—Necesitamos que borre la información de la nube. Jake, coge su teléfono.

Maldita sea. Al parecer, Baldy era un jefe mafioso que sabía que se podía acceder a todo desde el móvil, incluida la nube. Aunque el acceso a mi móvil no era necesariamente algo malo. Podría llamar al 112 para pedir ayuda. Mientras Jake salía corriendo, como el chico de los recados siempre dispuesto que era, el jefe se apoyó en la pared.

—Sabe, si no tuviera que matarla, creo que intentaría contratarla.

Negué con la cabeza, incrédula.

—Es usted bastante espabilada.

—Gracias —dije con sequedad.

—Sabe, me gustaría pensar que si alguna vez tuviera una hija, sería como usted.

—¿De verdad? ¿Cree que estaría atada en un cobertizo en alguna parte, a punto de ser asesinada por un puñado de narcotraficantes? ¿Eso es lo que se imagina?

Mi sarcasmo estaba saliendo a flote. Estos tipos iban a matarme de todos modos. No iba a borrar los archivos. Me matarían igualmente, así que, ¿para qué iba a hacerlo?

Jake regresó con mi móvil y se acercó a mí.

—La contraseña.

No me dejarían teclearla en mi móvil, lo que significaba que pedir ayuda estaba fuera de toda posibilidad. Tendría que actuar con lentitud para ganar tiempo hasta que se me ocurriera un plan para salir de allí con vida, aunque me había quedado sin ideas. *No puede acabar así. Simplemente no puede*. Dije:

—4-9-9-5.

Desbloqueó el teléfono y se quedó mirando la pantalla. Jake se volvió hacia el calvo.

—Tiene un montón de llamadas perdidas. Alguien podría estar buscándola. Quizá deberíamos apagar el teléfono y preocuparnos de los archivos más tarde. Ya tenemos su contraseña. Podríamos acceder más tarde, después de deshacernos de ella, y entonces borrar los archivos.

El calvo había tenido razón. Jake no era tan tonto como parecía. El jefe dijo:

—Bien pensado. Deshazte de ella —antes de darse la vuelta para salir del cobertizo.

Jake se inclinó y acercó sus labios a mi oído.

—Voy a disfrutar esto.

32

—•—

STEPHANIE

25 AÑOS

Parpadeé y abrí los ojos. Miré a la derecha y a la izquierda. Mamá, papá y Vicki estaban allí. ¿Es que no se iban nunca a casa? Nadie me había explicado por qué estaba allí. Aunque no estaba segura de haber estado despierta más de unos minutos seguidos. Estaba agotada y era como si tuviera a alguien sentado en el pecho. Mamá se levantó de su silla de un salto. Debía de haberse dado cuenta de que tenía los ojos abiertos. Ojalá se fuera a casa a descansar un poco. No hacía falta que estuvieran allí. —Mamá.

—Oh, Stephanie, estás despierta. Qué alegría. ¿Me oyes bien?

Me lo preguntaba cada vez que abría los ojos. Asentí. —Sí. —Giré la cabeza—. Hola, papá.

Papá, al lado de mi madre, dijo: —Hola, cariño. Me alegro de que estés despierta.

Dije: —Vicki.

Sonrió de oreja a oreja. —Steph. ¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor —mascullé.

Todos se rieron. De verdad que necesitaban dormir un poco. No tenía tanta gracia, pero me sentía con más fuerzas, a pesar de todos los tubos y de estar tumbada en la cama del hospital como un peso muerto. —Me siento un poco más fuerte.

Vicki dijo: —Eso es genial.

—Nadie me ha dicho qué ha pasado. No sé por qué estoy aquí. ¿Saben los médicos por qué? —pregunté.

Mis padres y mi hermana intercambiaron una mirada. Casi como si no quisieran contármelo, lo cual era extraño, teniendo en cuenta que se trataba de mi cuerpo. Vicki habló: —Por lo visto, has estado tomando unos medicamentos de esa clínica a la que ibas y te han dañado las válvulas del corazón.

Se suponía que eran seguros. Juró que eran seguros. Aquella mujer, ¿cómo se llamaba? ¿Dee-Dee? ¿Deirdre? Me había dicho que no los tomara. Yo le había dicho que no pasaría nada. Reba dijo que no pasaba nada y ella llevaba tiempo tomándolos. —¿Qué eran?

Vicki dijo: —Fenfluramina y fentermina.

—¿Son tan malos? —pregunté.

Vicki explicó: —Causan problemas de corazón y también de pulmón.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas cuantas semanas.

—Ah. —Sabía que me habían operado y que me había desplomado. ¿Significaba eso que podría haber muerto por las pastillas para adelgazar?—. ¿Cómo sabíais que estaba tomando pastillas para adelgazar? —Las únicas personas que sabían que las tomaba eran las de la clínica. Estaba tan contenta de estar perdiendo tanto peso…

Vicki miró a mamá y a papá antes de responder. —Contraté a una detective privada. Registró el apartamento y encontró unas pastillas que no tenían buena pinta e hizo que las analizaran. También ha estado trabajando de incógnito en la clínica para intentar averiguar quién producía esas pastillas. Son ilegales. Quería asegurarme de que lo que te ha pasado a ti no le pasara a nadie más.

—¿Una detective privada? ¿Y ha registrado mis cosas? —*Mis diarios. Mis cosas personales.*

—Sí, siento mucho haber invadido tu intimidad. Selena, que es la detective privada, se encargó de todo. Yo solo quería saber qué pasaba. Los médicos no sabían por qué tenías problemas de corazón.

Quizá tenía un problema. Nunca me había planteado que realmente tuviera un trastorno alimentario hasta que fui a las sesiones de grupo en la clínica. Al principio solo fui por las pastillas, pero cuando me sentí identificada con tantas historias de los demás, me pregunté si tal vez tenía un problema y necesitaba ayuda de verdad. Por supuesto, después de empezar a tomar las pastillas, había desechado esos pensamientos, decidiendo que era más importante estar delgada. Mi deseo de estar delgada casi me mata.
—Chicos, creo que podría tener un problema.

Mamá frunció el ceño. —Cariño, ¿a qué te refieres?

—Creo que necesito ir a un terapeuta. Creo que podría tener un trastorno alimentario.

Mi madre soltó un grito ahogado como si estuviera sorprendida, y sin embargo, allí estaba yo, tumbada en una cama de hospital porque había tomado pastillas para adelgazar. Pastillas ilegales, solo para estar delgada. —¿Cariño, estás segura? —preguntó mamá.

Giré la cabeza y miré a Vicki.

Ella dijo: —Mamá, creo que Steph necesita ayuda. Deberíamos apoyarla.

—Gracias, Vicki. —Me sentía muy débil. No solo física, sino también mentalmente. Por fin, al reconocer que tenía un problema, ya que ese problema casi me cuesta la vida, empecé a replantearme muchas cosas. Quizá durante todos estos años, no era realmente con mi peso con lo que luchaba, porque, por lo que oí de aquellas mujeres en las sesiones de grupo, era con mis emociones, mi ansiedad y mi depresión con lo que luchaba. Comer era mi solución a esos problemas y no el problema en sí. Creía que por fin estaba lista para buscar ayuda. Ayuda *de verdad*. No quería seguir viviendo así. Quería estar sana y prosperar. Ya era hora.

33

—•—

SELENA

Se oyeron pasos que se acercaban al cobertizo, lo que hizo que todos en la habitación se giraran hacia las puertas. El calvo se giró para mirar a Jake y al hombre silencioso que estaban en el rincón.

—¿Esperáis a alguien?

Jake negó con la cabeza. El hombre silencioso hizo lo mismo.

El corazón casi se me salía del pecho. Alguien gritó: «Selena, al suelo». ¿Lo había oído bien? Lo descarté y mi instinto se activó. Me balanceé y tambaleé hasta que la silla cayó al suelo y, antes de que pudiera gritar, el cobertizo se llenó de balazos. Tumbada de costado, con la silla pegada a mí, intenté arrastrarme hacia la esquina más alejada del calvo.

En lo que pareció un instante, el FBI irrumpió en el pequeño espacio y Calvito, Jake y el hombre silencioso estaban en el suelo, mientras los esposaban. Alcé la vista y el corazón casi se me paró. Creí que estaba alucinando. Apenas logré decir:

—Martina.

Corrió hacia mí, pasando por encima de los hombres a los que estaban esposando en el suelo. Oí el chasquido de una navaja. Cortó las cuerdas que me ataban las muñecas y luego se puso con las de los tobillos. Me levantó del suelo.

—¿Estás bien?

—Supongo. ¿Cómo me has encontrado? —. ¿Cómo conseguía encontrarme siempre?

Ignorando mi pregunta, Martina me rodeó con sus brazos mientras mi cuerpo temblaba y se me caían las lágrimas. Poco después, nos separamos y me envolvieron con una manta.

Miré al otro lado de la habitación y vi cómo ponían en pie a los traficantes y los agentes se los llevaban fuera uno por uno.

Martina dijo:

—Salgamos de aquí.

Asentí mientras me conducía fuera del cobertizo, hacia la parte delantera de la casa, que estaba rodeada de vehículos policiales.

Cuando por fin me tranquilicé y Martina y yo estuvimos lejos de los malos, dije:

—He pasado mucho miedo. Esos tíos iban a matarme. De matarme de verdad.

—Ya no pueden hacerte daño.

—Me contaron algunas cosas.

—¿Como qué?

—Bueno, después de decirles que me había contratado Vicki y de que parecieran satisfechos con lo que sabía, me dijeron que no podían dejarme marchar. No les dije que trabajaba con el FBI ni con la DEA. No sabían nada de eso. —Hice una pausa. El sonido de las sirenas me infundió una sensación de calma. No me habían matado. Creía que no me encontrarían a tiempo. ¿Cómo me habían encontrado? ¿Y qué droga me habían inyectado? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Continué—: Creo que tienen más locales. Me dijeron que no podía arruinar su operación. Tienen un negocio muy grande, pero también me dijeron que no forman parte de ninguna red de narcotráfico, lo cual…

Martina ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué te dirían eso?

Le expliqué que al principio les había dicho a los traficantes que trabajaba por mi cuenta para que no fueran a por Vicki ni supieran de la operación del FBI y la DEA.

Martina dijo:

—Supongo que eso es bueno.

Se acercaron unos sanitarios y me pregunté qué aspecto tendría. Seguramente estaría hecha un desastre. Me dolía el cuerpo. La cabeza me palpitaba y las muñecas me ardían. Martina me frotó el brazo.

—¿Seguro que estás bien?

—Estaré bien.

Detrás de los sanitarios estaban Deirdre y Mundy.

—Selena, ¿cómo se encuentra? —preguntó Mundy.

—Estaré bien. No les dije que trabajaba con ustedes.

Deirdre dijo:

—Ahora ya saben que vamos a por ellos. Me alegro de que hayamos llegado a tiempo. También hemos enviado a gente a registrar la propiedad y la otra casa donde creemos que fabrican la droga. Se les ha acabado el negocio a estos tipos.

—¿Y qué hay de Teeling? Quiero decir, de Potter. ¿Se saldrá con la suya? —pregunté.

Mundy negó con la cabeza.

—No. Un equipo ya lo ha recogido en su casa.

Deirdre añadió:

—Esperemos que hable. Si es listo, lo hará. Lo presionaremos para que revele quiénes lo chantajeaban, lo que debería ser la puntilla para estos traficantes. Creemos que detener a estos tipos nos ayudará a conseguir al resto. Ha sido un buen comienzo para desmantelar toda la operación. Se lo debemos a usted, Selena.

No sentía que hubiera logrado gran cosa, aparte de casi ser violada y asesinada. Si sentía algo, era que había sido estúpida. ¿Secuestrada y metida en una furgoneta? Era un cliché total. Debería haber estado más alerta, más avispada. Había pasado tan rápido.

—¿Dónde están ahora?

Deirdre explicó:

—Están fuera siendo interrogados por un equipo entero mientras otro registra la casa.

El agente Mundy sonrió con suficiencia.

—¿Por qué? ¿Tiene unas palabras para ellos?

Esbocé una sonrisa pícara, sintiendo que parte de mi poder regresaba.

—Pues sí, puede que tenga un par de cosas que decirles.

Deirdre dijo:

—Bueno, ahora es el momento de decirles lo que quiera, porque, después de que nos los llevemos, será difícil acceder a ellos. Podría acompañarla si lo desea.

—Me gustaría.

Deirdre se dirigió a los sanitarios.

—Dennos unos minutos.

—Sí, señora.

Martina me apretó el brazo.

—Sabes que también tendrán que interrogarte a ti. Es una situación muy seria y puede que te agote. Quizá deberías ahorrar energías.

—Estaré bien, Martina. Quiero decir lo que pienso.

—De acuerdo. Yo también voy.

Mis tres salvadores me llevaron hasta donde estaban los prisioneros en fila.

Apenas unos minutos antes, me había sentido como un papel arrugado en el suelo, a punto de ser tirado a la basura. Mi fuerza, al menos mi fuerza mental, estaba regresando. Casi me habían aniquilado… para siempre. ¿Cómo era el viejo dicho? «Casi» no cuenta.

Con los agentes y Martina a mi lado, me planté delante de Calvito.

—Ah, creo que no he mencionado que también trabajo con el FBI *y* con la DEA —dije con una sonrisa de suficiencia.

La satisfacción me invadió mientras me acercaba a Jake y le decía:

—Es usted un asqueroso, y tiene suerte de que no le hiciera más daño en la cara —. Acto seguido me giré a la izquierda, donde estaba el hombre silencioso.

Lo miré de arriba abajo antes de decir:

—A usted no lo conozco, pero estoy bastante segura de que tampoco me cae bien.

Finalmente, volví a centrarme en el calvo, el jefe.

—Se lo dije. Le dije que lo encontrarían. Debería haber escuchado.

Él negó con la cabeza.

—Nada de esto va a prosperar.

—¿Bromea? Están registrando todas sus propiedades ahora mismo. Por no mencionar que lo tienen por secuestro e intento de asesinato. Solo eso le costará la cadena perpetua. Se ha metido con la chica equivocada, Calvito. —Dicho esto, me di la vuelta, decidida a no dedicarles ni una onza más de mi energía. Al menos, no ese día.

Al mirar a Martina, vi un brillo en sus ojos. Me gustaría pensar que era orgullo. Deirdre dijo:

—Bien hecho, Selena. Ha sido un placer trabajar con usted.

—Gracias.

Mundy dijo:

—Necesitaremos declaraciones oficiales, pero podemos hacerlo en el hospital. Tiene usted un buen golpe en la cabeza. Necesita que se lo miren.

—Vale. Nos vemos en el hospital y… —Me giré hacia Martina y luego otra vez hacia ellos—. Gracias por salvarme.

Mundy asintió.

—Cuando quiera.

Me acerqué a los sanitarios.

—De acuerdo, estoy lista.

—Nos gustaría llevarla en la ambulancia.

Me volví hacia Martina.

—Vendrás al hospital también, ¿verdad?

Martina dijo:

—Iré contigo en la ambulancia.

—No tienes por qué hacerlo. Estaré bien.

—Iré contigo. Podemos llamar a tu padre de camino al hospital.

No se podía discutir con Martina, y me sentí aliviada. En realidad, no quería que se fuera, ni estar sola.

—De acuerdo.

Martina me había salvado la vida una vez más. Si estuviera llevando la cuenta, pasaría el resto de mi vida pagando mis deudas.

34

—•—

SELENA

Tras lo que pareció una eternidad, los médicos terminaron de examinarme de arriba abajo. Me hicieron pruebas y ya tenían los resultados. *Sobreviviré.* Más concretamente, tenía una conmoción cerebral leve y abrasiones en las muñecas y los tobillos. No estaba tan mal, teniendo en cuenta cuál podría haber sido la alternativa. Estaba más que agradecida de que Martina y el resto del equipo hubieran llegado cuando lo hicieron. Si no lo hubieran hecho, habría luchado y me habría resistido, pero la realidad era que me quedaban unos tres minutos de vida.

Ya me había metido en alguna que otra situación peliaguda en el pasado. Ni siquiera era la primera o la segunda vez que me apuntaban con una pistola a la cabeza, pero esta había sido la primera vez que de verdad había pensado que iba a morir. Sola. En un cobertizo.

La enfermera pulsó unos cuantos botones del portasueros y dijo:

—Muy bien, cariño, ya les digo a tus visitas que pueden pasar. Cuídese mucho.

—Gracias —aunque odiaba estar en la cama de un hospital, era mejor que estar atada a una silla en compañía de un puñado de indeseables.

Se oyeron unos pasos.

—Papá —grité.

Se acercó corriendo y me apretó la mano. Hice una mueca de dolor.

—Lo siento mucho. ¿Así está bien? —preguntó.

—Sí, está bien. Es solo que estoy un poco sensible. —No tenía los dedos dañados, solo las muñecas, que estaban bastante bien vendadas, pero cualquier presión resultaba un poco incómoda.

—Me alegro tanto de que estés bien —dijo él.

—Y yo —añadió Martina.

Los ojos castaños de mi padre se llenaron de lágrimas.

—Estoy bien —le aseguré.

—Sabes, cuando tuve una hija, no sabía la de veces que me preocuparía por ella. Creo que no lo sabes hasta que tienes una. Y no solo tengo una hija con un trabajo peligroso por la que preocuparme, sino también una mujer con un trabajo muy peligroso. —Papá se secó los ojos con el dorso de las manos—. Supongo que tengo predilección por las mujeres duras.

Papá rodeó a Martina con el brazo.

—Me alegro mucho de veros a los dos, pero, Martina, no he tenido tiempo de preguntarte... ¿cómo me encontraste? ¿Dónde estaba y cuánto tiempo he estado fuera? Sinceramente, está todo muy confuso. Me cogieron en mi oficina y me metieron en una furgoneta. Pasó todo tan rápido... Ni siquiera sé qué día es.

Martina asintió.

—Que te encontráramos es gracias a Dee. Me llamó y me dijo que le habías dejado un mensaje para quedar a cenar, pero que, cuando te devolvió la llamada, no respondías ni contestabas a ninguno de sus mensajes de texto ni de voz, y su instinto le dijo que algo no iba bien. Así que pasé por tu oficina y vi tu coche en el aparcamiento, pero no estabas por ninguna parte y tampoco respondías a mis llamadas ni a mis mensajes. Fue entonces cuando me puse en contacto con los agentes Mundy y Long. Te hemos estado buscando desde entonces. Finalmente, le seguimos la pista a Jake. El equipo lo siguió y nos llevó a donde te tenían retenida. Cuando estuvimos

bastante seguros de que estabas allí, posicionamos al equipo y, en cuanto tuvimos luz verde, entramos a por ti.

Mi deuda con Dee, Martina y mi padre no dejaba de crecer. No había nada que no hiciera por ellos. Los tres me habían salvado la vida, al menos una vez. ¿Qué haría si no los tuviera? La respuesta sincera era que no creía que hiciera gran cosa. Estaría a dos metros bajo tierra.

—Creo que le debo a Dee esa cena. Invito yo.

—Creo que le gustaría. La llamé mientras esperábamos a que los médicos terminaran para hacerle saber que estás bien. Aunque probablemente le gustaría que la llamaras tú.

—Gracias. La llamaré más tarde. ¿Qué día es? —pregunté.

—Es viernes por la noche —dijo Martina.

—¿Me han tenido dos días?

—Sí —dijo Martina.

—¿Zoey sigue volviendo a casa mañana?

—Sí, y tiene muchas ganas de verte. Estábamos todos muy preocupados, Selena.

Me lo podía imaginar. —No voy a mentir… —Me detuve cuando la voz se me empezó a quebrar—. No creí que lo fuera a conseguir. No creí que me encontraríais a tiempo. Pero les dije que sabía que, si me hacían algo, iríais a por ellos. Se lo dije.

Martina ladeó la cabeza. —Me mata que te haya pasado esto. Ojalá no trabajaras sola.

—Técnicamente, no lo hacía. Estaba trabajando con el FBI y la DEA, pero...

Martina añadió:

—Eso era solo para una parte del trabajo. Este trabajo es peligroso, y si alguien puede hacerlo, eres tú, pero pareces tener un don para meterte en situaciones muy, pero que muy peligrosas.

Me encogí de hombros.

—Supongo que tengo esa suerte.

Se acercaron unos pasos pesados y saludé con la mano a Mundy y a Deirdre.

—Hola. Gracias de nuevo por salvarme la vida.

—Cuando quiera —dijo el agente Mundy.

—¿Cómo va el caso? ¿Los han metido en la cárcel para siempre? ¿Han desmantelado toda la operación? —Sabía que probablemente solo habían pasado unas horas, pero por esperar que no fuera.

Mundy se rio entre dientes.

—Las cosas no van tan rápido. Pero hemos arrestado a otras doce personas que formaban parte de la organización de narcotráfico y a Douglas Potter, alias Dr. Teeling.

Deirdre añadió:

—Una de esas doce era Reba, la de la clínica. Por lo visto, actuaba como ojeadora para Jake. Básicamente, evaluaba a los nuevos miembros para asegurarse de que no le contaran a nadie lo de las drogas. Eso explica por qué no conseguí acceder. No había pasado su prueba.

Qué fuerte.

Mundy añadió:

—También se están tomando medidas para cerrar la clínica.

—Oh, no —dije.

—¿Cómo que «oh, no»? —preguntó Deirdre.

Miré a Deirdre.

—Creo que esa gente de verdad necesita ayuda. ¿Adónde irán a hacer terapia? Esa gente lo está pasando muy mal. ¿Se les notificará que las drogas son peligrosas?

—Sí, se notificará a todos los pacientes y se les derivará a un nuevo centro para que hagan terapia —dijo Deirdre.

—Bien. ¿Creen que tienen pruebas suficientes para procesarlos? Sé que ha dicho que no es algo inmediato, pero al menos ¿parece prometedor?

Mundy y Deirdre intercambiaron una mirada. Dijo Mundy:

—Definitivamente, prepararemos un caso contra Jake Barberry, Joe Terrence —el hombre al que usted se refirió como el Calvo— y el otro tipo era Joe Terrence Jr., el hijo del Calvo. El hecho de que la tuvieran secuestrada y planearan claramente acabar con su vida significa que es casi seguro que los tres irán a la cárcel de por vida. Hicimos todo según el protocolo para asegurarnos de que no hubiera errores de procedimiento que los libraran. En cuanto a la operación de narcotráfico, probablemente podremos vincularlos a ella, pero

llevará algún tiempo mientras esperamos los informes forenses, las declaraciones de los testigos y todo lo demás para asegurarnos de que tenemos un caso sólido. Sé que terminó en una situación bastante peliaguda para usted, pero ha hecho un trabajo excelente. Es un recurso muy valioso. Si alguna vez se plantea unirse a la agencia...

Deirdre dijo:

—O a la DEA.

Mundy añadió:

—Llámeme y moveré algunos hilos para que entre.

Después de haber trabajado con ellos la última semana, me hizo darme cuenta de que quizá las fuerzas del orden serían una carrera profesional interesante para mí.

Ser investigadora privada significaba que podía resolver crímenes que la policía no podía o no quería, pero ayudar a desmantelar una organización peligrosa como parte del FBI era bastante guay. Supuse que tendría mucho en lo que pensar mientras me recuperaba y estaba de baja. —Gracias, se lo haré saber.

Mundy miró a Martina y a mi padre y luego a mí.

—Nos gustaría tomarle declaración completa ahora. Sus padres pueden quedarse si quiere, o podemos hablar con usted a solas.

Antes de que pudiera responder, mi padre dijo:

—Selena, si no te importa, no quiero perderte de vista durante un tiempo. ¿Te parece bien?

Asentí.

—Entendido, pero que sepa que puede ser difícil de oír —dijo Mundy.

—No pasa nada. No quiero dejarla —dijo mi padre, apretándome el hombro.

—Vale, acabemos con esto de una vez —dije.

—Dicho y hecho. —Mundy y Deirdre cogieron unas sillas y encendieron la grabadora, y les conté todo lo que había pasado desde el momento en que salí de mi oficina hasta que entraron corriendo a salvarme. Me pregunté si había sido un gato en una vida anterior. Dicen que los gatos tienen siete vidas. Si eso fuera cierto,

solo me quedaban unas pocas. La pregunta era, ¿qué haría con ellas?

35

—•—

SELENA

Me levanté de la cama por primera vez en todo el día y me puse con cuidado los vaqueros por debajo del camisón del hospital. Iba a salir de allí. Menos mal. Después de quitarme el camisón, me puse una camiseta y, encima, una sudadera negra con capucha. Martina había ido a mi casa —o, mejor dicho, a la habitación que alquilaba en una casa— para traerme ropa limpia. Cuando Martina regresó con mis cosas, hablamos de la posibilidad de que me mudara con ellos una temporada. Soy una tía dura y fuerte, pero no podía ocultar que la experiencia me había cambiado. No quería tener miedo ni esconderme, pero sabía que necesitaba un tiempo para recuperarme. Martina me dijo que ya me había preparado la habitación. Siempre lo hacía. Tenían una casa de cuatro dormitorios y siempre había dos habitaciones preparadas: una para mí y otra para Zoey cuando venía de visita. Odiaba la idea de perder mi independencia, pero me gustaba la de contar con el consuelo de la familia mientras se me curaban la conmoción cerebral y el orgullo.

Completamente vestida, salí al pasillo del hospital. Mi padre y Martina, además de Mundy y Deirdre, me estaban esperando. —Bueno, supongo que es conveniente que esté en el hospital. Nos ahorra un viaje —dije, intentando quitarle hierro al asunto.

Stephanie y yo estábamos en el mismo hospital y, como Mundy y Deirdre necesitaban hablar con ella sobre la investigación, pensamos en ir todos juntos a verla. Yo no tenía el móvil y no podía llamar a Vicki ni a Stephanie, pero, basándose en la información que teníamos, el FBI buscó el número de teléfono de Vicki Crawford. La llamaron y le dijeron que iría con ellos.

Como yo ya tenía relación con Vicki, tenía sentido que entrara primero. Nunca había conocido a Stephanie, y me apetecía hacerlo. Pero ese no era el único propósito de mi visita. Esperábamos que Stephanie pudiera ayudarnos a atar algunos cabos entre la clínica de Teeling y la operación de narcotráfico.

Subimos en el ascensor hasta la cuarta planta, salimos y nos dirigimos a la habitación de Stephanie Crawford. El grupo se detuvo en el puesto de enfermería para esperar a que yo confirmara que Stephanie estaba en condiciones de someterse a otro interrogatorio. De pie, delante de su habitación, confirmé su nombre en la placa de la pared. *Listo.* Si lo que los agentes Mundy y Deirdre habían dicho era cierto y yo había ayudado a desmantelar la peligrosa operación de narcotráfico, entonces había sido gracias a Stephanie. Fue por Stephanie por lo que había investigado la clínica y me había cruzado con el FBI y la DEA. Puede que Stephanie hubiera salvado muchas vidas. Llamé suavemente a la puerta, que estaba ligeramente entornada. La puerta se abrió más y Vicki Crawford apareció ante mí. Me estudió con los ojos muy abiertos. —¿Qué te ha pasado?

—Es una historia un poco larga. Te la contaré, pero pensaba que quizá Stephanie también querría oírla.

—Por supuesto. Entra, por favor. Mis padres también están aquí.

—Genial. —Seguí a Vicki hacia la cama más cercana a la ventana. Supuse que la pareja de mediana edad sentada en sillas de plástico a un lado de la cama eran los padres de Stephanie. Stephanie estaba en la cama del hospital, incorporada, lo que entendí que era una buena señal. La saludé en silencio con la mano.

Vicki dijo: —Mamá, papá, Steph, esta es Selena Bailey, la investigadora privada de la que os hablé.

Stephanie dijo: —¿Qué tal? Encantada de conocerte. ¿Qué te ha pasado?

—Bueno… No sé si queréis todos los detalles escabrosos…

—¿Te ha pasado mientras investigabas la clínica? —preguntó Vicki.

—Sí. De hecho, os traigo noticias.

Stephanie dijo: —¿Me gustaría oírlo todo, si no te importa?

Asentí y les conté todo sobre la investigación, de principio a fin y el estado actual. La señora Crawford, la madre de Stephanie y Vicki, se quedó boquiabierta. —¿Nuestra hija iba a una clínica que estaba conectada con una operación de narcotráfico ilegal, y esa operación secuestra y asesina a gente?

—Al parecer, sí. Pero la buena noticia es que el agente Mundy y la agente Deirdre Long están convencidos de que podrán procesar a los cabecillas. Con suerte, ya no podrán distribuir drogas ilegales. Lo que le pasó a Stephanie no debería pasarle a nadie más.

Vicki negó con la cabeza. —Siento mucho haberte hecho pasar por esto, Selena. Casi te matan por haberme contratado.

—No es culpa tuya. Créeme, no es la primera vez que me toman como rehén —dije, encogiéndome de hombros—. Tiendo a atraer el peligro o a buscarlo, según a quién le preguntes. Me alegro de que me contrataras, Vicki, porque si no lo hubieras hecho, el FBI dijo que no estaban seguros de poder resolver el caso o de cuánto tiempo más les habría llevado. Al unir fuerzas, hemos podido resolver el caso mucho más rápido. Eso significa que menos gente tomará las drogas ilegales y desarrollará enfermedades peligrosas o algo peor… hubo otras que no lo consiguieron.

Stephanie dijo: —¿Todo esto por las pastillas que me dio Jake?

—Sí. Y que conste que Jake no es santo de mi devoción.

—Es un poco asqueroso —comentó Stephanie.

—Ni te lo imaginas. Pero no te preocupes, le he dejado un ojo morado y unas cuantas costillas rotas.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, y me pareció que a Stephanie le había gustado oír eso.

Vicki dijo: —Gracias, Selena. Parece que eres increíble en tu trabajo. Si alguna vez podemos hacer algo para agradecértelo, por favor, dínoslo.

Miré por la habitación y luego a Stephanie. —De hecho, sí que hay algo. El agente Mundy y la agente Long están al final del pasillo. Les

gustaría tomarte declaración sobre tu estancia en la clínica. Concretamente, sobre cómo conseguiste las drogas. También quieren que testifiques cuando estés más fuerte. Ayudará mucho en el caso contra la operación de narcotráfico.

Contuve la respiración, esperando que hiciera lo correcto. No todo el mundo podía soportar ser testigo en un caso tan importante. Y entendía por qué. Podría recibir amenazas contra ella y su familia. No era una decisión que se pudiera tomar a la ligera.

Stephanie dijo: —Lo haré.

—Me alegro de oír eso. Créeme, no es fácil involucrarse en estos casos. Puede que parezca joven, pero llevo mucho tiempo en esto.

Vicki dijo: —Dee dijo que eras la mejor.

—Dee —dije, riéndome por lo bajo—. Dee es la que es la mejor. Fue gracias a ella que pudieron encontrarme cuando lo hicieron. Habíamos quedado para ir a tomar tacos y margaritas, pero cuando me llamó para concretar, no pudo localizarme. Ató cabos y llamó a mi madrastra, y ahora aquí estoy.

Vicki añadió: —Dee dijo que habíais trabajado juntas en algunas investigaciones.

—Sí, de hecho, Dee trabajó conmigo un tiempo en la empresa de seguridad e investigación de mi madrastra. Decidió que no era lo suyo.

Vicki dijo: —Bueno, creo que tiene un futuro muy brillante como psiquiatra.

—Yo también lo creo.

Eso me recordó que le debía a Dee tacos y margaritas… de por vida.

—Muy bien, pues voy a avisar a los agentes de que estás lista para declarar. ¿Estás lista, Stephanie?

Su madre se acercó a Stephanie y le cogió la mano. —Cariño, si no tienes fuerzas ahora mismo, podemos hacer que vuelvan más tarde.

Stephanie negó con la cabeza. —No, estoy lista. Después de todo lo que acabo de oír, quiero asegurarme de que esta gente vaya a la cárcel para siempre. No quiero que alguien más acabe en una cama de hospital por tomar unas pastillas para adelgazar.

Su madre me miró. —Vale, puedes decirles que entren ya.

—Me ha encantado conoceros a todos, y, Stephanie, cuídate mucho.

—Gracias, Selena. Parece que a ti tampoco te vendría mal descansar.

Me encogí de hombros. —Eso es lo que dicen los médicos. —Saludé con la mano y salí de la habitación, dirigiéndome al puesto de enfermería para comunicar a los agentes que Stephanie estaba lista para declarar.

Una vez que les avisé, entré en el ascensor y bajé al vestíbulo para reunirme con mi padre y Martina. A medida que el ascensor descendía, me sentí más ligera. Con el testimonio de Stephanie y quizá de otras personas de la clínica, confiaba en que los responsables de la muerte de las otras dos mujeres, Kelly y Alex, en la clínica y de los problemas de la válvula cardíaca de Stephanie, rendirían cuentas por lo que habían hecho. Me habían secuestrado y habían decidido matarme sin pensárselo dos veces, así que quién sabe qué más habrían hecho. Solo esperaba que el juicio fuera rápido, para que pudiéramos dejar esto atrás cuanto antes.

36

—•—

SELENA

Sentada en la cama de mi antiguo dormitorio en casa de Martina y papá, reflexionaba sobre los últimos cuatro años. Había habido tantos altibajos que me parecía un poco de locos encontrarme de nuevo en aquella habitación.

Cuando conocí a Martina y retomé el contacto con mi padre, acababan de secuestrarme y casi asesinarme, y ellos me acogieron de inmediato, después de salvarme. Era prácticamente un *déjà vu*, solo que yo tenía cuatro años más. Me gustaría pensar que era más sabia, pero el resultado era el mismo. La suerte había vuelto a estar de mi lado.

De repente, la habitación pareció más grande, o yo más pequeña. No sabría decir qué era. Mi terapeuta seguramente me diría que yo era más grande y más fuerte que antes. Que esto era solo un contratiempo momentáneo, y que solo necesitaba un poco de tiempo para curarme y volver a estar al cien por cien. No es que dudara de que fuera cierto, pero eso no hacía que me sintiera mejor en aquel momento. Mi terapeuta probablemente también me diría que aceptara mis sentimientos y que era perfectamente normal y sano estar de bajón. Mi cuerpo se curaría, y también mi mente.

Aunque ya lo había oído todo antes, algo en este último suceso me parecía diferente. Quizá era porque era mayor y sabía que tenía mucho que perder, que esta nueva pérdida de paz y seguridad me golpeó más fuerte. A los diecisiete años, quería vivir, pero no sabía lo buena que podía llegar a ser la vida. Ahora sí lo sabía.

Cuando elegí un trabajo interesante y peligroso, no había tenido en cuenta las veces en que sería solitario o, si me dedicaba sobre todo a la comprobación de antecedentes, aburrido. Jamás habría pensado que, después de solo unas semanas, habría vuelto corriendo al hogar seguro y cariñoso de Martina y papá. Quizá no era tan adulta como pensaba. Quizá no estaba preparada para enfrentarme al mundo yo sola, y quizá lo mejor de todo era que no tenía por qué hacerlo. Me habían derribado, pero tenía a mi familia para ayudarme a levantarme de nuevo. Eso era lo más milagroso de todo, en realidad.

Esa no fue la única epifanía que tuve. La otra fue que, en cuanto me hubiera recuperado lo suficiente, mi trasero volvería al campo de tiro para poder solicitar la licencia de armas para porte oculto. Un arma era mucho más eficaz que una porra en una situación en la que se trataba de mi vida o la suya. No volvería a cometer ese error.

Unos golpes en la puerta atrajeron mi atención hacia el reloj de la mesilla de noche. Casi era la hora de cenar.

—Selena, ¿estás ahí? ¿Se puede pasar?

El sonido de la voz de Zoey siempre me animaba.

—Estoy vestida, pero no puedo afirmar que se pueda pasar. Puedes entrar —dije con una risita.

La puerta se abrió con un crujido y allí estaba Zoey, con los ojos muy abiertos y su pelo oscuro cayéndole prácticamente hasta la cintura. Me levanté y la rodeé con mis brazos. Ella me susurró al oído:

—Me alegro tanto de que estés aquí y de que estés a salvo.

—Y yo.

Se echó hacia atrás y cerró la puerta de mi dormitorio en silencio antes de decir:

—Mamá me lo ha contado todo. Ha debido de ser aterrador.

—Reconozco que no fue divertido.

—Eres una hermana muy dura. Te juro que, entre tú y mi madre, no conozco a dos mujeres más duras.

—Lo intento. A lo mejor algún día soy como Martina.

—Yo creo que estás muy cerca de conseguirlo.

No estaba tan segura de eso.

—Basta de hablar de mí. ¿Cómo estás tú? —Estaba cansada de hablar de mi calvario y quería desconectar de todo, al menos por esa noche.

—Estoy fantástica. —Zoey me habló de la nueva oportunidad de investigación en la que estaba participando en la Facultad de Veterinaria de la UC Davis. A Zoey siempre le habían encantado los animales y, tras empezar la carrera de Informática, se había cambiado a Biología para prepararse para la facultad de Veterinaria. Cuando la aceptaron en la Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad Estatal de Oregón, fue la vez que más feliz la había visto. Dijo en voz baja—: ¿Y sabes qué? Aún no se lo he dicho a mamá, pero… —Levantó la mano y me enseñó un anillo en el dedo anular—. Estoy prometida.

Me quedé mirando la piedra brillante de su mano. ¿Prometida? ¿Con quién? Ladeé la cabeza hacia ella.

—Ejem…, más detalles, por favor.

—Lo sé, lo sé. Mamá aún no lo conoce, y nadie de la familia, pero he conocido a alguien —es genial— ¡y me acaba de pedir que me case con él!

¿Qué? Juraría que me fallaba el oído.

—¿Quién es ese chico? ¿Cómo os conocisteis? —Me preocupaba un poco ese romance aparentemente vertiginoso.

—Va a la universidad conmigo, pero está a punto de graduarse. Llevamos saliendo un par de meses. No he dicho nada porque quería traerlo a casa para que conociera a mamá, a Charlie y a ti, por supuesto. Mis otros amigos creen que es genial.

Alucinante.

—¿Cuándo te lo ha pedido? —Estaba completamente conmocionada por la noticia. No era propio de Zoey ocultar un novio, ¿y ahora estaba prometida? No creía que a Martina le fuera a gustar esto ni un pelo.

—Bueno, pues, en realidad está en el coche ahora mismo. Ha venido conmigo en el viaje de investigación y me lo ha pedido hoy. Quiero decírselo a mamá, pero quiero que lo conozca primero. Te lo cuento a ti porque necesito tu consejo. —Me llevó hasta mi cama y nos sentamos una frente a la otra—. Mamá es un poco sobreprotectora. ¿Cómo se lo digo?

De todas las situaciones peliagudas en las que me había encontrado, no envidiaba la de Zoey.

—No lo sé. Esto es una locura. No, no es una locura. Es sorprendente. Me alegro mucho por ti, Zoey. Si este es el hombre que amas y quieres casarte, me alegro muchísimo por ti.

—Es el amor de mi vida. Es él —declaró.

—¡Enhorabuena! Estoy deseando conocerlo.

—Yo también estoy deseando que lo conozcas. Volviendo al tema de mamá, ¿cómo se lo digo? ¿La preparo poco a poco o lo suelto de golpe?

Reflexioné sobre el dilema de Zoey. Me preguntaba cómo había conseguido que Martina no viera el anillo en su dedo. Martina no era de las que no se daban cuenta de las cosas; se daba cuenta de todo.

—¿Está segura de que su madre no ha visto ya el anillo?

—Lo tenía en el bolsillo. Me lo acabo de poner —dijo, con los dientes apretados y un brillo en los ojos.

Por primera vez en días, me reí tan fuerte que me dolió la barriga.

—Chica, no te envidio nada.

—Es grave, ¿verdad?

Asentí, y entonces Zoey se unió a mí en un ataque de risa.

Unos golpes en la puerta nos hicieron callar.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Va todo bien ahí dentro? —preguntó Martina a través de la puerta.

Me volví hacia Zoey.

—Tienes que decírselo, ahora mismo. Antes de que lo conozca.

Zoey se levantó y abrió la puerta.

Martina entró con cara de perplejidad.

—¿De qué os reís vosotras dos?

Abrí la boca para hablar, pero luego miré a Zoey y dije:

—Zoey tiene algo que decirle.

Los brillantes ojos azules de Zoey se abrieron más que nunca. Volví a mirar a Martina, que parecía un poco afectada.

—Zoey, ¿qué pasa?

Zoey parecía petrificada. Le dije:

—Todo irá bien.

—Bueno, mamá, hay algo…, hay alguien a quien quiero que conozcas.

Martina se quedó inmóvil.

—Ah, ¿tienes un amigo?

Zoey me miró.

—Es mi novio, y vamos muy en serio, y estamos muy enamorados. De hecho, está aquí.

Vi cómo la expresión de Martina cambiaba del miedo a la aprensión.

—¿Tu novio está aquí?

Zoey prácticamente bailoteaba, intentando reprimir su energía. Se notaba que quería contárselo a Martina desesperadamente, pero también le aterrorizaba cómo pudiera reaccionar.

—Está en el coche. Y estamos prometidos. —Levantó la mano para enseñarle a Martina el anillo de diamantes de su dedo.

Martina se quedó con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Estáis *qué*? —La mirada en los ojos de Martina borró nuestra anterior alegría.

Zoey explicó:

—Estamos prometidos. Es estudiante y me lo acaba de pedir. Ha sido un torbellino. Quiero que lo conozcas. Está esperando en el coche. —Lo dijo como si intentara convencer a su madre de que no estaba cometiendo un gran error.

Como no me había preguntado, no di mi opinión, pero me parecía que era demasiado joven y que todo era un poco precipitado. La familia ni siquiera le conocía. Martina seguramente le haría una investigación de antecedentes completa, incluyendo penales y laborales, lo que se le ocurriera. No me sorprendería si le ponía un equipo de vigilancia al chico.

Martina se quedó quieta, demasiado quieta. Dijo:

—¿Por qué no lo haces entrar en casa para que podamos conocerlo? —Y salió de la habitación sin decir una palabra más.

Volví a mirar a Zoey. Ella dijo:

—Bueno, ha ido mejor de lo que pensaba, ¿no?

—Pues sí, ¿supongo? —Me encogí de hombros—. Te vas a casar. Te vas a la capilla y te vas a casar… —le canté.

Volvió a sonreír.

—Mamá entrará en razón, ¿verdad? Estoy deseando que lo conozcas.

—Estoy deseando conocerlo.

Después de que Zoey saliera corriendo de la habitación, negué con la cabeza y pensé: «*Ay, Zoey*». Era algo que no me esperaba. Me quedé en mi habitación hasta que oí abrirse y cerrarse la puerta principal, junto con el sonido de cuatro pies y las voces de Martina y papá.

Corriendo hacia el pasillo, me acerqué con una sonrisa.

Tras los apretones de manos, Zoey se volvió hacia mí y dijo:

—Y, Henry, esta es mi hermana, Selena.

Le di la mano.

—Encantada de conocerle, Henry.

—Igualmente. He oído hablar mucho de usted, y me alegro de que esté a salvo.

—Gracias.

Martina me miró y luego miró a Zoey después de examinar a Henry de arriba abajo. Martina dijo:

—¿Por qué no os acomodáis todos en el comedor? Traeré los aperitivos.

Papá se dirigió de nuevo a la cocina, pero Martina se acercó a mí a toda prisa mientras Zoey y Henry se encaminaban al comedor. Martina dijo:

—No se preocupe. Voy a averiguar todo sobre Henry.

—¿Antecedentes completos? —pregunté.

—Ya lo creo. ¿Quiere participar?

Sonreí ampliamente.

—Por supuesto.

La felicidad de Zoey era lo más importante para nosotras. Tanto Martina como yo conocíamos de sobra los peligros de las malas relaciones, y nos aseguraríamos de que Zoey no se metiera en una. Averiguaríamos todo sobre Henry. Dónde nació, dónde creció, sus expedientes laborales, sus antecedentes penales, sus aspiraciones y su carácter. Era mucho mejor prevenir que curar.

—Excelente. Ahora vayamos a conocer a este chico —dijo Martina con una sonrisa de suficiencia.

Por muy sorprendente que fuera el compromiso de Zoey, la noticia consiguió que yo no fuera el centro de atención. Y prefería mil veces conspirar con Martina para averiguar más sobre el prometido de Zoey que seguir hablando de mi último calvario.

Durante la cena, nos pusimos al día con Zoey y lo averiguamos todo sobre Henry. Zoey solo protestó un par de veces porque lo estábamos interrogando. Pero él pareció tomárselo con buen humor, lo que era una buena señal. Desde luego, verificaríamos toda la información que nos diera, así que, si era listo, estaría preparado. Ayudé a Martina a recoger los platos de la mesa, a pesar de las protestas de que acababa de salir del hospital. *Puedo llevar unos cuantos platos.*

Tras dejar los platos junto al fregadero, me giré y me encontré a Martina justo detrás de mí.

—¿Cómo se encuentra?

Asentí.

—Estoy bien. Mejor.

—Eso es bueno. Estoy muy orgullosa de usted. Ha superado tantas cosas en su corta vida, y con cada nuevo contratiempo, vuelve más fuerte que nunca. Realmente lo admiro. No tengo ninguna duda de que esta última experiencia también la hará más fuerte.

—Gracias, Martina.

Dejó los platos.

—Y ya que la tengo aquí, lejos de Zoey y su prometido… —Negó con la cabeza ante la idea—. Quería hablar con usted antes, pero entonces apareció Henry. Bueno, quería decirle que he estado pensando en usted, en su carrera, y sé que ya le he dicho antes que siempre tendrá un trabajo en Drakos Monroe si lo quiere, pero tengo

una propuesta seria para usted. Sé que tiene un contrato de alquiler de su oficina para Investigaciones Bailey, pero si quisiera volver a Drakos Monroe a modo de prueba, podría trabajar en su oficina antes de decidirse a comprometerse y luego, si decide unirse a Drakos Monroe de forma permanente, puede subarrendar la oficina y quizá usar ese dinero para la entrada de un piso, cuando esté lista. Y si decide no volver, se queda con la oficina y con Investigaciones Bailey, sin problema.

—Ah. —Eso fue todo lo que pude decir. ¿De verdad creía que no podría salir adelante por mi cuenta, o es que realmente quería que volviera a Drakos Monroe? Tenía que admitir que trabajar sola había sido, bueno, solitario, peligroso y un poco aterrador.

Martina continuó:

—Y si decide que quiere quedarse en Drakos Monroe, entrará como miembro del personal. Me encanta y admiro su espíritu independiente, pero creo que ahora probablemente pueda entender el beneficio de tener un equipo respaldándola. Siempre estaré ahí para apoyarla, ya sea con Drakos Monroe o si permanece independiente con Investigaciones Bailey. Pero ya he hablado con Stavros sobre traerla de vuelta a tiempo completo. Puede tomarse un tiempo para pensarlo, pero tenemos una vacante y nos gustaría que volviera.

Martina siempre había dicho que podría volver a Drakos Monroe si mi negocio independiente no funcionaba, pero el hecho de que ya hubiera hablado con Stavros significaba que iba en serio. Una parte de mí pensaba que, si volvía ahora, me estaría rindiendo, tirando la toalla. No era mi estilo. Sin embargo, no me había dado cuenta de lo solitario que sería el trabajo ni de lo mucho que echaba de menos trabajar con otras personas y tener un equipo.

—Aprecio la oferta, Martina. ¿Puedo tener un poco de tiempo para pensarlo?

—Por supuesto.

—Vale, lo pensaré.

—Y ya sabe que puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera. Solo he mencionado lo de conseguir un piso porque quizá, cuando esté lista, le gustaría tener un piso en lugar de alquilar una

habitación en casa de alguien. Quizá podría tener su propia cocina, su propio dormitorio y baño y una sala de estar, y podría invitar a amigos.

—Creo que eso también me gustaría. —Sí, me gustaría. Mucho. Después de ver el piso de adulta de Stephanie, había sentido envidia. Si fichaba por Drakos Monroe, podría permitírmelo con el sueldo fijo.

—Vale, bueno, quería que supiera que he estado pensando en usted, y la oferta sigue en pie, pero si pudiera hacérnoslo saber en unas pocas semanas, se lo agradeceríamos, porque si no, contrataremos a otro investigador privado para el equipo. Tenemos más trabajo del que podemos abarcar.

—Vale, prometo que lo pensaré y se lo haré saber.

Me apretó el hombro antes de volver al comedor. Tenía mucho en lo que pensar. ¿Qué importancia tenía para mí tener mi propia empresa de investigación privada? ¿Ser independiente y tomar todas mis propias decisiones y no tener que seguir las reglas de nadie más, excepto la ley? ¿Cuál era el camino correcto para mí? De momento, en pocas semanas, ya casi me habían matado. Si no hubiera estado trabajando con los federales, probablemente estaría nadando con los peces. Y eso no parecía muy apetecible. La oferta de Martina era buena. Tendría que descansar y pensarlo. No estaba segura de estar lista para renunciar a Investigaciones Bailey todavía.

37

—•—

SELENA,

6 MESES DESPUÉS

Después de emplatar los tacos de pescado, el arroz y la ensalada, los llevé a mi nueva mesa de comedor, donde Dee estaba sentada esperando la cena. Puse un plato delante de ella y otro en mi sitio. Ya sentada, dije:

—Te presento los tacos de pescado a la Selena.

Dee sonrió.

—Estoy muy impresionada, señorita Bailey.

La cena de tacos era una forma de darle las gracias a Dee por haberme salvado la vida, por ser mi mejor amiga y, básicamente, por estar siempre ahí para mí cuando la necesitaba. Habían pasado tantas cosas desde el día en que Dee y yo nos conocimos.

En aquel momento, no me había dado cuenta de lo mucho que Dee me cambiaría la vida. Era increíble cómo dos personas podían encontrarse por casualidad y, sin embargo, tener un impacto tan profundo en la vida de la otra. Dee fue mi compañera de cuarto durante mi primer año de universidad. No nos conocíamos de antes. Pensé que no seríamos amigas, pero fue amable conmigo: una chica oscura, callada y extraña que no se relacionaba con nadie. Me ayudó a salir de mi caparazón y me animó a disfrutar de la vida universitaria y de la vida en general.

Habíamos trabajado juntas, nos habíamos reído juntas, habíamos vivido juntas y habíamos llorado juntas. Y ahora, las dos nos embarcábamos de nuevo en otros caminos.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir esta noche. Últimamente has estado muy liada. Ha sido difícil traerte hasta aquí.

Dee dijo:

—Lo sé, ha sido una auténtica locura con todas estas entrevistas para la facultad de Medicina, pero tengo noticias. Me hace mucha ilusión contarte…

Sonriendo, le pregunté:

—¿Has elegido a qué facultad vas a ir? —A la señorita sabelotodo de Dee la habían aceptado en varias facultades de Medicina. No me sorprendía. Dee era la persona más inteligente que conocía y sentía una pasión por ayudar a los demás que no había visto en nadie más. Estaba decidida a ser psiquiatra y a ayudar a quienes habían sufrido un trauma. Quería mejorar sus vidas y hacerles ver que podían darle la vuelta a su trauma y ser más fuertes gracias a él. Dee dijo que quería formar parte de ese proceso—. He decidido que… Redoble de tambores, por favor.

La miré fijamente, ansiosa y expectante.

—Stanford. Voy a la facultad de Medicina de Stanford —chilló Dee de alegría.

—¡Enhorabuena! —Me levanté, rodeé la mesa corriendo, le di un abrazo y dije—: Estoy muy orgullosa de ti, Dee.

—Gracias.

Mi entusiasmo era un poco egoísta. No me malinterpretéis, estaba emocionada por Dee porque la habían aceptado en una de las mejores facultades de Medicina del país, pero también porque no se iba de la bahía de San Francisco. No iba a perderla por la Johns Hopkins, al otro lado del país, o por algún otro estado donde apenas podría verla. Aunque me dijo que la facultad sería exigente y que su tiempo sería limitado, el hecho de que estuviera al otro lado del puente significaba que podría verla con mucha más frecuencia que si se hubiera ido a otro estado. Ambas nos secamos las lágrimas de alegría. Volví a sentarme—. Es genial.

—¿A que sí? —preguntó Dee con asombro.

—Lo es. Debo admitir que estoy supercontenta de que te quedes en la bahía.

—Yo también estoy contenta de quedarme aquí. Mi futuro está decidido para los próximos cuatro años. ¿Cómo te estás adaptando a tu nueva normalidad? —preguntó Dee con un poco de picardía.

Habían pasado seis meses desde que volví a Drakos Monroe Security & Investigations. Había hecho lo que Martina me sugirió, que fue volver a modo de prueba y mantener mi oficina de Investigaciones Bailey. Aquella situación solo había durado un mes. Estaba tan contenta de volver a utilizar el equipo más moderno y de poder trabajar junto a un equipo de profesionales de primer nivel; era como volver a casa. *Era* mi casa.

Drakos Monroe Security & Investigations eran una familia y, por mucho que me gustara la idea de tener mi nombre en el edificio, la seguridad y el apoyo adicionales —y un sueldo fijo— eran agradables. Más que agradables.

Tras subarrendar mi oficina a una persona que estaba montando su propia compañía de seguros, utilicé ese dinero, como había sugerido Martina, y alquilé mi propio apartamento. Mis cicatrices físicas del secuestro habían sanado, y creía que mi mente también. Martina no se equivocaba. Me sentía más fuerte que antes.

Y quizá la lección había sido saber cuándo es mejor *no* ir por libre. No era una derrota, era ser inteligente.

—Me encanta.

—¿No echas de menos tu antiguo trabajo?

—Bueno, solo tuve el antiguo trabajo menos de un mes. Y la paga no era muy buena, y casi me muero. Está bien tener un sueldo y mi propio apartamento. Además, puedo ver a Martina todos los días. Eso es agradable.

Dee asintió.

—Creo que te va bien.

—Yo también lo creo. Creo que fue importante que me independizara y lo intentara, aunque solo fuera por un tiempo. Ahora no tengo que preguntarme cómo habría sido, porque lo sé. Creo que tienes razón. Creo que Drakos Monroe es exactamente donde debo estar. Quiero decir, no puedo adivinar el futuro, pero, por ahora, no

hay mejor lugar para que aprenda y crezca como investigadora privada. ¡Y encima todos los cacharritos molones!

Dee se rio.

—Sé cómo te gusta poner micros en los sitios y montar cámaras de seguridad.

—Cierto, cierto. —No podría permitirme nada de ese equipo por mi cuenta. Con los recursos y la experiencia de Drakos Monroe, era sin duda la decisión correcta y el lugar adecuado para mí—. Apuesto a que tu novio también está bastante contento de que te quedes en la bahía.

—Lo está.

La forma en que Dee lo dijo me hizo pensar que había algo más. Oh, Dios, ¿estaba prometida como Zoey? Los antecedentes de Henry habían salido limpios, pero tanto él como Zoey acordaron que irían un poco más despacio y tendrían un noviazgo largo, para alivio de Martina.

Dee dijo:

—Nos vamos a vivir juntos.

—¡Enhorabuena! —«Menos mal que no se iba a casar», pensé. ¡Solo tenía veintidós años! Veintidós era demasiado joven, ¿no?

Dee sonreía de oreja a oreja.

—Sí, los dos estamos bastante colados el uno por el otro y, con mi horario de locos y su horario de locos, hemos pensado que así podremos vernos más.

—Eso es genial. Me alegro muchísimo por ti.

—Y yo.

Le dije:

—Hemos recorrido un largo camino, pequeña.

Dee se echó a reír.

—Sabes que en realidad soy mayor que tú, ¿verdad?

Dee y yo seguimos comiendo tacos y charlando sobre lo mucho que habíamos avanzado en los últimos cuatro años. Las dos estábamos felices y entusiasmadas con nuestro futuro. Algo que no habríamos dicho hacía unos años.

En estos últimos seis meses, he aprendido que está bien cometer errores, probar cosas diferentes y seguir a tu corazón, a tu instinto y

a lo que te parece correcto. La perfección es un mito y la impecabilidad es una ilusión. Lo máximo que podemos hacer es seguir aprendiendo, creciendo y siendo la mejor versión de nosotros mismos.

¡Este NO es el final! Aunque este es el último libro de **Los Casos de Selena Bailey**, no es el final de la historia de Selena. Si quieres descubrir qué les espera a Selena y Martina, puedes hacerlo en **Los Casos de Martina Monroe, libro 13: *Su búsqueda implacable***, ¡ya disponible! Haz clic aquí para leerlo ahora.

UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE

Queridos lectores:

Espero que hayáis disfrutado de *Flawless*. Al igual que en los otros libros de la serie de Selena Bailey, he realizado una investigación exhaustiva sobre el tema tratado (tanto a lo largo de mi vida adulta como específicamente para este libro). Podría haber incluido muchísimas cosas sobre la cultura de la dieta, por qué las «dietas» no funcionan, la positividad corporal, la neutralidad corporal, los trastornos alimenticios, el patriarcado y las expectativas impuestas a hombres y mujeres que tanto daño han causado a nuestra sociedad. (Y de verdad que no queréis que empiece a hablar del Fen-Phen y de su excesiva similitud con lo que está ocurriendo actualmente con la crisis de los opioides).—No lo hice porque entonces se habría parecido más a un libro de texto y, de hecho, a uno bastante complejo. Pero voy a daros una definición rápida de la cultura de la dieta, porque es fácil de malinterpretar.

La **cultura de la dieta** se define como «**un conjunto rígido de expectativas que valora la delgadez y el atractivo por encima de la salud física y el bienestar emocional**» (de).

Mis conclusiones personales más importantes después de investigar y escribir este libro (y os animo a que investiguéis por

vuestra cuenta o busquéis asesoramiento profesional, ya que no soy médico ni psicóloga) han sido estas: las dietas no funcionan y son la receta perfecta para ganar peso a largo plazo; los trastornos alimenticios son *muy* complejos; el peso por sí solo no determina si estás sano (es decir, una persona de mayor tamaño puede estar más sana que una de menor tamaño); la salud mental es tan importante como la salud física (y, en realidad, creo que están muy relacionadas); la comida es a menudo la solución, no el problema (pensad en la tristeza de Stephanie por una ruptura: la tristeza se arregló con comida, lo que la llevó a una vida de alimentación emocional); *las palabras importan* a cualquier edad (pensad en Stephanie cuando su madre le dijo que le cortaría la etiqueta de la talla 9, dando a entender que tener una talla más grande era algo de lo que avergonzarse); y *las acciones importan* a cualquier edad (los niños aprenden observando, así que si estáis obsesionados con la delgadez o con vuestra apariencia, los más jóvenes y quienes os rodean pensarán que ellos también deberían estarlo).

Si una sola persona lee *Flawless* y aprende que no tiene que tener un aspecto determinado para que la quieran o la valoren, creo que es una victoria. Si otro lector decide investigar por su cuenta sobre la cultura de la dieta o los trastornos alimenticios y deja de menospreciarse a sí mismo o a los demás por su apariencia, creo que es otra victoria. Si alguien más, como yo, decide rechazar la cultura de la dieta para centrarse en su salud mental y escuchar a su cuerpo para ser la persona más sana que pueda ser, es otra victoria.

Sed amables con vosotros mismos.

Y gracias…

La serie de Selena Bailey ha sido para mí un proyecto personal que me apasiona. Me enamoré del personaje de Selena y de la posibilidad de concienciar sobre problemas del mundo real sin dejar de entretener. Así que quiero darles las gracias a todas las personas que han contribuido a la serie: a mi equipo de lectores anticipados, a mis lectores beta y a mis editores (Dawn, Jon y Paula). No podría haber dado vida a Selena sin todos vosotros. Y, por último, pero no por ello menos importante, un enorme agradecimiento a mis

lectores. Gracias a vosotros sigo haciendo lo que me gusta: escribir historias.

H.K. Christie